

ROSTROS DEL MIEDO



Una investigación sobre los miedos sociales urbanos

Marta Inés Villa Martínez
Luz Amparo Sánchez Medina
Ana María Jaramillo Arbeláez

CORPORACION
REGION

Medellín, marzo del 2003

Edita

Corporación Región

Calle 55 N° 41-10

Teléfono: (57-4) 2166822, Fax: (57-4) 2395544

Apartado Aéreo 67146

Medellín, Colombia

Email: coregion@epm.net.co

Página Web: www.region.org.co

ISBN: 958-8134-18-8

Coordinación editorial

Luz Elly Carvajal G.

Auxiliares de investigación

Mirían Lucía Yepes Ruiz

Claudia María Yela Cardona

María Teresa Gómez Mejía

Diseño e impresión:

Pregón Ltda.

Para esta publicación la Corporación Región recibe el apoyo de Colciencias.

Impreso en papel ecológico fabricado con fibra de caña de azúcar

A Hernán Henao,
Un ser grande y bueno,
asesinado por el poder de
los fantasmas

A Felipe,
un angelito que nos acompañó
en este trayecto,
con toda la fuerza de su vida.

CONTENIDO

Nota del editor.....	9
Introducción.....	11
Capítulo I. Medellín: una atmósfera de miedos e incertidumbres.....	23
La violencia, esa gran sombra en expansión.....	26
Las huellas del narcotráfico.....	27
“Aquí primero lo matan a uno y después lo atracan”.....	34
“En Colombia, todos somos secuestrables”.....	36
“La extorsión, un peaje imaginario”.....	40
La urbanización del conflicto armado:	
“La guerra está aquí”.....	43
Iniquidad y desigualdad, telón de fondo de miedos e incertidumbres sociales.....	49
Los nuevos riesgos.....	57

Capítulo II. Los rostros del miedo 63

Figuras sociales amenazantes:

una exploración de los “rostros del mal”	<u>67</u>
Un rostro para cada fuente de miedo	<u>71</u>
Los rostros de la delincuencia	<u>73</u>
Los rostros de la guerra	<u>82</u>
Las caras del crimen global	<u>103</u>
Los rostros de la corrupción	<u>116</u>
Los rostros ocultos del miedo	<u>131</u>

Capítulo III. Separarse, juntarse o huir 147

La desconfianza: manual para monitorear

un entorno miedoso	<u>150</u>
Aprendizajes del rumor	<u>151</u>
Hacer de la casa una fortaleza	<u>154</u>
Cualquiera puede ser un enemigo	<u>156</u>
Vigilar el mundo cercano	<u>160</u>
Geografías del miedo	<u>162</u>
Y, si nada es posible, huir	<u>168</u>
La fuerza adhesiva del miedo	<u>172</u>
Una comunidad emocional	<u>173</u>
Una comunidad imaginada	<u>182</u>
Comunidad de creyentes	<u>198</u>
Para terminar	<u>219</u>
Bibliografía	<u>227</u>

ÍNDICE DE GRÁFICAS

Gráfico 1: Calificación general de figuras sociales	68
Gráfico 2: Figuras sociales asociadas al clima de miedo en Medellín.....	72
Gráfico 3: Calificación del sicario y el atracador	80
Gráfico 4: Descripción del papel del sicario y el atracador....	81
Gráfico 5: Calificación de figuras asociadas a la guerra.....	100
Gráfico 6: Descripción del papel de figuras asociadas a la guerra	100
Gráfico 7: Calificación del papel del narcotraficante	105
Gráfico 8: Descripción del papel del narcotraficante	105
Gráfico 9: Calificación del papel del drogadicto	111
Gráfico 10: Descripción del papel del drogadicto	112
Gráfico 11: Calificación de figuras sociales institucionales	129
Gráfico 12: Descripción del papel de figuras sociales institucionales.....	129

NOTA DEL EDITOR

Desde su fundación, en 1989, la Corporación Región ha entendido que realizar una investigación profesionalizada es un imperativo social y académico y una necesidad de su modelo de acción. En este afán, hemos producido acercamientos a la realidad local y nacional desde diversas miradas que se han concretado en varias publicaciones: *Medellín en Zonas*, *No nacimos Pa' Semilla*, *Mujeres de fuego*; *Subculturas del narcotráfico*, *Entre luces y sombras* y *En la encrucijada y Pobreza Urbana en Medellín*, entre otros productos.

Muy lejos estamos de quienes piensan que “estamos sobre-diagnosticados” y que lo que toca ahora es “hacer”. Por el contrario, somos conscientes de que, para actuar con mayores niveles de asertividad, lo que tenemos por conocer de nosotros mismos es mucho y que esta realidad compleja del mundo contemporáneo y las propias complejidades de una sociedad como la colom-

biana, nos obligan a dedicar muchas horas de trabajo a la labor paciente de auscultarla, de intentar comprenderla más allá de las superficialidades y los lugares comunes.

Fieles a esta vocación investigativa, es satisfactorio para Región, poner en manos de los lectores el resultado del trabajo de 3 años de nuestro Programa de Investigaciones. Los Rostros del miedo, es un libro que se acerca a la comprensión de esos estereotipos sociales que nos producen temor y a los soportes sociales y culturales sobre los que se afinsa el miedo y las respuestas que se construyen frente a él. Creemos que será un aporte desde esta ciudad, para quienes se interesan en conocer más y mejor los problemas de las urbes contemporáneas.

En una sociedad ahogada por la pobreza, la confrontación armada y la violencia, darse en lujo de pensar y repensar, termina siendo la única manera de no sucumbir en los mares del activismo ciego o la indiferencia cómplice.

*Rubén Fernández
Corporación Región
Abril de 2003*

INTRODUCCIÓN

“Miedo: Que mi mamá maneja un carro y unos señores de la cañería no pueden comer y le rompen el vidrio del carro y matan a mi papá y vivo solo”

Orlando Vásquez, 6 años¹.

El hambre, la muerte y la soledad están presentes en la representación que este niño tiene sobre el sentimiento del miedo, quizás de forma similar a la manera como estuvieron en los relatos de otros hombres y épocas. Prescindiendo de algunos elementos, no dista demasiado de imágenes popularizadas sobre el medioevo en tiempos de hambruna, en las que hordas de gente sucia y harapienta se mataba por un pedazo de pan. O, más recientemente, imágenes mediáticas de los saqueos en Argentina, en donde también el protagonista es un hambriento que ataca a otro

1. Naranjo, Javier. Casa de las estrellas. Medellín: Universidad de Antioquia, 2000.

para saciar su hambre. A su corta edad, Orlando, el autor de esta definición, participa sin saberlo y desde su especificidad social y cultural, de relatos globales sobre el miedo, un sentimiento que, como dice Jean Delumeau, “es un componente mayor de la experiencia humana a pesar de los esfuerzos intentados por superarlo”².

El ataque terrorista a las torres del World Trade Center de Nueva York, el 11 de septiembre del 2001, fue contundente en hacer visible el papel del miedo en la reconfiguración del orden mundial; volvió a poner al centro categorías como las de amigo/enemigo, buenos/malos, víctimas/victimarios, que algunos creyeron superadas con el fin de la guerra fría; y, sobre todo, evidenció la enorme fragilidad, real y simbólica, a la que quedó expuesta la sociedad occidental, ante la demostración fehaciente de que, efectivamente “la destrucción del mundo es técnicamente posible y que está en manos de poderes fácticos”³.

Hoy es imposible ignorar, tanto el impacto de este acontecimiento en el mundo, como la centralidad del miedo en la sociedad.

Medellín hace parte de este ambiente en el que proliferan los miedos, alimentados desde discursos globales pero apropiados y resignificados de acuerdo a sus particularidades históricas y culturales. El miedo habita la ciudad, recorre sus calles, sus gentes, las prácticas sociales y los imaginarios. Desde allí incide en las

2. DELUMEAU, Jean. El miedo en Occidente. Siglos XIV-XVIII: Una ciudad sitiada. Madrid: Taurus, 1989. P. 21.

3. DUQUE, Félix. Filosofía para el fin de los tiempos. Tecnología y apocalipsis. España: Ediciones Akal, 2000. P.148.

formas de agregación y desagregación social, en los procesos de inclusión y exclusión, en las nociones de orden y caos. La fuerza de esta evidencia y el interés explícito de la Corporación Región por aportar, mediante la labor investigativa, a la comprensión de los problemas nodales de la sociedad, nos llevó a aceptar la invitación que gentilmente nos hizo la investigadora mexicana Rossana Reguillo para implementar en Medellín el proyecto que ella venía realizando en las ciudades de Guadalajara y San Juan de Puerto Rico⁴. Fue así como, adaptando esta propuesta a las particularidades propias de la ciudad y del equipo de investigación, nos propusimos indagar por el papel del miedo en la configuración del orden social en Medellín; la forma como incide en las sociabilidades urbanas, en los usos de la ciudad y en los procesos de inclusión-exclusión social.

Para una mayor comprensión de la perspectiva analítica adoptada, vamos a detenernos en lo que consideramos un aspecto central de esta indagación: *la dimensión social, cultural y colectiva del miedo*.

El miedo es un sentimiento que nace de la percepción de una amenaza real o imaginaria⁵. Lo que lo genera es la conciencia

-
4. A lo largo del trabajo serán referenciados algunos de los artículos de su autoría que dan cuenta de avances parciales de la investigación en estas ciudades. Una mirada de conjunto sobre el planteamiento de la propuesta investigativa puede ser consultada en: REGUILLO CRUZ, Rossana. Los mitos gozan de cabal salud. En: Comunicación y sociedad N° 27. México: Universidad de Guadalajara. 1996.
 5. MANNONI, Pierre. El Miedo. Fondo de Cultura Económica, 1984. Citado por Soledad Niño Murcia y otros en: Territorios del miedo en Santafé de Bogotá. Imaginarios de los ciudadanos. Observatorio de Cultura Urbana. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1998. P. 3.

sobre un peligro que, se cree, amenaza el sentido de conservación. Es decir, está mediado por procesos cognitivos y de representación⁶: si un peligro no es percibido como amenazante, sencillamente, aunque exista objetivamente, no adquiere el carácter de fuente de temor.

Si bien es el individuo el que experimenta el sentimiento del miedo en el cual hay involucrados componentes biogenéticos e intrasíquicos⁷ —que podrían explicar, por ejemplo, la reacción diferenciada que dos individuos, con biografías y anclajes socioculturales similares tienen frente a una misma amenaza—, lo que nos interesa destacar es la especificidad dada por el contexto social y cultural a los miedos.

Los sujetos aprenden cuándo, cómo, a qué o a quién temer y cómo responder a través de diversas fuentes que incluyen la experiencia propia y la de otros, los espacios cotidianos de socialización, las representaciones que circulan a través de los medios de comunicación, las agendas globales que señalan cuáles son los problemas cruciales para la sociedad, los saberes y creencias desde los que se construyen sentidos sociales.

En la era de la globalización hay, además de globalización económica y cultural, globalización de discursos sobre lo que se considera amenazante y peligroso. Los teóricos de la sociedad

-
6. RIEZLER, Kurt. Psicología social del miedo. En: MAY, Rollo; RIETZLER, Kurt; y otros. Miedo y sociedad. Buenos Aires: Editorial Escuela, 1966. P. 21-22.
 7. Un desarrollo de los enfoques innatistas o endógenos que hacen énfasis en estos aspectos es presentado por: JIMENO, Myrian y ROLDÁN, Ismael. Las sombras arbitrarias, violencia y autoridad. Colombia: Universidad Nacional de Colombia, 1996.

del riesgo llaman la atención sobre el efecto igualador y vinculante de amenazas como la guerra nuclear o la contaminación ambiental y sobre cómo la asunción de estos riesgos depende del mayor o menor grado de información que sobre ellos se tenga —es decir, el componente cognitivo y reflexivo de los riesgos—: “La sociedad de riesgo es también la sociedad de la ciencia, de los medios y la información. En ella se abren así nuevos contrastes entre quienes producen las definiciones del riesgo y quienes las consumen”⁸.

La inclusión de temas como la violencia, la criminalidad o la inseguridad —frente a los que pareciera haber una cierta unanimidad al valorarlos como fuentes de miedo— en las agendas globales de gestión urbana tiene que ver con las estadísticas que a diario se producen sobre estos fenómenos; con la manera como la gente percibe y vive en su cotidianidad estos problemas y con la escenificación que diariamente se hace de ellos a través de los medios de comunicación. Es en el intercambio de estos relatos que emergen determinadas denominaciones sobre lo peligroso y amenazante⁹.

Además del contexto social, el horizonte cultural desde el cual estos mismos peligros son interpretados, incide en la construcción del miedo y sus respuestas. El miedo a la muerte, por

8. BECK, Ulrich. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 1998. P. 53.

9. Una reflexión a profundidad sobre el tema de las agendas globales, los medios y la vida cotidiana es realizada por: FORD, Aníbal. *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infroentrenimiento en la sociedad contemporánea*. Argentina: Norma, 1999. P. 66.

ejemplo, sigue estando presente con mucha fuerza en la cultura occidental; pero mientras para algunos son los hombres los artífices de formas cada vez más tecnificadas de propiciarla, para otros su causa sigue siendo los dioses y los castigos que ellos otorgan a los hombres que viven en el pecado. También el miedo al futuro que acompañó el medioevo se ha actualizado como parte de la atmósfera de incertidumbre que caracteriza el mundo contemporáneo. Sin embargo, el futuro no significa lo mismo para quien ve como posibilidad de salvación la llegada de un Mesías, que para quien cree que a través de la lucha social “otro mundo es posible”. Es por esto que, decimos, el horizonte de las creencias da especificidad a los miedos, individualmente sentidos y socialmente construidos.

Hablamos de construcción social en el proceso en el cual se nombran unas amenazas y no otras como fuentes de miedo y, también, cuando se validan un conjunto de respuestas para enfrentarlo. Desde el campo de las sociabilidades, los conceptos de confianza y desconfianza¹⁰ nos permitieron acercarnos, de un lado, a respuestas al miedo centradas en evitar el contacto a través de múltiples barreras mentales, culturales o materiales que se traducen ya sea en la “disminución de contactos sociales” o en una “ideología intolerante y vigilante”¹¹. Y de otro, a la cons-

10. Retomamos aquí, en particular, la perspectiva propuesta por tres autores. Luhmann, Giddens y Lechner. Ver: LUHMANN, Niklas. Confianza. México: Anthropos, 1996. LECHNER, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política. Chile: Flacso, 1988. GIDDENS, Anthony. Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona: Ediciones Península S.A., 1998.

11. SALCEDO, Andrés. La cultura del miedo: la violencia en la ciudad. En: revista controversia N° 166. Santafé de Bogotá: Cinep, 1996. P. 110.

trucción de nuevos vínculos sociales alrededor del sentimiento compartido de miedo, esto es, comunidades de sentido en las que “la solidaridad surge por miedo”¹². A través de estos ejes, nos acercamos a la relación miedo-alteridad, esto es, la forma como se construye la imagen de un *Otro* amenazante y de un *Nosotros* protector.

Finalmente, a menudo hacemos referencia a la *incertidumbre*. Si bien hablamos de que hay miedos concretos, también decimos que lo que se vive es un “clima de miedo” como resultado de la suma, superposición y densificación de éstos. La incertidumbre nace de la toma de conciencia sobre la discontinuidad entre el presente y el futuro; de la imposibilidad de prever, desde lo familiar, cotidiano y conocido, lo que puede ser el mañana¹³. En la ruptura del hilo que une pasado-presente-futuro, se sitúan gran parte de los miedos sociales que hoy caracterizan el mundo: “Asalariados, funcionarios, jubilados: todos a la vez expresan temor a un mañana incierto”¹⁴. Este temor proviene no sólo de una inseguridad producida por fenómenos como el de la delincuencia o la pobreza; también de una relación más frágil e incierta con los hombres y las cosas y de la imposibilidad de comprender lo que nos pasa: “Todo el mundo lo percibe con claridad: vivimos un período de transición. Pero el problema es que nadie sabe muy bien hacia dónde nos lleva. La comprensión del presente se nos escurre extrañamente entre los dedos”¹⁵.

12. BECK, Ulrich. Op. cit., 1998. P. 56.

13. LECHNER, Norbert. Op. cit., 1988. P. 76.

14. FITOUSSI, Jean Paul y ROSANVALLON, Pierre. La nueva era de las desigualdades. Argentina: Editorial Manantial, 1997. P. 32.

15. Ibid. P. 62.

Es, desde esta perspectiva, que intentamos abordar la dimensión social y cultural de los miedos que están marcando hoy la ciudad de Medellín y la vida de sus gentes.

El desarrollo de estos supuestos teóricos implicó dotarnos de un enfoque metodológico con el que pudiésemos develar —al explorar, describir y significar— los múltiples sentidos que se están dando a los miedos colectivos en un contexto como el de Medellín. Para el efecto, adoptamos una propuesta metodológica que funcionó en diversas dimensiones¹⁶:

La ciudad. Orientada a la descripción del contexto social explicando las principales tensiones y marcas que definen de qué ciudad estamos hablando.

La atmósfera cultural. Dirigida a captar los temas que dan cuenta de una percepción colectiva sobre las fuentes del miedo e incertidumbre que se vive en la ciudad, los datos que revelan una dimensión tangible de los miedos y los relatos producidos desde diversos actores sociales sobre ellos.

Discursos, prácticas y geografías simbólicas. Nos acercamos a la forma en que sujetos situados social y culturalmente, localizan los miedos en espacios y figuras; la manera como perciben, valoran y usan el espacio urbano desde los miedos y las respuestas construidas socialmente para enfrentarlos. Diversos instrumentos metodológicos fueron utilizados en esta dimensión: registro de rumores, observación y registro de prácticas y

16. En este punto adoptamos los instrumentos metodológicos propuestos por Rossana Reguillo e introdujimos algunas modificaciones a las dimensiones propuestas en la versión inicial del proyecto.

ofertas culturales, entrevistas a profundidad y una encuesta con la que se buscó, en una muestra más amplia, una aproximación a la fijación social de los temores.

Para el desarrollo de estas dimensiones se optó metodológicamente por el acercamiento a grupos que concretaran perfiles socioculturales considerados representativos de la pluralidad de la vida urbana y de la coyuntura social y que, a nuestro modo de ver, nos permitían comprender las formas diferenciadas de percibir y actuar en el espacio urbano, desde los miedos: empresarios, jóvenes, activistas sociales, periodistas, religiosos (católicos y evangélicos) y seguidores de la Nueva Era.

Los resultados parciales de cada dimensión, antes que clausurarse en sí mismos, se convirtieron metodológicamente en orientadores de la siguiente dimensión y, socialmente, en motivo de intercambio y posibilitadores de un ejercicio reflexivo. En particular, los resultados de la encuesta sobre las representaciones de las figuras sociales consideradas especialmente significativas en la construcción de miedos y esperanzas en Medellín fueron puestos en común con diferentes organizaciones sociales que trabajan con población específica (jóvenes, mujeres, jueces). Con ellos se propició una reflexión sobre sus propias representaciones en relación con las predominantes en la atmósfera cultural de la ciudad, reportando preguntas pertinentes a su intervención social y nuevos insumos para la investigación. En igual sentido, avances parciales de investigación fueron puestos en discusión con grupos de investigadores, educadores y periodistas con la idea de propiciar construcciones más colectivas. Esto hace parte central del enfoque con el que trabajamos.

El primer capítulo —*Medellín, una atmósfera de miedos*—, alude a las fuentes de miedo en Medellín desde un horizonte social. A partir de datos y narraciones se describen situaciones relacionadas con la violencia, la guerra, la pobreza y los cambios tecnológicos que dan lugar a la percepción del clima de miedos colectivos.

El segundo —*Los rostros del miedo*— pone la mirada en el proceso de individualización de los miedos a través de figuras sociales que permiten describir las que fueron consideradas amenazas socialmente relevantes. A partir de una lectura detallada de estas percepciones desde sujetos que comportan características sociales específicas (estrato socioeconómico, género y edad), se intenta avanzar en el ejercicio clasificatorio de los miedos y responder a la pregunta ¿quién teme a qué?

El tercero —*Juntarse, separarse, huir*— reconstruye el campo de respuestas frente al miedo desde las sociabilidades urbanas y el horizonte cultural. Da cuenta de la manera como desde la cotidianidad se fabrican manuales basados en la desconfianza y el distanciamiento para responder al miedo y de la existencia de diferentes tipos de comunidades (emocional, imaginada y de creyentes) que permiten leer la fuerza adhesiva del miedo.

Finalmente, agradecemos a Rossana Reguillo por haber compartido con nosotras su proyecto de investigación. A las personas que nos permitieron conocer los miedos y esperanzas que tejen sus reflexiones y vivencias como habitantes de esta ciudad. A Elsa Blair, Pilar Riaño, Ramiro Ceballos, Gloria Naranjo y Leonor Marina Restrepo por seguir atentamente el

transcurso de esta investigación. A Claudia Yela, María Teresa Gómez, y Mirian Yepes, auxiliares de investigación, quienes aportaron además de una reflexión específica¹⁷, generosidad y disposición para el trabajo en equipo. A la Corporación Región, una institución que, comprometida hasta el fondo con el papel de la investigación en la comprensión de la sociedad, nos permitió las mejores condiciones humanas para la realización de este trabajo. A Colciencias, entidad que apoyó financieramente, la última fase de esta investigación.

No quisiéramos terminar esta introducción sin resaltar la importancia que reviste el haber realizado esta indagación en Medellín; justamente una ciudad acosada desde hace décadas por el fantasma de la muerte, en muchos sentidos atrapada en el horror de cifras que sin duda alguna dejan estrechos márgenes a la esperanza y, al mismo tiempo, profundamente empeñada en seguirle el pulso a la vida. Esta ruta investigativa nos ha permitido comprender que la ciudad sólo puede entenderse en ese forcejeo siempre presente. Es esto lo que le da su particularidad y también lo que la conecta, humanamente, con otras latitudes del mundo.

17. Nos referimos a la tesis realizada para optar por el título de antropólogas, realizada en el marco de esta investigación. Ver: GOMEZ, María Teresa; YEPES, Mirian Lucía; YELA, Claudia María. Rumores y relatos. Aproximaciones a la construcción social del miedo en Medellín. Medellín: Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, 2001.

CAPÍTULO UNO
MEDELLÍN: UNA ATMÓSFERA
DE MIEDOS E INCERTIDUMBRES



La mirada que hacemos de los miedos tiene que ver con su dimensión social y colectiva. Se teme porque hay situaciones, espacios y sujetos definidos socialmente como fuentes de amenaza, en una dinámica en la que se entrecruzan relatos que circulan globalmente con aquellos que, desde lo local y de acuerdo a anclajes sociales y culturales particulares, adquieren formas y significados diferenciados.

Como lo señala Jean Delumeau, pionero en la investigación sobre el miedo en Occidente, es posible establecer la existencia de miedos colectivos o “miedos a ras de suelo” que se tornan omnipresentes y por lo tanto se constituyen en un rasgo distintivo de una sociedad determinada, de las tensiones que en ella se expresan y de sus niveles de cohesión o desagregación social.

La mezcla de estos miedos colectivos es lo que da lugar a la configuración de una *atmósfera* que, en buena medida, refleja las percepciones sociales frente a determinados fenómenos considerados amenazantes. Además, resulta determinante en la formación de un sentimiento de vulnerabilidad y en las alternativas que se consideran eficaces para enfrentarlos.

En concordancia con este enfoque haremos referencia en este capítulo a aquellos fenómenos que, en la ciudad de Medellín, son identificados como fuentes de amenazas (reales o imaginarias) y, por tanto, generadoras de miedos e incertidumbres colectivas: Violencia, guerra, pobreza y los riesgos tecnológicos.

La violencia, esa gran sombra en expansión

Los problemas de inseguridad se han convertido en una fuente generadora de múltiples miedos en diversas ciudades del mundo. Basta una ojeada a los titulares de primera plana en ciudades tan disímiles como París, Buenos Aires, Nueva York, Río de Janeiro o Medellín para constatar la alarma que generan los robos, crímenes, violaciones, *paseos millonarios*¹, secuestros o atentados terroristas. A ello se suma la divulgación de diagnósticos y datos estadísticos que refuerzan la visión de un crecimiento incontrolado de la criminalidad y por lo tanto una percepción agravada de la amenaza que representan.

1. También conocido como “secuestro express”. Se trata de la retención de una persona, que generalmente viaja en un taxi, por un período de tiempo en el que se le obliga a retirar dinero de su cuenta de ahorros y a suministrar una serie de datos relacionados con sus ingresos, lugar de residencia y trabajo.

Esta tendencia a identificar la delincuencia como gran fuente de miedo reviste connotaciones diferentes de acuerdo con el contexto en el cual se inscribe, el tipo de amenazas y el nivel de peligrosidad que se les atribuye. En Medellín, como se verá a continuación, ello se haya en relación con el impacto del narcotráfico, con la diversificación de formas de criminalidad y con la expansión del conflicto armado.

Las huellas del narcotráfico

En la década de 1980 el auge del narcotráfico es reconocido como un hecho determinante en la generación de miedos colectivos que han incidido, desde entonces, en la dinámica social y urbana de la ciudad. Como se sabe, el narcotraficante Pablo Escobar lideró una red de bandas y pistoleros a sueldo encargados de cometer numerosos magnicidios y acciones de *ajuste de cuentas*. Al mismo tiempo, Medellín vio aparecer escuadrones de la muerte, dedicados a la *limpieza social*² y a la masacre de jóvenes de barrios populares, en represalia contra los asesinatos de policías ordenados por Escobar. Estos hechos sucedieron en la fase de su guerra contra el Estado, que culmina el 2 de diciembre de 1993, al ser abatido este personaje en un céntrico barrio de la ciudad. En estas circunstancias, Medellín adquiere renombre mundial como la ciudad más violenta del mundo.

2. Así se denominaron las acciones desarrollada por agrupaciones armadas que se dedicaron al exterminio de personas consideradas *desechables*; atracadores, ladrones, viciosos, prostitutas, entre otros. Entre 1980 y 1992 se produjeron 147 masacres a cargo de escuadrones de la muerte. Ver: URIBE, María Victoria y VÁSQUEZ, Teófilo. Enterrar y callar. Las masacres en Colombia, 1980-1993. Vol. 1. Bogotá: Comité Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos, 1995. P. 76.

Esta imagen de ciudad violenta y mafiosa no deja de ser paradójica si se tiene en cuenta que, hasta mediados del siglo XX, Medellín gozaba de un reconocimiento como paradigma de progreso por su desarrollo industrial y urbanístico y por los logros obtenidos por la iglesia católica y las élites locales en la aplicación de diversas estrategias de control social y moral de la población. El quiebre de este modelo manifiesto en el declive de la industrialización, pérdida de liderazgo de los sectores dominantes y en la crisis de la familia y la escuela como referentes de norma y autoridad, fue profundizado por el narcotráfico con su poder de corrupción, socavamiento de la institucionalidad pública y su gran impacto social al convertirse, para un importante sector de la población, en una alternativa tangible de enriquecimiento y ascenso social.

Pero un aspecto poco explorado es el impacto del narcotráfico en la memoria de los habitantes de Medellín, en tanto fuente generadora de múltiples amenazas que atentan contra la sociedad convirtiéndose, en muchos casos, en la única explicación de todos los males que nos aquejan.

El narcotráfico ha dejado huellas físicas y mentales en los habitantes de Medellín, marcando un antes y un después tajante. A él se hace referencia desde diferentes anclajes sociales y culturales, convirtiéndose en un hecho vinculante: unidad en la designación del hecho más doloroso que golpeó a la ciudad, pero también, el que más ha profundizado percepciones en torno a las cuales se construye un *nosotros* y un *otro* peligroso. Teniendo como protagonistas al narcotraficante y al sicario, el narcotráfico es un referente común, representado como una hidra en

expansión con capacidad de penetración en todos los órdenes llegando, incluso, al centro mismo del poder.

Un hombre, líder de una ONG, habla de ésta como una ciudad sumida en una larga crisis que no tiene punto final, pero en la que es claramente delimitable el comienzo y los puntos álgidos: “Yo creo que fue a partir de los 80 cuando se empezaron a gestar estos grupos de narcotraficantes, estas bandas. Yo pienso que en esta década se empezó (la crisis) y reventó a finales de la década con la época de Pablo Escobar”. Aunque el narcotráfico se personifica en la figura de Pablo Escobar, su asesinato no parece ser el punto final de lo que algunos llamaron la “herencia negra” que ha dejado este fenómeno en la ciudad; se alude a su continuidad, aunque de forma latente, pero con el temor de que en cualquier momento pueda “volver a explotar”.

La percepción del narcotráfico como amenaza varía según se le considere como causante de la violencia, la crisis de valores o la descomposición moral de la sociedad. La asociación narcotráfico-violencia, es evidente en la memoria de eventos que implican muerte, derramamiento de sangre, destrucción material y debilitamiento del tejido social. Ataques terroristas, magnicidios, *ajustes de cuentas*, emergencia de grupos de *limpieza social*, delincuencia organizada y generalización de las bandas, situaciones de difícil previsión, amplían el sentimiento de vulnerabilidad y el sentido de ser partícipes de una comunidad de víctimas.

La asociación narcotráfico y descomposición moral, se desprende de un discurso desde el cual, tras la ruptura de vidrios, fachadas de edificios y andenes, se dimensiona también la ruptura de

valores. Desde esta perspectiva, el narcotráfico –se dice– potenció el desequilibrio y convirtió casi en valor absoluto lo material, generalizando el afán desmedido por el dinero fácil. Para un periodista, impulsor de propuestas educativas relacionadas con la autoayuda y quien afirma que el narcotráfico penetró toda la sociedad, la lectura de su impacto es contundente:

Matamos a Dios y hoy estamos tratando de revivirlo con la única fuerza capaz de renovarnos espiritualmente y de resolver los problemas. Matamos a Dios y las posesiones materiales y el estatus y el poder se convirtieron en la razón de ser de los seres humanos.

Para otras personas la interpretación del narcotráfico como hito no está en la ruptura sino en lo que, a partir de ese momento, se reveló. Según esta postura, la noción de pérdida de valores es cuestionable puesto que el narcotráfico, antes que causante de la crisis, lo que hizo fue poner en evidencia una crisis de la sociedad que se venía gestando. Esto es lo que indica el siguiente testimonio de una docente universitaria al referirse al narcotráfico como el principal detonante de los miedos colectivos que se han experimentado en Medellín:

Lo primero que me viene a la cabeza, son los años éstos del narcoterrorismo, yo creo que esto sí quebró algo, quebró algún modelo mental, nos demostró el miedo que somos capaces de tener, que los paisas no somos invencibles como siempre se dijo, que somos invulnerables, toda esa idea del paisa trabajador, ¡mamola! Porque lo que quedó claro es el (ansia de) dinero fácil, eso sí se ratificó.

Como contrapunto con esta percepción, encontramos aquella que considera que, si bien el narcotráfico generó violencia y destrucción material y moral, también significó una oportunidad. En este sentido es que un hombre, empresario y comprometido con proyectos sociales en sectores populares afirma que “el narcotráfico es una mecha detonante de un proceso que para Medellín fue beneficioso, en el sentido de que probó que el antioqueño ante la dificultad se alivia”. En su relato, hace referencia al desencadenamiento de un proceso según el cual se presentan cuatro momentos: *La llegada*: “cuando el narcotráfico llegó nos empapamos en él todos”. *La experiencia límite*. “cuando la ciudad llegó al punto en que no se podía vivir: puertas blindadas, vidrios blindados... todos mis vecinos sufrieron atentados”; “cuando se llega a esa desesperanza, a ese Medellín hundido”; “cuando usted salía para cualquier parte del mundo y entraba y le decían ¿usted es del cartel de Medellín?... una ciudad totalmente marcada”. Entonces viene el tercer momento, *La salida*: “Se levanta una ciudad entera partiendo de sus políticos, quienes dicen: no robamos más por el momento”. Se disponen entonces a gobernar y del sector privado sale “la gente que gobierna a Medellín” y empieza otro momento, *el de la ciudad triunfante*, en el cual, “Medellín arranca una dinámica renovada, hasta hoy cuando otra vez la ciudad aparece en un lugar de importancia en el mundo, por el papel de los empresarios de la moda, que aprovecharon el momento”.

Aparición del narcotráfico, involucramiento de todos los sectores sociales, hundimiento y luego salida por la acción de los héroes y sus ayudantes; refiriéndose así a la clase empresarial, la cual mostró que podía, en un momento de no retorno, coger la

ciudad de la mano y llevarla. En éste sentido se afirma: “Tiene que haber sangre, tiene que haber muertos, tiene que haber tragedia, para que los seres humanos empiecen a mirar la perspectiva o empiecen a aprender, o son tiempos de volver a aprender y de mirar cosas distintas”. Así entonces, bajo la idea de que tras el hundimiento viene la salida, o de las cenizas surge el ave fénix, se ordena nuevamente el mundo.

Desde otro mundo de creencias, una médica bioenergética coincide también en señalar el narcotráfico como oportunidad, ya no en el sentido del fortalecimiento del estereotipo paisa como en el relato anterior, sino como un *catalizador de la conciencia colectiva* que enriquece a la humanidad:

Para mí un hito fue el del narcotráfico, literalmente hablo de una explosión de algo que ya existía en las personas. Fue encarnado por Pablo Escobar y los Ochoa. Pero, para mí, esto fue una bomba que explotó desde el instante mismo en que aceptamos por conveniencia; en principio empezamos a sentirnos beneficiados económicamente de ese hecho, pero fue algo que nos explotó como reflejo de la falta de conciencia colectiva. Ese hito, si yo lo miro puntualmente, fue lamentable y triste, pero si lo miro como posibilidad de evolución, catalizador de una conciencia colectiva, yo diría que ha sido algo que nos ha madurado como humanidad.

Las anteriores apreciaciones son ilustrativas del papel que cumple el narcotráfico como fuente de miedo y como chivo expiatorio de todos los males. Con la caída de Pablo Escobar y la desarticulación de la red de bandas a su servicio, el efecto esperado por muchos era el retorno a la ciudad segura y sin la

presencia de mafiosos indeseables. Sin embargo el narcotráfico continúa presente, aunque no reviste la misma espectacularidad. Hoy los hechos de violencia y criminalidad son atribuidos a otros actores asociados a la delincuencia común, a la guerrilla y a los paramilitares, reconocidos como agentes generadores de miedo.

En la década de 1990 se asiste a un proceso de recomposición de la red de bandas en donde sobresale la banda llamada *La Terraza*³ y la permanencia de grupos de milicias en zonas de periferia⁴. Pero este panorama varía rápidamente, dados los cambios que desde fines de esta década tienen lugar con la presencia de

-
3. Esta banda surge en 1992 y toma su nombre de una heladería en donde tuvo lugar una masacre. En principio esta banda estuvo al servicio de Pablo Escobar pero luego se alió con el cartel de Cali, para enfrentarlo. Más tarde trabajó a ordenes del grupo Colombia sin Guerrilla (Colsingue) y de las autodefensas lideradas por Carlos Castaño, hasta el año 2001, cuando se rompió esta alianza entonces se desató una guerra que produjo su desarticulación con el exterminio de sus jefes y la cooptación de una parte de sus integrantes para formar parte de los nuevos frentes urbanos pertenecientes a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).
 4. La Milicias Populares surgen a fines de la década de 1980 como una agrupación armada urbana relativamente autónoma de la guerrilla y del narcotráfico. La falta de presencia del Estado en los barrios populares es la razón que argumentaron para legitimar su existencia y ejercer una labor de vigilancia y exterminio de actores a los cuales les atribuyeron el desorden social en los barrios. En 1994, se adelantó un proceso de negociación entre Estado y milicias que culminó con un acuerdo en el cual se contemplaba la obtención de beneficios en materia de inversión social para las comunidades barriales, la legitimación institucional del servicio de vigilancia que se seguiría prestando por parte de los milicianos reinsertados a través de una cooperativa de vigilancia y su proyección como actores políticos. A la postre, esta experiencia de negociación fracasó por el asesinato de los más connotados dirigentes, lo que desató una guerra de exterminio, y los errores cometidos por el Estado en la conducción de este proceso. Ver: JARAMILLO, Ana María; VILLA, Marta Inés; CEBALLOS, Ramiro. En la encrucijada: Conflicto y cultura política en el Medellín de los 90. Medellín: Corporación Región, 1999.

los actores de la guerra nacional, paramilitares y guerrilla, quienes establecen alianzas con la delincuencia común para ejercer un control sobre territorios considerados estratégicos.

Los atracos, secuestros y asesinatos, ya no sólo en aquellas zonas tradicionalmente consideradas peligrosas, sino también en barrios aparentemente bien custodiados, producen una alteración en los códigos tradicionales de representación de la criminalidad como un fenómeno marginal y refuerzan la percepción de una delincuencia omnipresente como fuente generadora de miedo y una continuidad en la construcción de una imagen caótica de la ciudad.

“Aquí primero lo matan a uno y después lo atracan”

Aunque la importancia atribuida al atraco por las autoridades y los medios de comunicación es menos relevante que la otorgada a otras actividades delictivas, no ocurre lo mismo con la percepción del ciudadano del común, para quien ocupa un lugar relevante en las amenazas que a diario se enfrentan en la ciudad.

En Medellín, hasta mediados del siglo XX, el atraco estuvo asociado al tránsito por calles solitarias y mal iluminadas en el centro de la ciudad y en barrios con escasa vigilancia. Sin embargo, la generalización de este tipo de eventos y su asociación con la muerte violenta motivó su reconocimiento como la primera causa de inseguridad urbana⁵.

5. RUBIO, Mauricio. Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999. P. 51.

La afirmación de un urbanista, “Aquí primero lo matan a uno y después lo atracan”, es indicativa de que, mucho más allá de la pérdida de bienes, lo que se pone en riesgo es la vida misma. El atraco deja de ser entonces considerado como un evento simple en donde el atracador se limita a exigir la entrega de dinero y más bien se valora como el inicio de una cadena de atropellos que incluye el secuestro o la violación y que puede culminar con la pérdida de la vida o dar lugar a posteriores amenazas.

Un buen ejemplo de la cadena de abusos es el *paseo millonario*, hecho en torno al cual se tejen historias de horror a las que se asocian personajes, lugares y horas específicas. Una joven estudiante universitaria ejemplifica, a partir de este hecho, ocurrido a una amiga de su madre, lo que para ella constituye la atmósfera de miedos que se vive en la ciudad:

... el taxista, cuando iba por la autopista, le puso un cuchillo en la nuca y le dijo: ‘vieja, si te movés, te rompo el corazón’; entonces, se la llevó por la Curva de Rodas y allá la bajó, le quitó los anillos, la plata y la violó y la dejó por ahí tirada. Ella no se pudo defender, si se defendía, la mataban. Entonces ella dice: ‘no, antes mucho que no me mataron’... Ya tuvo que llamar al esposo y le contó y fueron a medicina y les dijeron que eso ya había sucedido como nueve veces.

En este relato se evidencia el sentimiento de impotencia que se experimenta ante la constatación de que se trata de un hecho frecuente y frente al que poco o nada puede hacer la víctima e incluso la misma autoridad. Así mismo se lee una cierta valoración de la amenaza basada en los mínimos, pues a pesar de las

agresiones sufridas, la víctima se considera afortunada de no haber sufrido lo peor —la pérdida definitiva de la vida—. Esto puede ser interpretado como expresión de cierto conformismo, pero también del lugar preponderante de la muerte en la jerarquía de los miedos

“En Colombia, todos somos secuestrables”

El secuestro es otra de las modalidades delictivas más frecuente en varias capitales latinoamericanas⁶. Sin embargo, en este campo Colombia presenta algunas especificidades: índices más elevados, fenómenos como las alianzas de la delincuencia común con los actores de la guerra y un carácter más indiscriminado⁷.

Al igual que el atraco, el secuestro es un tema recurrente, pero su impacto en la opinión pública parece ser mayor. A los testimonios de las vicisitudes vividas por los secuestrados durante la época de cautiverio se suman las de sus familiares, la difusión por la radio de mensajes dirigidos a los secuestrados, las noticias sobre los operativos de rescate de los cuerpos especiales de la

6. El secuestro de las hermanas de la estrella mexicana Thalía, del hermano del futbolista Juan Román Riquelme (quien fue asesinado), del hijo del ex-alcalde de Quito Rodrigo Paz y del magnate de la televisión brasileña Silvio Santos son demostrativas de la generalización de este delito y el impacto social que genera. Ver: EL TIEMPO. Secuestro, el azote de América Latina. Bogotá 5 de mayo del 2002. Pp. 1-8.

7. Según datos de la organización País Libre, entre 1997 y el 2002 en Colombia se han cometido 17.262 secuestros. En el 2002 fueron secuestradas en Colombia 2.986 personas. De ellas, 1.010 permanecen en cautiverio, 993 fueron liberadas, 693 rescatadas y 52 muertas en cautiverio. La organización que más ha secuestrado es las Farc (936) seguida por el ELN (776), autor desconocido (535); delincuencia común (442), autodefensasa (189)ERP (65), EPL (65) y ERC (17) www.paislibre.org.co

policía, la publicación de informes de seguimiento sobre los secuestros cometidos en el país, los constantes pronunciamientos de diversas organizaciones de la sociedad civil y los angustiosos llamados de los familiares de policías, soldados y políticos secuestrados, en demanda de su pronta liberación. Todo esto hace parte del clima de miedos del que todos participan.

Los secuestros colectivos ocupan un lugar relevante en este ambiente de miedos, especialmente cuando se asocia con las llamadas *pescas milagrosas*, un nombre bíblico con el que los periodistas bautizaron el secuestro de un grupo de personas en un retén efectuado por la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en época de Semana Santa en 1998. Así se nombra desde entonces, la retención de un grupo indiscriminado de personas, un hecho inesperado, que puede ocurrir en cualquier lugar y cuyo resultado es impredecible.

Aunque en un comienzo las *pescas milagrosas* fueron identificadas con retenes en las carreteras, en la medida que aumentaron este tipo de acciones y se supo de secuestros colectivos en aviones, lanchas o iglesias, la percepción de vulnerabilidad también se amplificó. Así describe un artículo de prensa esta situación:

Ya sea en tierra, agua o aire, en Colombia no existe un lugar donde una persona, no importa su edad, condición o clase social esté a salvo de ser secuestrada... Una lancha para la pesca deportiva, un templo católico, un avión comercial, las principales carreteras del país, cualquier lugar, es propicio para una pesca milagrosa⁸.

Desde la afirmación de la existencia de un riesgo generalizado se advierte sobre la enorme fragilidad de todos y la casi imposibilidad de escapar a la amenaza. La potencial condición de víctimas actúa entonces como vinculante:

Hoy cualquier colombiano puede ser objeto de ese acto criminal; no se trata, como antes, de empresarios, hacendados o familias de buena posición económica, en este momento personas de toda posición son potenciales víctimas de caer en manos de secuestradores⁹.

En efecto, entre los testimonios recogidos, la gente reitera la percepción de que, hasta el más humilde, puede ser objeto de una retención. La sensación de que cualquier cosa que se tenga puede ser canjeable hace creer que toda forma de acumulación aumenta los grados de vulnerabilidad. El testimonio de un joven de un barrio popular es ilustrativo de esta interpretación:

...La gente por aquí tiene cualquier carrito, cualquier peso y ya.... O sea, a la gente ya no la están secuestrando para pedirle quinientos millones ni mil millones, sino que la gente sabe, cualquier grupo, cualquier gallada por ahí, sabe que ese man tiene un carrito que vale por hay cinco millones y le retienen alguno de su familia, pa quitarle dos o tres o cinco millones, que es lo que vale el carrito. Entonces, la gente se aburre, porque no puede tener nada, absolutamente nada, porque los otros están mirando encima a ver que es lo que le van a quitar.

8. Periódico El Colombiano. En Colombia todos son secuestrables. Medellín, junio 9 de 1999. P. 9A.

9. Periódico El Colombiano. Aumenta el secuestro, marcha en su contra. Medellín, marzo 16 de 1999. P. 8A.

Así, al señalar la multiplicidad de las fuentes de amenaza y su abarcabilidad se pone de presente el significado que, en este contexto, adquiere el tener. El peligro de acumular interroga de manera directa la posibilidad de futuro.

De otro lado, la diferenciación de los grados de vulnerabilidad y el significado social del secuestro también proviene de la investidura de los personajes. Si los secuestrados son sacerdotes o pastores de iglesias cristianas, políticos, defensores de derechos humanos, extranjeros, alcaldes, periodistas, artistas o, por su grado de indefensión, ancianos y niños, la sensación colectiva es la de un traspaso de los límites permisibles de la guerra, del desbordamiento de sus fronteras. Entonces, se escuchan expresiones como “¡esto nunca antes había pasado!”, “si eso le pasa a ellos entonces ¿qué más podemos esperar?”.

La prolongación indefinida del secuestro multiplica la incertidumbre y la angustia y tiende a borrar las diferencias entre el secuestro y la desaparición. Entre rumores se dice que quien lleve más de un año secuestrado puede empezar a hacer parte de la listas de los desaparecidos. Son muchas las historias de gente que sale y nunca regresa a casa; y muchas también las que tienen como desenlace la noticia de una persona muerta en cautiverio ante la imposibilidad de sus familiares de pagar las sumas requeridas por sus captores.

En el céntrico Parque de Berrío de Medellín, cada miércoles a mediodía, se congregan hombres, mujeres y niños familiares de personas secuestradas, portando carteles con las fotografías de

sus seres queridos. El testimonio de la hermana de un secuestrado es revelador del sufrimiento y los límites difusos entre secuestro, desaparición y muerte.

Quando encontramos muertos o (vemos hombres) que son parecidos a Argiro la sensación es muy rara, es el temblor, es el susto de que sea él quien está tirado en la morgue, que lo hayan matado. Pero también me pongo a pensar que (si fuera así) ya tiene algo seguro, que le puedo decir algo concreto a mi mamá que no aguanta más tanta incertidumbre. Una tumba es muy dura pero saber que él no está también lo es. Ya ni sé qué es peor.

Por las secuelas físicas y mentales producto de la privación de la libertad y las condiciones en que transcurre el cautiverio, los efectos emocionales y morales en la persona objeto del secuestro, en los familiares, amigos y allegados, y por los efectos económicos en el patrimonio familiar, el secuestro adquiere el carácter de una experiencia colectiva donde se entremezclan diversos miedos y una sensación de incertidumbre que se puede prolongar por largo tiempo.

“La extorsión, un peaje imaginario”

La extorsión o *vacuna*, un delito considerado hasta hace poco propio de zonas rurales azotadas por la violencia, adquiere preponderancia como factor de inseguridad. Se trata del cobro por parte de grupos armados de un impuesto que algunos justifican como pago del servicio de seguridad que dicen prestar. En Medellín esta modalidad se incrementó con el auge del narcotráfico y de bandas delincuenciales, para quienes se convirtió en una

fuentes de ingresos en los territorios sometidos a su control. A nombre del pago de una *cuota de seguridad* se “*vacuna* a los propietarios de negocios, tiendas, pequeños empresarios y transportadores de buses y colectivos. De este modo, la extorsión se *democratiza* como un riesgo que ya no solo puede afectar a las gentes adineradas sino también a los pobres.

El temor a las represalias por el no pago de la *vacuna* favorece la acción de los extorsionistas y conlleva una cierta aceptación de su inevitabilidad. En los términos de un propietario de un bus “es como pasar por un peaje imaginario y cancelar la cuota en virtud de la cual se ofrece protección para poder transitar y atender negocios en algunos barrios de Medellín”.

La competencia entre los grupos armados que hacen presencia en estas zonas —bandas, milicias y paramilitares— genera una situación de inestabilidad que dificulta el funcionamiento de la extorsión como sistema. Como lo analiza Diego Gambeta, este tipo de actividad delictiva solo puede operar eficazmente proporcionándole al cliente una garantía cierta de protección ante otras posibles amenazas para su seguridad y la prosperidad de su negocio¹⁰. Pero la exigencia de *la vacuna* por parte de estos grupos, rebasa muchas veces la capacidad de pago y genera un ambiente en donde son evidentes las presiones a las que se encuentra sometida la población. Algunas de ellas son explícitas en relatos que circulan socialmente, aunque no con la misma

10. GAMBETA, Diego. La mafia el precio de la desconfianza. En: Intereses individuales y acción colectiva, Madrid: Pp. 179- 201.

visibilidad de aquellos relacionados con los otros delitos ya mencionados. El siguiente testimonio de una mujer que trabaja como empleada doméstica ilustra esta situación:

Me han hablado sobre las vacunas a los negocios a los buses, a la gente que tenga modo, de que han hecho ir a gente del barrio, porque no pagaban vacuna, gente que uno distingue... les piden que les den un tanto de plata y que si no se tienen que ir del barrio, o aporrean a un hijo, o lo matan, y así..., esa vacuna se la tienen que pagar, supuestamente, a los de las bandas, que pa ellos mantenerse, ellos son muchos. También me tocó a mí, yo vivía en una casa, y me hicieron desocupar la casa... que pa colocar una oficina de vigilancia ahí.

El destierro, la agresión física o la muerte son estrategias utilizadas por los actores armados para infundir terror a la población y presionar el pago de las cuotas. Relatos como estos pasan fácilmente de ser historias que les contaron de otros a hacer parte de una experiencia personal. Al final, ceder a la presión, parece ser la única forma de garantizar la subsistencia:

No es mucho para seguir vivo y poder trabajar. Eso es normal. Todos pagamos cuota de seguridad para que no nos disparen y no nos asusten a los clientes. El que no, el que se pone de verraco, lo matan o lo hacen ir. Pregunte y verá que no le miento¹¹.

Este testimonio de un hombre propietario de una tienda en un barrio popular, pone de manifiesto la utilización de la amenaza

11. Periódico El Colombiano. “Toque de queda” asusta a Manrique Oriental. Medellín, 7 de febrero del 2001. P. 1D.

por parte de los actores armados como estrategia para someter a sus designios a una población que pone permanentemente en juego, además de la vida y sus pertenencias, la dignidad, la libertad y aquellos referentes de arraigo e identidad en torno a los cuales han construido su sentido de pertenencia a la ciudad.

La urbanización del conflicto armado:

“La guerra está aquí”

Durante los cinco años posteriores a la muerte de Pablo Escobar, las cifras de los homicidios decrecieron, en los últimos años nuevamente se observa una tendencia al incremento¹². Mientras que algunos sectores sociales interpretan estas cifras como un asunto de mala imagen, para otros, es un dato lo suficientemente demostrativo de la gravedad que reviste esta situación.

La evolución de las tasas de mortalidad por homicidio de acuerdo a las zonas de ocurrencia, a partir de la década de 1980, muestra su concentración en las zonas nororiental, noroccidental y centrorienta, en donde habitan gran parte de los sectores populares de Medellín¹³. Esta tendencia parece sin embargo haber actuado como atenuante de su significado real para el con-

12. 1991 fue el año en el que se registró el mayor número de muertes violentas en Medellín: 7.376. En los últimos años, las cifras han sido las siguientes: 1996: 3.854; 1997: 3.568; 1998: 2.887; 1999: 3.136; 2000: 3.051; 2001: 3.228; 2002: 3.596. Boletín Vida N° 1. Medellín: INSTITUTO POPULAR DE CAPACITACION, 2002.

13. Tendencia que ha sufrido una variación en el 2002 con la comuna 13, perteneciente a la zona centroccidental, que pasa a ocupar el primer lugar en las cifras de homicidios (475), superando la comuna de La Candelaria (390). Policía Metropolitana. Medellín, 2002.

junto de la ciudad: algo así como que mientras el mal estuviera concentrado en estos lugares, no había de qué preocuparse; bastaba con evitar su propagación.

No obstante, un fenómeno reciente, el de la “urbanización del conflicto armado” y a pesar de su aparente concentración — ahora en la zona centroccidental y particularmente en la comuna 13 —, vuelve a generar inquietud sobre las posibilidades reales de conjurar el mal. A pesar de los intentos de focalización, el conflicto armado parece romper las murallas de protección evidenciando lo que muchos temían: que la guerra está en la ciudad.

Miedo, zozobra, desconfianza, terror, son palabras incorporadas al lenguaje cotidiano con el que se describe el ambiente que se vive en la ciudad. En los sentidos que la gente construye para explicarlo está al lado de la violencia, la guerra. Más que un hecho en sí, a través de ella se nombran una serie de situaciones que, aunque en principio se perciben como extraordinarias, poco a poco dejan de serlo, incorporándose, a fuerza de repetición, a la cotidianidad: secuestros, extorsiones, masacres, ataques terroristas, asesinato de personalidades públicas, enfrentamientos entre diversos grupos armados o con la fuerza pública; además, sus efectos en la economía, en las sociabilidades y en los usos de la ciudad¹⁴.

14. Esto daría cuenta de una expresión de la guerra, más que como una acción estrictamente bélica, como un eje estructurante del orden social, el orden institucional, las relaciones sociales y la vida cotidiana. Sobre estas dimensiones de la guerra en Colombia ver: URIBE DE H., María Teresa. Los tiempos de guerra: gobernabilidad, negociación, soberanías. En: Nación, Ciudadano, Soberano. Medellín: Corporación Región, 2001. Pp. 215-303.

En este sentido, lo particular del ambiente que hoy se respira parece ser lo que la guerra adiciona a los miedos, inseguridades y desesperanzas ya existentes, pues si bien las historias de atracos, robos de carros, asesinatos y violaciones hacen parte ya de la dinámica de las grandes ciudades y de las agendas mundiales de gestión urbana, la agudización del conflicto armado ha acentuado un sentimiento profundo de vulnerabilidad e incertidumbre.

El lugar creciente de la guerra en la vida de la ciudad es perceptible en la atmósfera urbana a partir de una serie de hechos que, en los medios de comunicación o en relatos que circulan oral o virtualmente, dan cuenta de que la guerra, esa que se veía primero sólo en los noticieros y que rápidamente se sintió aproximar a través de secuestros ocurridos en las afueras de la ciudad, ha traspasado murallas y está, en su lógica y dinámica, dentro de la ciudad.

El asesinato de personas pertenecientes a diferentes estamentos universitarios, el secuestro de líderes sociales por parte de los paramilitares, el enfrentamiento entre milicias y ejército, la realización de varios atentados terroristas, la incautación de cilindros de gas, convertidos recientemente en símbolo de un nuevo armamento para la guerra, son la evidencia de esta cercanía.

Con titulares como “Actores armados extienden su tenaza sobre Medellín”¹⁵, los medios de comunicación confirman, y por esta vía hacen creíble para muchos, lo que ya hace rato circula entre rumores: la disputa entre actores armados por el control de territorios estratégicos en la ciudad. Desde la experiencia cotidiana,

15. Periódico El Colombiano. Medellín, 4 de noviembre de 2001. P. 6A.

la gente articula estos nuevos hechos a dinámicas ya conocidas de control territorial, sólo que aparecen nuevos poderes con mayor capacidad de coacción. Para un hombre adulto, que se desempeña como auxiliar de farmacia en un barrio popular, es evidente que “la guerra no sólo se vive a nivel del campo sino en la ciudad”; según él, así es su dinámica:

Todos esos grupos están reclutando todos esos combos y esa gente está al servicio del que mejor pague; esa gente las dotan de armas, sea de un bando o sea del otro... de las cosas que les prometen a la gente, para que hagan parte del grupo de ellos, es plata y electrodomésticos, y armas y así van recogiendo... o sea, sí, lo que está haciendo esa gente es al que más gente reclute, es al que más pueda con el otro.

Grupos que compiten por reclutar *gente* a cambio de cosas. La dinámica y la lógica de la guerra se entiende entonces como intercambio de bienes; ahí radica el poder de sus protagonistas, de *Ellos* y los *Otros*. Se trata de una percepción bastante generalizada que resalta la hibridación de los actores y una pragmática de la guerra que nada tiene que ver con ideologías.

La imagen es la de una ciudad amenazada, permeada, penetrada por los poderes armados; presa en la disputa por su dominio; frágil ante una acción de conquista que parece ser el resultado de maldiciones anunciadas, como lo sugiere esta noticia que recuerda las constantes advertencias de los grupos guerrilleros de trasladar la confrontación armada del campo a la ciudad:

Tres meses atrás, cuando el Mono Jojoy, jefe militar de las Farc, advirtió a los soldados que se verían en la ciudad, no

lanzaba palabras al viento: el conflicto armado cada vez se afianza más en las laderas urbanas, en especial en Medellín¹⁶.

Al lado de las voces de los guerreros que hablan de la inevitabilidad de la guerra, como la de este dirigente miliciano que dice “no le tenemos miedo a decir que nos preparamos para la guerra y queremos que la gente participe de ella¹⁷, se escucha tenuemente la voz de pobladores: “Aquí, vivimos es muertos del miedo, esperando qué cosa nueva va a pasar”. Voces anónimas saltan los cercos que los mantienen vigilados por uno y otro bando y circulan por el resto de la ciudad para decir que allí *ver, oír y callar* es la máxima que rige la supervivencia diaria; que mucha gente huye y que otra quiere hacerlo pero ni eso les es permitido; que para los que se quedan hay normas claras: no llegar tarde, no hablar ni llevar gente extraña al barrio, no dar información al enemigo y pagar cumplidamente las cuotas de la guerra

Todo esto ocurre en la comuna 13, convertida recientemente, a pesar de todos los signos que ya anunciaban el impacto del conflicto armado en la ciudad, en la prueba más fehaciente de que, en efecto, la guerra llegó a la ciudad¹⁸. Aunque muchos interpretaron la situación vivida en esta zona con la versión tranquilizadora

16. Periódico El Colombiano. Aumenta urbanización del conflicto armado en Medellín. Medellín, domingo 23 de septiembre de 2001. P. 3A.

17. Entrevista con el comandante de las milicias de los Comandos de Acción Popular (CAP). Periódico El Colombiano. El conflicto armado en Medellín, seguirá: Los CAP. Medellín, 5 de enero del 2002. P. 12A.

18. Al momento de la escritura de este texto, en la comuna 13 se desarrolla la Operación Orión, una campaña de recuperación militar de la zona (exterminio de los grupos milicianos), acompañada de una intervención social en muchos casos hasta ahora desconocida por sus habitantes.

de que esto sucedía *sólo* en la periferia, para otros, las muestras de su desbordamiento especialmente al tocar a sectores sociales medios (retenes, muertes de personas con balas perdidas, extorsión) aledaños a los barrios más populares donde se desarrollaba la confrontación armada, alertaron sobre una situación a la que podría verse enfrentada toda la ciudad. Si la comuna nororiental fue estigmatizada en los años 80 como símbolo del narcotráfico, la comuna 13 fue la manera simplificada y focalizada de nombrar la guerra. Como en la época del narcotráfico Medellín fue vista por el resto del país como el ejemplo de lo que se debía evitar a toda costa. El miedo a la guerra no se pudo ocultar.

En todo caso, la percepción más generalizada es la de una guerra que salta de la pantalla del televisor a la puerta de la casa y, al igual que en los escenarios nacionales, no se descifran los actores y sus fines; lo único que se sabe es que todos coinciden en el mismo propósito: el control del territorio; tal y como lo expresa este joven estudiante de bachillerato y habitante de un sector de clase media:

Ya todo gira alrededor de la violencia, por ejemplo si ves todos los noticieros, siempre te van a hablar de violencia. Y por ejemplo, en los barrios ¿qué vemos?, enfrentamiento entre bandas, porque una banda se quiere tomar el poder de un barrio y la otra banda también se lo quiere tomar.

La demanda de seguridad adquiere en este contexto mayor relevancia. Seguridad ya no sólo entendida como vigilancia de los bienes, sino como orden moral y social. Ante la fragilidad del Estado se opta en muchos casos por la adhesión a cualquier

poder, con tal de que éste sea un referente de autoridad, no importando los mecanismos de los que se valga. Se teme a los espacios intersticiales, espacios vacíos de poder, precisamente por la pugna que ellos suponen. Por eso, este mismo joven opina que “lo más peligroso, es cuando no hay control, porque cuando hay control es un sólo grupo el que manda, en cambio cuando no hay control cualquiera de los grupos te puede disparar”. En esta disputa, y sabiendo lo que el dominio de cualquiera de estos poderes supone, el miedo al vacío es mayor.

“Medellín es como una isla en medio de la marea”. A esta metáfora se acude para describir una ciudad en la que los males —en este caso la guerra— están afuera, mientras la ciudad y la región cuentan con una potencia reconocida para resolver los problemas¹⁹. Algo así como que si no fuera por los problemas del país, este fuera el paraíso terrenal. Pero cuando la marea sube y llega a casa, ya no es posible preservar tampoco el sentimiento de isla. Por tanto, la constatación de que la guerra ha dejado de estar en las fronteras reitera el sentimiento de igualación por lo bajo: por el riesgo, el miedo y la pérdida que ésta supone.

Iniquidad y desigualdad, telón de fondo de miedos e incertidumbres sociales

En la atmósfera de Medellín, también la pobreza y la crisis económica son percibidas por un importante sector de la población

19. Es desde una narrativa conservadora que tiende a señalarse siempre el afuera y todo lo que viene de allí como malo, contaminante, dañino y, por tanto, causante del caos.

como fuente de miedos e incertidumbres. Y aquí de nuevo las huellas de lo local y del mundo global son perceptibles.

En una época en la que es indudable el resquebrajamiento de muchos de los soportes que sustentaron la modernidad —nociónes sobre el progreso, el individuo, la racionalidad, la Nación y el Estado, para señalar sólo algunos—; en la que consignas como la igualdad y la libertad se revelan como promesas incumplidas y en donde el fenómeno de la globalización económica y cultural parece modificar y ampliar el mapa de los excluidos, la desigualdad se erige como uno de los mayores problemas que se enfrentan hoy en el mundo²⁰.

Como parte de este contexto, en Medellín se constata una profundización de la brecha entre quienes tienen y los que carecen de oportunidades para acceder a unos recursos que les permitan una vida digna y la existencia de un sistema político y económico que genera un acelerado empobrecimiento. Ciertamente, los resultados de estudios recientes sobre la situación en materia económica nos presentan un panorama bastante sombrío³⁹: desde la década de 1990, Colombia registra un retroceso en su desarrollo. En 1990 el 10% de los colombianos más ricos del país tenía ingresos 40 veces superior al 10% al de la población más pobre. Hoy, ese mismo 10% de ricos tiene un ingreso 60 veces

20. GIDDENS, Anthony. *Un mundo desbocado*. Madrid: Taurus, 1999. P. 28. También es importante señalar que aún para quienes la reivindicación de la igualdad ha sido remplazada por la de la seguridad, la generalización de nuevos riesgos, especialmente de orden ecológico, no superan sino que arrastran con las desigualdades preexistentes. En: BECK, Ulrich *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 1998. P. 11.

superior al 10% más pobre, lo que hace de Colombia el segundo país más inequitativo de América Latina después de Brasil. Esta concentración de la riqueza se acompaña con un aumento del número de colombianos que viven entre la línea de miseria y pobreza: De los 44 millones de habitantes más de 25 millones de personas viven con menos de 5.400 pesos diarios. De ellas, 11 millones sobreviven con la mitad de eso: cerca de 2.7 millones están desplazados de sus tierras, más de tres millones no tienen empleo y casi otros 7 millones están subempleados, 2,5 millones de niños trabajan y un millón de campesinos no tiene tierra²¹.

La probabilidad de descender en la escala social es considerado entonces por un importante sector de la población como una amenaza directa. La crisis económica vivida por personas de la clase media pertenecientes a los estratos tres y cuatro, por ejemplo, se hace visible en los medios de comunicación, en los rumores y relatos sobre las penurias de familias, el cierre de pequeñas y medianas empresas, los despidos de personal y la angustiada situación de profesionales que no encuentran empleo y que terminan desempeñando “cualquier oficio” o engrosando la lista de quienes se ganan la vida en la economía informal.

Para los que tienen un empleo, el temor a ser despedidos por la aplicación de políticas de recorte de personal, justificadas en la mayor eficiencia en la administración pública o en la empresa privada para adaptarse a las demandas del mercado y cumplir con las condiciones impuestas por el Fondo Monetario Interna-

21. Periódico El Tiempo. Colombia un estado lamentable. Bogotá, 27 de octubre del 2002. P. 1.

cional, genera una gran incertidumbre. La constatación de que ni el buen desempeño profesional, ni la honestidad y fidelidad a la empresa garantizan una estabilidad produce una sensación de frustración e impotencia.

La reducción significativa de los ingresos en sectores medios tiene un fuerte impacto en la alteración de los estilos de vida: cambios en los hábitos de consumo, disminución de desplazamientos que tenían por objeto la recreación o el descanso, despojo progresivo de objetos considerados símbolo de prestigio social, cambio de lugar de residencia de barrios de mayor a menor estrato socioeconómico, traslado de los hijos de colegios privados a públicos. El testimonio de un padre de familia es revelador sobre la forma como se percibe este proceso de deterioro:

Yo creo que el estrato 4 es el más perjudicado, porque somos como un sandwich. Antes viajábamos, íbamos a comer fuera cada 15 días... y es que con la crisis ha llegado el desconcierto y la vergüenza. No es fácil, la mirada social del otro sigue contando mucho. Se quiere proteger a los hijos del desdén de los pocos privilegiados que se mantienen al margen de la crisis económica. Se quiere conservar un mínimo de dignidad²².

Como alternativa para enfrentar la crisis, personas y familias de clase optan por el retorno al hogar de origen o la vivienda compartida con amigos u otros familiares. Aunque ello representa un alivio económico, influye negativamente en otros aspectos de la vida: “son padres que vuelven en calidad de hijos y sus hijos tienen que someterse a la norma de autoridad de sus abuelos,

22. Periódico El Colombiano. Un país con los bolsillos vacíos elegirá el nuevo presidente. Medellín, febrero 3 del 2002. P. 7A.

que funcionan bajo modelos tradicionales”²³. En estos casos, la vuelta al hogar demanda un ejercicio de adaptación a formas de comportamiento que no se comparten. Sin embargo, no todos los sectores medios tienen la misma posibilidad de atenuar la crisis, especialmente cuando se depende de un salario y no se cuenta con apoyo familiar, lo que hace más difícil la situación. En este sentido el desempleo se convierte en un factor que profundiza un sentimiento de vulnerabilidad y desencadena otras formas de descenso social.

Pero la pérdida de estatus no sólo ha afectado a la clase media sino también a personas y familias ricas que lo han perdido todo. “Es como si el mundo les cayera encima”, afirma la directora de una fundación constituida para brindar ayuda a las personas de mayor edad “que no se atreven a buscar ayuda por temor a que las reconozcan en las filas de las entidades de beneficencia o que su nombre figure donde no se debe”²⁴. El reto es acostumbrarse a vivir como pobres, aunque nunca antes se imaginaron que pudieran llegar a serlo.

La emergencia de los que se han denominado *nuevos pobres* transcurre en paralelo con un mayor deterioro en las condiciones de vida de los pobres tradicionales y la aparición de una pobreza extrema asociada a la presencia de una población en condición de desplazamiento. Esta proviene de diversas regiones de Antioquia y se hace visible en la ciudad con la construcción

23. Periódico El Colombiano. El amor con hambre no dura. Medellín, junio de 1999. P. 7A.

24. Periódico El Tiempo. Ayuda a ricos empobrecidos. Bogotá, febrero 10 del 2002. P. 20.

de asentamientos en zonas de periferia, acciones de protesta en demanda de atención estatal y su presencia en las calles, al lado de rebuscadores, vendedores ambulantes y mendigos.

El problema es que, para muchos, el desempeño de un oficio en el mundo de la informalidad o la mendicidad ni siquiera da para comer. Los funcionarios de entidades de asistencia han dado su voz de alarma por el aumento del hambre, “Si se desayuna no hay con qué comer”, esta es la realidad que se vive en los barrios más pobres. Como afirma una ama de casa “el que consiguió con qué comer comió y el que no pues le toca ver comer a los otros”²⁵.

La pobreza se convierte en un círculo vicioso: se es pobre en tanto se carece de unas dotaciones iniciales mínimas, con lo cual las capacidades son muy bajas y las personas no pueden ejercer sus derechos. Y la ausencia de ejercicio de sus derechos les impide potenciar sus capacidades, perpetuándose así la situación de pobreza. Según el testimonio de una joven universitaria, líder de un grupo juvenil en un barrio popular:

Está visto que las personas que tienen un mejor nivel de educación son los que más acceso tienen a un empleo justo, un empleo al menos digno, y entonces la gente que sale de los barrios populares, que no tuvo oportunidad de estudio, que no ha podido ingresar a terminar un bachillerato, tiene menos oportunidad que otras personas. Y eso se da por la pobreza, porque la gente no ha tenido con qué estudiar, si se dedica a

25. Periódico El Colombiano. ¿Nevra para guardar qué? dicen voces del estrato cero. Medellín, 23 de julio del 2002. P. 13A.

estudiar no puede trabajar y hoy en día la gente necesariamente tiene que trabajar.

Las posibilidades de pensar en un futuro son muy limitadas, al igual que la conservación de la unidad familiar y la construcción de vínculos sociales duraderos ante los continuos desplazamientos y cambios de oficios. Los niveles de lo imprevisible en los cuales se desenvuelve la vida cotidiana reducen los márgenes de inclusión y por lo tanto el riesgo de quedar cada vez más al margen de lo social.

Desde la década de 1980, Medellín tiene una de las tasas más elevadas de desempleo en el país. En la actualidad esta tasa es de un 20%, lo que equivale a la existencia de 250.000 personas desempleadas en la ciudad²⁶. La condición de desempleado tiende a convertirse en un estado permanente que dificulta hacer planes sobre el futuro y acrecienta el temor a una mayor exclusión:

...Día tras día todo se va como decayendo, se va bajando como todas las ilusiones que uno tiene en esta ciudad al ver tanta pobreza, tanto desempleo, yo pienso que eso es lo peor, hay mucho desempleo y eso marca a la gente y más que todo a la gente de los barrios populares. Para que haya futuro bueno se necesitan muchas oportunidades, porque la gente de los estratos bajos está muy abandonada.

Este testimonio, perteneciente a una joven universitaria de estrato dos, es corroborado por las cifras, pues el 60% del desempleo lo padecen los sectores más empobrecidos²⁷. Un

26. Periódico El Colombiano. Se desborda la pobreza, Medellín, marzo 13 del 2002. P. 6A.

agravante adicional importante para la consecución de empleo lo constituye el barrio en el cual se vive: La gente afirma que si la procedencia del solicitante de empleo es un barrio incluido en la cartografía de los barrios estigmatizados por la violencia, entonces ni siquiera es considerada su solicitud.

Estos problemas, que tampoco son exclusividad colombiana forman parte de las transformaciones que se vienen operando en el mundo del trabajo sometido a las reglas de juego propias del nuevo capitalismo. Como lo demuestra Richard Sennet, ha tenido efectos devastadores en valores humanos fundamentales: lealtad, compromiso mutuo, quiebra de formas de vínculo social y búsqueda de objetivos a largo plazo²⁸, lo cual puede explicar su lugar preponderante en la escala de fuentes generadoras de miedos e incertidumbres.

En la medida en que la crisis se prolonga y las estrategias adoptadas por el Gobierno no garantizan los resultados esperados, se acrecienta la preocupación por el futuro del país. ¿Qué tan lejos puede estar Colombia de un estallido social? es el interrogante que, recientemente formulaba un influyente medio de comunicación²⁹ ante el reconocimiento de una situación calamitosa en cuanto a los problemas de pobreza e inequidad y a la dificultad para ofrecer alternativas de sobrevivencia a una gran parte de

27. Informe de la Secretaría de Planeación municipal. Periódico El Colombiano. Pobreza gana terreno en Medellín. Medellín, Julio 15 del 2001. P. 12A.

28. SENNET, Richard. La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Barcelona: Anagrama, 2000.

29. Periódico El Tiempo. Colombia una situación lamentable. Bogotá, octubre del 2002. P. 1.

población. Esto, sumado a un escalamiento de la guerra, continúa alimentando las visiones más pesimistas acerca del futuro.

Los nuevos riesgos

En una revista de circulación mensual abierta al azar, aparece este artículo, dirigido a usuarios de un servicio médico: “Antibióticos. La otra guerra biológica: como contrapartida del progreso científico, en los últimos años hemos asistido a un aumento creciente y casi exponencial de las resistencias de muchos microorganismos frente a antibióticos que considerábamos inmutables”³⁰. Se trata de un llamado de la Organización Mundial de la Salud sobre un asunto que concierne a un patrimonio de la humanidad: los antibióticos, una verdadera conquista para preservar la vida y que ahora, dice el informe, convierte sus antiguos beneficios en una fuente de riesgo.

Esta información, que igual puede circular en Medellín o en cualquier lugar del mundo, pone de presente un fenómeno propio de lo que significa vivir en una era globalizada. Lo que prometía una vida más segura hoy es percibido por un sector de la población como otra fuente de amenaza, ampliando, para ellos, el campo de los riesgos y la incertidumbre.

Esto alude específicamente al riesgo manufacturado, que según Giddens es el “riesgo creado por el impacto mismo de nuestro conocimiento creciente sobre el mundo”, diferente al riesgo

30. Revista de Salud Coomeva Medicina Prepagada N° 44. Medellín: febrero del 2002. P. 8.

externo que es aquel que “se experimenta como viniendo del exterior, de las sujeciones de la tradición o de la naturaleza”³¹. Los riesgos manufacturados pueden producir efectos catastróficos en campos tan diversos como la ecología, la economía o en otras dimensiones que pueden afectar de manera más directa al individuo y su vida cotidiana.

En Medellín la percepción de este tipo de riesgos como una amenaza cercana también está presente, aunque en núcleos de población mucho más pequeños que los que identifican como principal miedo colectivo la violencia, la guerra o la pobreza. Generalmente son personas de sectores medios y altos, conectadas a redes y con altos niveles de formación académica, quienes se preocupan por este tipo de peligros asociados a la proliferación de poderes destructivos, cuyo control pareciera escapar a los designios de los hombres que los crearon. La referencia a ellos aparece cuando se alude a los problemas de la humanidad, lo cual es explicable, porque es propio del riesgo una deslocalización, una distribución que trasciende la clase social y el territorio.

Para las personas que identifican estos riesgos aparecen en primer lugar aquellos que tienen que ver con la adopción de decisiones cotidianas y sus implicaciones en la vida. Como consumidor, por ejemplo, una persona debe tomar la decisión acerca de si incorpora en su dieta alimenticia la carne de animales alimentados con concentrados o prefiere alimentos caseros. Al hacerlo está manejando información tecnológica y asumiendo el riesgo de que su decisión no sea la mejor, pues se sabe que

49 GIDDENS, Anthony. Op. cit., 1999. Pp. 38-39.

los conceptos de la ciencia y la tecnología son cambiantes de acuerdo a próximos hallazgos, que pueden indicar que lo antes recomendado se convierta luego en lo más nefasto. Ejemplo de ello son los rumores que a diario circulan en Medellín sobre la utilización de antibióticos en los concentrados para el crecimiento de los pollos con efectos negativos para el organismo humano; el impacto nefasto del consumo de Coca-Cola para la salud o el cáncer que supuestamente se produce por el uso de desodorante con unos determinados componentes químicos. Si bien a esta información acceden muchas personas, sólo para algunas de ellas se convierte, en efecto, en una advertencia de riesgo que supone la decisión sobre qué consumir.

Al lado de estos riesgos referidos al consumo, también están los asociados con el armamentismo y la contaminación ambiental. Si bien en comparación con otras latitudes del mundo, las expresiones en Medellín de un pensamiento y una acción colectiva ecologista y antinuclear son bastante precarias, desde los sectores de la población que comparten una valoración de este tipo de riesgos como amenaza, los efectos perversos de la intervención del hombre sobre la naturaleza, la proliferación nuclear y el armamentismo son bastante significativos en el orden de las fuentes de miedo que comparte la humanidad. Para una líder feminista, por ejemplo, la industria de las armas es sinónimo de conflictos y guerras.

La ciencia, la tecnología, la política, todo, está dirigido a una industria que está diseñada para destruir vidas humanas; diseñada exclusivamente para ver cómo se mata de manera más precisa... ahí hay una cadena... a mí eso me parece tenacísimo.

Así como la acumulación de dinero nunca tiene fondo, esto pasa con la industria de las armas: como el deseo de destrucción de vidas humanas es infinito tampoco tiene límite. No hay una posibilidad de un límite. Entonces son tan amenazantes para la vida humana como para el entorno en el cual viven los seres humanos.

En la misma perspectiva, el privilegio otorgado a ciertos desarrollos científicos y tecnológicos sin atender a las consecuencias que ello acarrea en la naturaleza es percibido por grupos de Nueva Era y por las medicinas alternativas como un grave riesgo para la continuidad vital del hombre mismo y de la naturaleza. De ahí los cuestionamientos que desde estas corrientes se hacen a una medicina tradicional que, según este pensamiento, ha dado muestra de sus limitaciones para el adecuado tratamiento de enfermedades que tienen mucho que ver con el deterioro del medio ambiente. “El hombre empieza a darse cuenta que está en un mar de energía y que manipular esas energías inconscientemente para beneficios inmediatos, ha producido perturbaciones graves que apenas empezamos a reconocer y difícilmente a manejar”. En esta afirmación de una médica bioenergética, se asume como un hecho la existencia de un nivel de alteraciones tal que ya no es posible referirse a la naturaleza, sino a un resultado de la intervención humana que ha dado lugar a su fin.

El desencuentro entre el hombre y la naturaleza también es percibido, desde esta corriente, como fuente generadora de riesgos para el ser humano por la presencia excesiva de químicos en alimentos, medicamentos y productos para el cuerpo, y por el

incremento de estrés y de enfermedades depresivas que, con estilos de vida supeditados a la lógica del consumo y el ritmo de la velocidad, cada vez van más en contravía del orden natural.

Es perceptible entonces entre quienes encuentran los riesgos en el desequilibrio causado por la alteración de la naturaleza y las alteraciones de tipo emocional, un margen de exposición a lo imprevisible pues se asiste a una serie de transformaciones que no se sabe hasta donde avanzarán. Y con esto también están señalando la imposibilidad de regular el futuro, lo que confiere un lugar a la incertidumbre. Justamente, como lo ha dicho Giddens, calcular los riesgos le resta campo a la incertidumbre. Pero las cosas no han resultado así: los intentos por controlar el futuro han generado nuevos riesgos.

De acuerdo con esta descripción, la atmósfera de miedos e incertidumbres en Medellín debe ser entendida entonces como resultado de una conjunción de amenazas asociadas a fenómenos tan disímiles como la violencia, la guerra, la pobreza y los riesgos asociados a la tecnología. Tienen en común que son reconocidas como amenazas vitales para la preservación de la integridad física, las condiciones materiales de existencia, la autonomía como sujetos y la inclusión social.

Y si bien es cierto que estas fuentes de amenaza permean toda la sociedad tampoco puede perderse de vista la existencia de niveles diferenciados de acuerdo al rango de peligrosidad que se les atribuye y a sus impactos. Es aquí donde se hace necesario poner de relieve las condiciones de mayor indefensión de una buena parte de la población, especialmente la que habita en

zonas más directamente afectadas por la violencia, la guerra, la estigmatización y la pobreza con respecto a otros grupos sociales que, aunque tampoco se han podido sustraer a estas amenazas, tienen a su disposición otros recursos para atenuar su impacto.

La densidad que reviste esta atmósfera es demostrativa de la existencia de una sociedad en donde el miedo y un creciente sentimiento de incertidumbre condicionan, de muy diversas formas, la vida cotidiana de sus habitantes y el devenir de la ciudad. Pero a pesar de las limitaciones quizás también signifique una oportunidad para incorporar estos sentimientos, de manera reflexiva, como componentes ineludibles de la vida social y urbana.

CAPÍTULO DOS
LOS ROSTROS DEL MIEDO



El miedo del hombre es —dice Kurt Riezler— “miedo de algo o por algo” y agrega: “este algo tiene un carácter definido que si no es conocido es conocible”¹. Tememos porque sabemos que existe una amenaza, algo que es portador de un mal inminente, un mal que aunque genera un miedo presente, está todavía por venir² y es el conocimiento de lo que este mal nos puede afectar, lo que justamente nos genera miedo. Si fuéramos totalmente desconocedores de su contenido, sencillamente, aunque existiera objetivamente, no lograría configurarse como amenaza y, por tanto, no sería propiamente una fuente de miedo.

-
1. RIEZLER, Kurt. Psicología Social del miedo. En: May, Rollo, Rietzler Kurt y otros. Miedo y sociedad. Buenos Aires: Editorial Escuela. 1966. Pp. 21-22.
 2. El carácter de inminente del miedo indica que es una “amenaza que está por venir”. Según Aristóteles, “un mal potencial” y según San Agustín, “un presente de las cosas futuras”. Ver: GIRALDO, RAMÍREZ, Jorge. Somos ciudadanos sin muros. El temor y la política en la síntesis tomana. En: El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, 2002. P. 49.

La concreción del miedo es lo que lo diferencia de la angustia producida por un peligro indefinido, inaprensible. Como dice Jean Delumeau: “El miedo tiene un objeto determinado al que se le puede hacer frente: la angustia no lo tiene, y se la vive como una espera dolorosa ante un peligro más temible cuanto que no está claramente identificado; es un sentimiento global de inseguridad: por eso es más difícil de soportar que el miedo”³. El hombre no es capaz de soportar indefinidamente un estado en el que no sea capaz de identificar las fuentes de temor. Y no se trata sólo de una reacción síquica e individual; socialmente se requiere objetivar los miedos como una forma de domesticarlos. Es así como a lo largo de la historia y en diferentes sociedades se han nombrado determinadas situaciones, personajes o lugares como los causantes del mal. No de otro modo podría explicarse la representación que se hizo en el medioevo del extranjero como portador de las pestes, o de la mujer como vehículo del demonio y la herejía; de los judíos en la Alemania nazi, de los comunistas en la guerra fría, de los inmigrantes que llegan del Tercer Mundo a Europa o de los musulmanes hoy en Estados Unidos, para mencionar sólo algunos ejemplos. La focalización de las amenazas en estos grupos hace parte del intento por simplificar la complejidad social, convirtiendo la incertidumbre y angustia colectiva en miedos tangibles y, por tanto, domeñables.

Una posibilidad de entender el miedo en su dimensión social tiene que ver entonces con la comprensión de los procesos mediante los cuales se personifican las amenazas, esto es, la forma

3. DELUMEAU, Jean. El miedo en occidente. Siglos XIV-XVIII. Madrid: Tauros, 1989. Op. cit. P. 31.

como se construye un *Otro* a imagen y semejanza del miedo. Según Rossana Reguillo, se trata de una construcción social basada en la idea de que “hay otro al que se puede culpar de los miedos provocados por la biogenética, otro al que puede culparse del deterioro ambiental; unos *otros* responsables de la inseguridad y de la violencia creciente de la sociedad; otro a quién atribuirle la culpa por la pérdida de valores y por el deterioro moral de las sociedades”⁴. Desde la perspectiva de la alteridad se trata de leer, en los rostros del miedo, la forma como se construye ese Otro amenazante y las múltiples relaciones de inclusión y exclusión social y simbólica que se tejen a su alrededor.

Figuras sociales amenazantes: una exploración de los “rostros del mal”

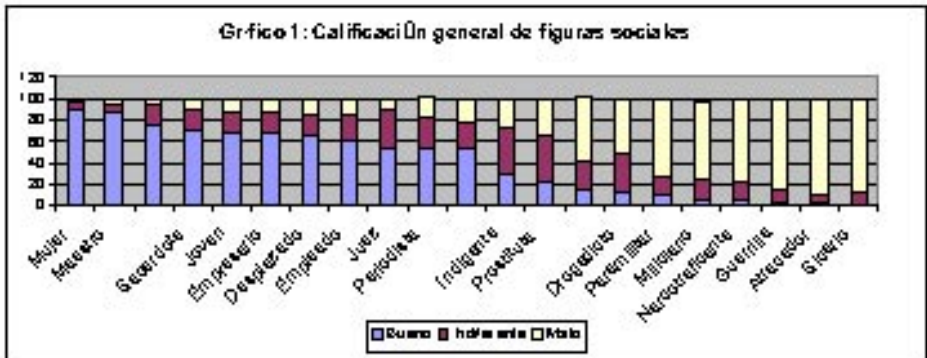
En este capítulo nos referiremos a las *figuras* que, en las representaciones sociales, son consideradas portadores de amenazas y generadoras de miedo. Más que una aproximación a sujetos empíricos, a “personas de carne y hueso”, se trata de un acercamiento a la representación que la gente tiene de figuras prototípicas — que fueron reconocidas como relevantes en una descripción previa del clima de miedo —, desde nociones preexistentes sobre lo que es amenazante, peligroso o productor del mal. En esta parte, el enfoque y los instrumentos metodológicos son una aplicación de la propuesta construida y desarrollada por Rossana Reguillo en la ciudad de Guadalajara, según la cual “el temor al otro es

4. REGUILLO CRUZ, Rossana. Los laberintos del miedo. En: Revista de estudios sociales. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales Uniandes, Fundación Social, enero, 2000. P. 69.

uno de los principales dispositivos para encauzar el miedo, que así visto, se transforma en otra pasión, odio. Se odia lo que nos amenaza”⁵. Así, más allá de las figuras, lo que intentamos analizar son los sentidos sociales que estas percepciones revelan.

En un primer acercamiento al “clima de miedos” que se vive en la ciudad, encontramos que de las narraciones que describen este ambiente, emergen una serie de figuras en las que de alguna forma se *fijan* las amenazas y otras en las que, por el contrario, se *fijan* las esperanzas y el sentimiento de protección⁶.

Gráfico 1
Calificación general de figuras sociales



5. Ibid. P. 70.

6. En esta parte sólo nos detendremos en las figuras que fueron interpretadas como amenazantes. Pero igual tratamiento requerirían aquellas que, como la mujer, el sacerdote, el maestro y el líder social, fueron interpretadas como mediadoras, garantes de continuidad social y reparadoras de un tejido social quebrantado justamente por las figuras amenazantes.

Para indagar por las 21 figuras que resultaron de esta aproximación, aplicamos una encuesta a personas de diverso género y edad, pertenecientes a diferentes estratos socioeconómicos de la ciudad⁷. La encuesta estuvo dividida en dos partes: en la primera, se pidió una calificación de estas figuras como buena, mala o indiferente, y en la segunda, una descripción de su papel en la sociedad. El supuesto era que el paso de la calificación a la descripción “permitiría darle contenido a la posición y encontrar por ausencia, complementariedad o contradicción, el modelo del orden que los sujetos encuestados apelaban al asignar una función a los sujetos preexistentes”⁸.

Bueno y malo son categorías morales que median la relación de cualquier sujeto con el mundo. En términos “spinozianos”, dan cuenta más que de características positivas o negativas

7. En noviembre del 2000 se aplicaron 240 encuestas — 40 en cada uno de los seis estratos socioeconómicos— en diferentes lugares: plazas, mercados, centros de salud, centros educativos y residencias. Dos situaciones particulares merecen ser mencionadas: no pudimos aplicarla en residencias del estrato 6 (alto) pues, pese a haber gestionado la autorización de los administradores de las urbanizaciones, los propietarios no nos permitieron acceder a sus viviendas aduciendo razones de seguridad. Tampoco fue posible hacerlo en centros comerciales ubicados en estos barrios (El Tesoro, Oviedo) pues está prohibido, también por razones de seguridad, realizar este tipo de actividades. Se optó entonces por aplicarla en universidades y con personas conocidas. En un barrio que hace parte de la comuna 13, correspondiente a estratos 1 y 2, tampoco pudimos acceder a las residencias por el control que ejercen allí sobre las personas extrañas los grupos de milicias. Allí se aplicaron en el centro de salud y en un mercado que queda alrededor. Ambas situaciones límite son indicativas del ambiente que se vive en la ciudad. En total fueron consultadas 117 mujeres (49%) y 123 hombres (51%). Por edad, la muestra fue: 82 (34%) entre 13 y 24 años; 96 (49%), entre 25 y 44 años; 36 (15%), entre 45 y 59; y 26 (29%) entre 60 y 87 años. También se incluyeron variables de escolaridad, ocupación y adscripción política, pero nos detendremos para este análisis solo en las tres primeras variables.

8. REGUILLO, Rossana. Op. cit. 2000. P.70.

intrínsecas al objeto (en este caso a las figuras sociales), de una relación, de la manera como el sujeto se sitúa frente a ellas desde una determinada noción de sí mismo y del mundo: “Lo malo y lo bueno no indican nada positivo de las cosas al menos consideradas en sí mismas, y sólo son modos de pensar o nociones que formamos porque comparamos las cosas entre sí. Una misma cosa puede ser al mismo tiempo buena y mala y también indiferente”⁹. Esto puede entenderse, por ejemplo, en la valoración que algunas personas expresan sobre la violencia o el control social por medio de la coacción armada. Si bien en un primer momento hay una actitud de rechazo y de hecho pueden calificarse como malas las figuras portadoras de estas prácticas, esta valoración se relativiza cuando las mismas acciones se ponen al servicio de la búsqueda del orden o la seguridad considerados, en este caso, valores más importantes que la vida o la libertad. O sea, se considera como un medio (para algunos “un mal necesario”) para alcanzar un bien de mayor valía.

Entonces podemos decir que cuando en la encuesta se califica en primera instancia una figura de estas como buena, mala o indiferente, en realidad lo que se juzga es la manera como ella facilita o impide, se acerca o aleja de un modelo de orden social deseable¹⁰. Y con la descripción del papel a través de una serie de atributos puede leerse la manera como se sitúa frente a él

9. SPINOZA. Ética. Tratado teológico-político. Séptima edición. México: Editorial Porrúa, 1999. P. 116.

10. Siguiendo con Spinoza, “las cosas son *buenas* solamente en la medida en que ayudan al hombre a gozar de la vida del alma, que se define por el claro conocimiento, y decimos que son malas únicamente aquellas que, por el contrario, impiden al hombre perfeccionar la razón y gozar de una vida conforme a ella”. Ibid. P. 56.

desde un sistema social de valoraciones en el que esta descripción se produce.

Lo que creemos, finalmente, es que tanto la calificación (bueno, malo o indiferente) como la descripción de su papel nos permiten acercarnos a lo que Escalante denomina juicios morales: aquellos que orientan, más allá de una opinión, una relación inseparable de la acción, y que conforman un sistema de usos. “La moral no procede de una deducción lógica, ni de una sumisión a principios generales: es el resultado de una práctica habitual, donde operan acuerdos contingentes —y pocas veces explícitos— sobre lo bueno y lo malo, sobre cómo hacer las cosas y cómo comportarse”¹¹. Entonces, se hablará de las figuras sociales pero, sobre todo, a través de ellas, de la sociedad en la que estas representaciones emergen.

Un rostro para cada fuente de miedo

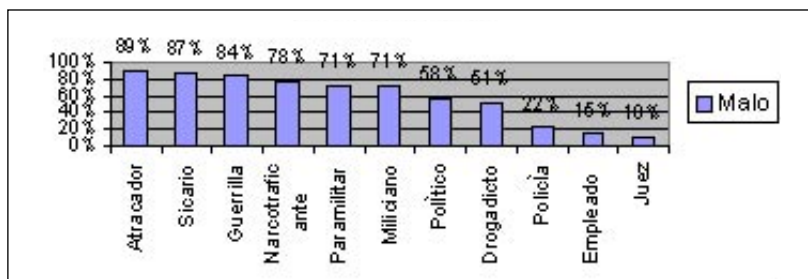
De las 21 figuras sociales por las que se indagó en Medellín, 7 fueron calificadas por más de la mitad de la población encuestada como malas: atracador, guerrilla, narcotraficante, paramilitar, miliciano, político y drogadicto. En Guadalajara, de las 16 figuras analizadas, 9 alcanzaron este rango: narcotraficante, drogadicto, borracho, judicial, político, indigente, prostituta, militar y policía. Un asunto resulta relevante de esta primera observación: mientras en Medellín 5 de las 7 figuras calificadas como malas son armadas y no pertenecen a la institucionalidad;

11. ESCALANTE GONZALBO, Fernando. Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del juicio triunfante en la república mexicana —tratado de moral pública—. México: Colegio de México, 1993. P. 30.

en Guadalajara son 4 de 10, pero de ellas 3 pertenecen a la institucionalidad¹².

En ambas ciudades se coincide en señalar al narcotraficante, al drogadicto y al político como figuras negativas. En Bogotá, por su parte, en un estudio que indaga también por las figuras con las que se asocia la amenaza, se encuentran los llamados “habitantes de la calle” (indigentes vagabundos, mendigos), los relacionados con actividades delictivas (ladrones, raponeros, secuestradores), con actividades de seguridad (policías, escoltas, celadores, paramilitares y militares), las trabajadoras sexuales y los grupos de jóvenes (pandillas, rockeros, punkeros)¹³. No hay una mención explícita, como en el caso de Medellín, a figuras propiamente asociadas a la guerra y tampoco al narcotraficante.

Gráfico 2:
Figuras sociales asociadas al clima de miedo en Medellín



12. En Medellín, a pesar de que figuras institucionales como el policía, el juez o el empleado público aparecen calificadas como buenas, hacen parte, como veremos más adelante, de las figuras con las que se representa la debilidad institucional como fuente de amenazas.

13. NIÑO MURCIA, Soledad *et al.* Territorios del miedo en Santafé de Bogotá. Imaginarios de los ciudadanos. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998. Pp. 92-98.

Los hilos explicativos que en esta ciudad urden los miedos atan figuras con situaciones y espacios que se consideran fuentes de amenaza. Alrededor de la delincuencia, la guerra, el narcotráfico y la corrupción institucional se tejen valoraciones sobre su peso como detonantes de un clima de miedo objetivizado, de acuerdo a la interpretación y al anclaje social, en estas figuras. Pero, ¿qué nos dice esto sobre la ciudad? ¿qué tipo de interpretación se construye sobre lo que nos pasa, a partir de ellas? ¿qué tipo de amenazas representan? y ¿cómo llegan entonces a constituirse como figuras de miedo?

Los rostros de la delincuencia

La violencia urbana es narrada por un sector de la población como la experiencia más característica de lo que significa vivir en la ciudad. La eventualidad de un atraco a mano armada es considerado por los habitantes de las grandes ciudades colombianas como un evento muy probable que deriva muchas veces en homicidio. El atracador y el sicario aparecen como las figuras que representan, de la manera más clara, este clima.

Contrario a lo que sucede, por ejemplo, con el guerrillero y el paramilitar —hasta hace muy poco lejanos topológicamente para una buena parte de la población urbana—, con el atracador y el sicario se tiene una experiencia más directa, hacen parte del diario vivir de la ciudad. Se les relaciona de manera predominante con la calle y con el centro de la ciudad, pero también con el barrio y con la casa. Sobresale la percepción de que constituyen una amenaza para todos, en cualquier lugar, a cualquier hora. Tal vez esto explique por qué en la encuesta realizada son las figuras que mayor porcentaje tienen en la calificación de malos.

El atracador

Uno nació oyendo que lo peor que le podía pasar era encontrarse con un *mariguanero* de Guayaquil, el ladrón de tenis. Eso era lo que oíamos... O sea que el que tenía tenis era un ladrón... al que no se le sentían las pisadas, el que entraba a la casa por la noche, le robaba la licuadora, la plancha... Esos eran mis temores.

Esta descripción de los miedos infantiles fue hecha por una mujer profesional de 45 años, de clase media alta y residente durante su infancia y adolescencia en Laureles, reconocido por ser el barrio de la aristocracia de Medellín hasta los años 70. Sus miedos de antes estaban totalmente localizados en un espacio, Guayaquil¹⁴, en una figura, el mariguanero de tenis, y en una temporalidad, la noche; comparados con los miedos que hoy le suscita la ciudad, sus recuerdos parecen inocentes. Para ella, la amenaza se ha generalizado y no se circunscribe a territorios tan delimitados. Sus portadores parecen cada vez menos identificables con rasgos tan específicos y, aunque la noche se le hace más amenazante, también a la luz del día se siente vulnerable. A continuación narró un evento en el que, un sábado en la mañana, en la puerta de la casa de sus padres, en el mismo barrio Laureles, fue asaltada por un par de hombres jóvenes armados

14. Guayaquil es un barrio que se formó a finales del siglo XIX. La ubicación allí de la estación principal del ferrocarril, de la terminal de buses y la plaza de mercado le valió el reconocimiento como Puerto Seco de la ciudad. Además de la actividad comercial; fue un lugar de bohemia, prostitución y criminalidad, identificado por mucho tiempo y por muchas personas como el barrio de mayor peligrosidad en la ciudad. Sobre su historia ver: BETANCUR GÓMEZ, Jorge Mario. Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín 1894-1934. Ministerio de Cultura, Colombia, 2000.

que se robaron el carro. En el forcejeo con los atracadores, su padre y su hermano resultaron heridos. Luego vinieron las denuncias judiciales, la paranoia, la búsqueda de ayuda psicológica y la reducción, hasta su mínima expresión, de los espacios usados por ella en la ciudad. Una experiencia nada singular pero bastante ilustrativa de lo que significa para muchas personas vivir hoy en un centro urbano como Medellín.

Indica, además, la transformación de la imagen de un personaje que, como el atracador, se reconoce desde la primera mitad del siglo XX como parte de la vida urbana. A los estafadores, rateros, apartamenteros, carteristas, escaperas y extorsionistas, identificados como protagonistas de la criminalidad urbana en Medellín en la primera mitad de siglo, se suman, en las décadas siguientes, nombres como *malevos*, *jaladores de carros*, *estucheros o pillos* y una serie de bandas relacionadas con robos bancarios, extorsiones y estafas¹⁵. Cuando personas adultas hablan de la inseguridad como la principal fuente de amenazas y hacen referencia a la figura del atracador como la más temible, parece inevitable la comparación con “los atracadores de antes” para resaltar la peligrosidad que hoy revisten sus protagonistas.

En la descripción que la gente hizo de este personaje, su papel amenazante e intimidador resultó ser bastante común en la percepción de personas de diferente género, estrato y edad: “Malo porque intimida, amenaza a cualquier costo, sólo le interesa su propio bienestar” (hombre, 32 años, estrato 1). “Una persona

15. Sobre la evolución del panorama de criminalidad en Medellín en el siglo XX, ver: JARAMILLO ARBELÁEZ, Ana María. El espejo empañado. Crimen y control social en el Medellín del siglo XX. Medellín: Corporación Región, 1998.

muy descarada porque una persona trabaja duro para que otra le quite el sueldo. No piensa que mañana le puede pasar lo peor. No tiene temor a Dios” (mujer, 25 años, estrato 2). “Mucho miedo. Una amenaza latente” (mujer, 82 años, estrato 4). “Amenaza potencial para cada ciudadano” (hombre, 26 años, estrato 6).

El atracador obtiene el mayor porcentaje de la calificación como malo en los estratos 2 y 5. En el 1 comparte el mismo porcentaje con la guerrilla (83%), en el 3 con el sicario (88%), en el 4 con la guerrilla y el sicario (90%). Sólo en el estrato 6, el porcentaje que se le asigna es menor (90%) que el que se da a otra figura, la guerrilla (92%). Por grupos de edad, sólo para las personas entre 45 y 56 años, antes que el atracador está el narcotraficante, como la figura más amenazante.

Correspondiente con esta percepción, el atracador aparece descrito cualitativamente con atributos relacionados con la destrucción de los bienes y la vida (70%) y con la condición de víctimas (25%). Si comparamos estos porcentajes con el que obtiene en la percepción que lo califica como malo (89%), el resultado indica que la gravedad de su amenaza disminuye; en otras palabras, que esta figura es “menos mala de lo que parece”: “La sociedad lo obliga a tomar este recurso” (mujer, 19 años, estrato 2). “Muchas veces lo hacen por necesidad, ni modo de culparlos porque este país está muy escaso de empleo (hombre, 25 años, estrato 2). “Es el que por necesidad abusa de las personas para sacarle sus bienes materiales” (hombre, 21 años, estrato 6). La razón, según estas percepciones que matizan la maldad del personaje, es que se piensa que, en condiciones de pobreza, el que roba o mata lo hace por necesidad y esto hace que no pueda

juzgársele radicalmente como malo; una representación que en cierta forma reedita la imagen del ladrón por necesidad tan arraigada hasta mediados del siglo XX.

Al lado de la pobreza, en cierto sentido percibida como un mal mayor —en comparación con el atributo destructor—, encontramos la asociación con las drogas, considerada como una fuerza que arrastra a las personas y las hace sus víctimas llevándolas a delinquir. “Drogadicto que daña a los otros quitándoles sus pertenencias” (mujer, 40 años, estrato 5). “Descarado, vago y drogadicto” (mujer, 67 años, estrato 3). “Viciosos que roban para comprar droga” (hombre, 42 años, estrato 3). Ya no se trata de un pobre que delinque para subsistir sino de otro que lo hace para consumir, lo cual, más que atenuar, acentúa la percepción negativa que sobre él se tiene.

Para los hombres y personas de estratos 1 al 3 es ligeramente mayor el calificativo del atracador como destructor; y entre las mujeres y personas de los estratos 4 al 6 prima la percepción de que es producto de la sociedad y, por tanto, víctima de ella. Tal parece pues que el atracador, siendo amenazante para todos, lo es más para los estratos socio económicos bajos. Quizás porque allí se amenaza lo poco que se tiene, o quizás por que, como diría Hobbes, se trata de un miedo que nace de la convivencia con otro igual, también carente y necesitado: “miedo del que les teme a sus semejantes porque saben que no son diferentes a él y por lo tanto persiguen cosas similares”¹⁶.

16. URIBE DE H., María Teresa. Las incidencias del miedo en la política. Una mirada desde Hobbes. En: El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, 2002. P. 33.

Sicario

Hay una palabra que es de las más miedosas del mundo, es el sicario. Da miedo, por Dios, porque es que uno se pone a ver y el *Camaján* era mejor dicho el Niño Jesús al lado de éstos. Eran tipos que no hacían nada, daban susto, le robaban a uno un reloj y punto, pero hoy en día la gente mata con mucha facilidad.

Hombre, profesional, 45 años, estrato 6.

Si el estereotipo del malevo de Guayaquil se queda corto en comparación con el atracador de hoy, otra figura significativa del panorama delincencial de los años 70, la del *camaján*¹⁷, resulta casi angelical para quienes ven hoy en el sicario todos los signos de destrucción. Al contrario del atracador, se trata de una figura mucho más reciente; si bien se sabe de su existencia desde los años 70, representado en la figura del *pistoloco*¹⁸, se hace especialmente visible en la ciudad en la década de los 80, asociada de manera directa con el narcotráfico y los grupos de justicia privada. Aunque el atracador puede matar por robar, el sicario es, más claramente, como muchos lo definen, “un profesional de la muerte”. El 87% de las personas encuestadas lo calificaron como malo.

En las descripciones sobre el papel del sicario se le representa

17. Personaje relacionada con los bajos mundos de Guayaquil y la salsa. Aunque no realiza propiamente actividades delictivas con frecuencia se le asimila con la figura del malevo, a quien se representa como un delincuente de barrio con nexos con el narcotráfico.

18. Igual que el sicario, el que mata por encargo, muy asociado con las pugnas entre narcotraficantes.

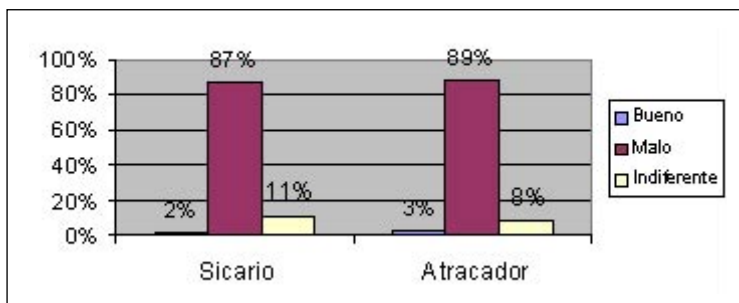
principalmente como un ser cuyo poder atemorizante radica en el atributo de destructor, que no tiene ningún temor que lo controle (a Dios o a otros hombres), ni valores, ni sentimientos. Es decir, un ser poco humano que amenaza ante todo la vida: “Mata por ver caer. No tienen nada de creencia, no tiene temor a Dios (mujer, 25 años, estrato 2). “Mata, muchas veces por gusto, sin compasión (mujer, 17 años, estrato 1). “Asesino que destruye la sociedad” (hombre, 36 años, estrato 5). “El que amenaza nuestras vidas” (hombre, 25 años, estrato 6). “Malo, hace sufrir los hogares, las familias, su propia madre y la de los otros” (mujer, 34 años, estrato 3). “El que sólo quiere a la mamá” (mujer, 22 años, estrato 6). Según estos últimos testimonios, la amenaza que representa es mucho más grave pues no sólo produce daño a la sociedad en general sino al mundo cercano, el barrio, la familia, sus madres.

Un ícono: la moto, un lugar: los barrios populares, y un grupo poblacional: los jóvenes, parecen concretar los estereotipos de esta representación. “Era el de la moto, quien mataba por dinero. En muchos casos víctimas de circunstancias desfavorables. Parte de un fenómeno social” (mujer, 25 años, estrato 5). “Son jóvenes que ven en matar un negocio para sobrevivir” (hombre, 22 años estrato 4) “No tienen justificación por la pobreza o por las circunstancias que han rodeado la vida de los jóvenes. La vida hay que respetarla” (mujer, 32 años, estrato 3). En el imaginario social y sobre todo en los medios de comunicación, la imagen del sicario se asimiló a la de un joven y más exactamente, un joven de barrio popular. Las descripciones sobre los rasgos característicos de su aspecto físico, el modo de hablar y

sus nociones de vida, se generalizaron hasta tal punto que, con ellas, pronto se estaban describiendo a la gran mayoría de jóvenes pertenecientes a sectores populares de la ciudad. Así, lo que subyace a la imagen del sicario parece ser la imagen misma del joven popular como peligroso y amenazante.

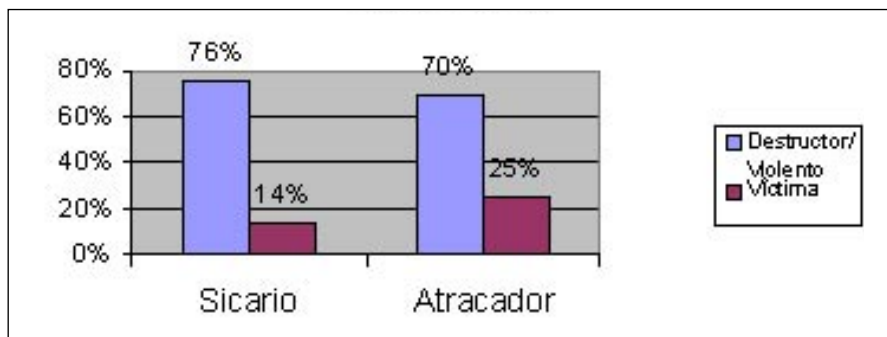
También el sicario es considerado como víctima por el 18% de las personas encuestadas. Igual que con el atracador, se interpreta que la droga, sobre todo cuando es consumida por pobres, actúa como un mal mayor conduciendo a este resultado: “Es por la pobreza, drogadicto” (mujer, 48 años, estrato 2). “Hacen cosas malas, matar, vender drogas” (hombre, 23 años, estrato 2). Las mujeres, los adultos entre 45 y 59 años y personas de estratos socio económicos bajos son quienes con mayor frecuencia le otorgan este atributo.

**Gráfico 3:
Calificación del sicario y el atracador**



Las figuras del sicario y el atracador —a diferencia del grupo conformado por paramilitares, guerrilla y milicias— son percibidas desde su acción individual y están relacionados de manera

Gráfico 4:
Descripción del papel del sicario y el atracador



directa con espacios y temporalidades de la ciudad. Desde su proximidad, estas figuras abonan significativamente un clima de miedo, en el que sale a relucir de manera recurrente la incertidumbre ligada a acciones simples y cotidianas como salir a la calle: “Uno sale de la casa pero nunca sabe si regresa”. La desconfianza en el Otro: “Uno siente que cualquiera lo puede atacar”. La desprotección, fragilidad y vulnerabilidad de la sociedad toda: “Si uno no se cuida, ¿entonces quién?”.

Gran parte de las estrategias de supervivencia relacionadas con los usos del espacio urbano tienen que ver con poder identificar, de manera anticipada, la presencia de estas figuras. Sin embargo, la clasificación se dificulta cuando resulta, por ejemplo, que los rasgos del atracador no son “anormales” (la metáfora del espejo: el que agrede puede ser “alguien como uno”), que puede estar en la calle pero también llegar a cualquier espacio privado, y que ya

no sólo habita la noche pues también el día le es propicio, con lo que la posibilidad de anticipación parece desvanecerse.

La pobreza y la droga se configuran como males mayores. De la imagen abstracta de la delincuencia se construye otra más precisa en la que el atracador y el sicario son, ante todo, pobres y drogadictos. Así se delimita el campo del Otro amenazante, acotando también el sentimiento de miedo. Como dice Lechner: “El lugar destacado que ocupan la delincuencia y las drogas es llamativo, pero también plausible: la población puede atribuir a una causa concreta, tal vez vivida en carne propia, el origen de su angustia. Circunscribiendo el peligro de un objeto visible, claramente identificable y oficialmente sancionado como ‘mal’, el temor se vuelve controlable”¹⁹.

Los rostros de la guerra

Otra fuente de los miedos colectivos en Medellín es la guerra y sus actores. Según esta mirada, las principales amenazas provienen de las acciones de los grupos armados en contra de la población civil (asesinatos, secuestros, extorsiones, control social) y del impacto de la confrontación armada en el conjunto de la sociedad. Para los encuestados, la opinión que más se reitera es la de que “ya nadie está a salvo” y que, lo que parecía ser una amenaza para algunos (los más ricos o los más pobres, o los más líderes, o los que viven en tal o cual lugar, entre otros) ahora se ha generalizado, borrando toda clase de fronteras sociales y culturales. De aquí nace el sentimiento común de vulnerabilidad y

19. LECHNER, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Santiago de Chile: Flacso, 1998. P. 97.

la asunción de que “todos somos víctimas potenciales”. Como veremos más adelante, esta percepción tiene un enorme poder vinculante y muchas de las respuestas que se construyen frente a los miedos tienen que ver con esta narrativa.

Desde esta construcción también es necesario localizar los miedos. La guerrilla, el paramilitar y el miliciano son los rostros a través de los cuales las amenazas referidas a la guerra toman cuerpo. Se trata, al igual que el sicario y el atracador de figuras también armadas, pero que participan más claramente, como fuerzas organizadas, de una disputa por el control del territorio y la instauración de un orden²⁰.

*La guerrilla*²¹

Sin palabras. Los odio. Me han quitado lo que mas quería.

Mujer, 51 años, estrato 5

Los grupos guerrilleros más reconocidos en el momento actual en Colombia (las Farc y el ELN) surgen en el país hacia finales de la década del 60 como parte del movimiento insurgente en América Latina. En consonancia con el ambiente de guerra fría,

20. Aunque justamente por la porosidad de los contextos y los actores es difícil caracterizarlos, podríamos decir, para una mayor ilustración, que la guerrilla es un contrapoder, que disputa un orden social al Estado; los paramilitares, un parapoder que tiene a la guerrilla como su principal enemigo; y las milicias, un poder armado, algunas de ellas cercanas a la guerrilla que buscan un control de territorial local.

21. La pregunta por la guerrilla y no por el guerrillero hizo parte de una decisión metodológica puesto que encontramos que la gente no se refiere a ellos de manera individual (no se nombra el guerrillero como tal) sino como cuerpo, como organización; pensamos entonces que retomar esta denominación nos permitiría un mejor acercamiento a las representaciones que sobre ella se construyen.

aquí también se respondió con políticas de seguridad que intentaron frenar el avance no sólo de la guerrilla sino de todas las expresiones de oposición, responsabilizadas por la élite social y política del caos social. Pero sobre todo, tuvo lugar el fomento de un miedo al comunismo que magnificó las amenazas que entonces estos grupos representaban, concentrando en ellos y en toda forma de oposición, la imagen del Otro como un enemigo capaz de la destrucción total²². Un miedo que ha tenido diversas formas de continuidad y que quizás esté en la base de alguna de las percepciones que hoy se tiene frente a los grupos guerrilleros.

A pesar de algunos intentos realizados por organizaciones como el M-19, que tuvo entre sus propósitos estratégicos el desarrollo de la lucha armada en las ciudades con el impulso, entre otras acciones, de campamentos milicianos en zonas periféricas de ciudades como Medellín y Cali, la guerrilla se ha asociado de manera predominante con lo rural²³. No obstante, en los últimos años este imaginario se ha modificado y ya comienza a percibirse como un actor que tiene presencia en la ciudad. Cuando se habla de “urbanización de la guerra” se alude frecuentemente al traslado a la ciudad de la acción armada que desarrollaban en el campo estos grupos, incluyendo la confrontación con los paramilitares.

La guerrilla ocupa un lugar relevante en la individualización de los miedos asociados a la guerra. De las tres figuras es la que

22. URIBE DE H., María Teresa. Nación, Ciudadano, Soberano. Medellín: Corporación Región, junio del 2001. Pp. 70-73.

23. Sobre la evolución de la guerrilla en Colombia: PIZARRO LEÓNGÓMEZ, Eduardo y PEÑARANDA, Ricardo. Las Farc (1949-1966), De las autodefensas a la combinación de todas las formas de lucha. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia, Tercer Mundo, 1991.

mayor porcentaje obtiene en la calificación como mala: el 84% de las personas piensan que lo es; al mismo tiempo es la que obtiene menor frecuencia de indiferencia (12%) y de calificación positiva (3%).

La percepción de la guerrilla como amenazante y generadora de miedo es bastante relevante en todos los sectores de la población: “Es una enfermedad lo que hacen, no están conscientes, secuestran ancianos, niños y jóvenes” (hombre, 29 años, estrato 1). “Acaba con el país, secuestra a todo el pueblo colombiano” (hombre, 32 años, estrato 1). “Acaba con todo” (hombre, 68 años, estrato 2). “Los peores enemigos de Colombia. Nos están acabando” (hombre, 42 años, estrato 3). “Llenaron de miedo al país y por eso nos estamos hundiendo” (hombre, 29 años, estrato 5). “Terroristas que hacen lo que sea para que el pueblo les tema” (mujer, 29 años, estrato 6). “La destrucción total de lo material y lo moral” (hombre, 50 años, estrato 6). Desde esta perspectiva, las imágenes de destrucción, caída, hundimiento, muerte, son abarcentes e incluyentes; el uso intencionado del miedo y el terror como armas de destrucción otorga mayor especificidad a la representación de esta figura.

A pesar de que esta es la tendencia general, hay algunos matices en la percepción de peligrosidad de la guerrilla sobre las que es importante detenerse: para las personas de estrato 6 resulta ser la figura más mala; también en el estrato 1 obtiene este lugar al lado del atracador, y en el 4 sucede lo mismo pero con el sicario. Leído por rangos de edad, resulta que es la figura más mala para los jóvenes entre 13 y 24 años (junto con el atracador) y para los adultos entre 25 y 44 (después del atracador).

De acuerdo con esto podríamos decir que su proximidad a otras figuras asociadas a la criminalidad, como el atracador y el sicario, permite entender la percepción agravada de su peligrosidad y la densidad del clima de miedo percibido por los grupos de población que viven, simultáneamente, las amenazas que estas figuras representan.

En la descripción de su papel, los atributos Violenta (75%), Ambiciosa (8%), Defensora (6%) y Fenómeno Social (4%) agrupan el conjunto de representaciones que sobre ella se tienen.

El atributo Violenta describe la magnitud de las amenazas con las que se le representa la guerrilla: “Matan gente, masacran, mandan desplazados a la ciudad” (hombre, 20 años, estrato 1). “Son personas injustas, como sin corazón de nada, parece que no sintieran el dolor ajeno” (mujer, 34 años, estrato 2). “Cualquier calificativo negativo les queda corto. Van por el camino equivocado, insensatos” (mujer, 35 años, estrato 4). “Son unos fariseos que le lavan el cerebro a algunos” (hombre, 31 años, estrato 5). “Ratas” (hombre, 21 años, estrato 3). Como vemos, las descripciones dibujan seres injustos, insensibles, indolentes, que amenazan con la muerte, pero también con las ideas que pregonan, con lo cual se les reconoce una dimensión ideológica que los diferencia de las demás figuras. Esto coexiste con una representación deshumanizante de esta figura que la asimila al animal como la mejor forma de indicar el descrédito que la acompaña²⁴.

24. Según Ervin Goffman, este constituye uno de los principales componentes en la construcción de estigmas. ver: GOFFMAN, Irving. Estigma. La identidad deteriorada. Argentina: Amorrortu Editores, 1995. P. 15.

La lectura sobre un eje socioespacial permite observar que hasta hace muy poco las percepciones dominantes relacionaban al paramilitar con el afuera, al miliciano con el adentro y a la guerrilla en un tránsito de acercamiento expresado, ya fuera en prácticas como el secuestro colectivo en vías cercanas o en una mayor relación con los grupos milicianos que actúan en la periferia urbana. El miedo que suscitaba hasta hace poco la guerrilla era que cruzara la muralla y entrara a la ciudad. No obstante, la dinámica reciente de la guerra ha transformado rápidamente esta percepción: hoy, para muchos, la guerrilla y las amenazas que representa están ya aquí y la posibilidad de distanciamiento es cada vez menor.

La otra característica de su representación es la temporalidad desde la que se le mira: a la guerrilla se le juzga por una historia más larga. La expresión “se les acabaron los ideales”, frecuentemente empleada, revela que hay un proceso de devaluación, que dejaron de ser algo que eran. Un promotor de acciones educativas y de evangelización en barrios populares, por ejemplo, describe a la guerrilla como una “fuerza del mal”, convertida en contratante de jóvenes en los barrios populares para que les sirva de informantes. La pérdida de horizonte político es lo más sobresaliente de su percepción y, al respecto, dice: “Yo entendía el problema de las Farc porque las Farc tenían proyecto político, instaurar un nuevo orden social; pero es que hoy en día ninguna de estas guerrillas lo tiene, ninguno de esos grupos armados tiene ningún proyecto político que a usted le llame la atención”.

Esta percepción fue corroborada con la encuesta, en descripciones hechas por personas con diferentes características sociales:

“Fueron buenos porque por Tirofijo²⁵ vivimos los liberales, pero se volvieron malos, nos mantienen temblando y el único que puede aplacarlos es Dios” (hombre, 81 años, estrato 2). “Hace 20 años era diferente, la de hoy no tiene ninguna ideología clara” (mujer, 34 años, estrato 3). Pero la transformación también se enuncia cuando, al parecer de algunos, sus acciones dicen lo contrario de lo que pregonan: “Piensa liberar al pueblo de la presión de los ricos y el Gobierno pero con abuso exagerado” (hombre, 65 años, estrato 1). “De cierta forma lo que hacen es perjudicar a la gente, pero según ellos están luchando por defender al pueblo” (mujer, 69 años, estrato 2). “Dice defender unas cosas pero no le entiendo con quién, ni qué busca realmente; es parecido a los milicianos, matan porque los demás matan” (mujer, 32 años, estrato 3). “No cumplen con los lineamientos en que se basa su política. Dicen que luchan por el pueblo y antes nos están acabando” (hombre, 49 años, estrato 3). Así, entonces, no se trata sólo de una amenaza contra la vida sino de una destrucción social que pasa por el desdibujamiento de sus ideas.

Finalmente, a pesar de que es predominante una percepción negativa, ésta no es homogénea. El atenuante está dado por las personas para quien es defensora del pueblo y fenómeno social, equivalente a un 10% de la población encuestada. Quienes denominan la guerrilla como defensora (principalmente hombres y personas entre 45 y 59 años) la califican como benefactora del pueblo y esperanza. En medio de la sensación de hundimiento y naufragio, aparece como “tabla de salvación”. “Difícil de decir, pero lo voy a decir: la esperanza de hacer Nación” (hombre,

25. Alias del jefe máximo de las Farc, Manuel Marulanda Vélez.

55 años, estrato 5)”. Para los demás, es simplemente producto de una situación de injusticia social y de debilidad del Estado. “Es un fenómeno que ha existido hace muchos años por culpa del mismo Estado” (hombre, 25 años, estrato 6). En la primera acepción es claro que la guerrilla no se percibe como portadora de amenazas, en la segunda, aunque puede serlo, esto no se explica desde ella misma sino por la situación que ha permitido su emergencia y permanencia.

Leída de conjunto, aunque casi todas las personas encuestadas consideran que su principal atributo es la violencia, hay una mayor frecuencia de esta percepción en el estrato 6 y menor en el estrato 1 y 2. Estos, a su vez, son los que más la consideran un fenómeno social y, junto con el estrato 3 y el estrato 5, defensores y esperanza. No hay, por el contrario, ninguna persona en el estrato 6 que le otorgue este calificativo.

El paramilitar

No, es que mire la barbarie, ahora que estuvimos en El Peñol, una sobrina mía que vive allá tiene una compañerita y venía con el papá, creo que del Carmen de Viboral y le bajaron al papá del camión y la bajaron a ella, para que ella viera como mataron al papá. Se sabe por versiones muy claras, porque tengo familiares que viven allá, que el error de este señor radicó en que la mamá le lavó uniformes a uno de estos grupos guerrilleros.

Mujer, 45 años, ama de casa, estrato 4.

Relatos similares se escuchan a diario. Algunos narran situaciones vividas en los alrededores de la ciudad, como este ocurrido

en el oriente antioqueño, una zona tenida por los medellinenses hasta hace poco como lugar de recreo y convertida hoy en escenario de guerra. Otros van recorriendo la geografía hasta aproximarse poco a poco a sus fronteras. Allí se dibuja el rostro de los paramilitares, muchas veces borroso, pero del que por lo menos una cosa se sabe: que su principal enemigo es la guerrilla.

Las prácticas y grupos de autodefensa en la ciudad cuentan también con una larga historia. Desde los años 60, y ante el incremento de la situación de inseguridad, autoridades civiles y gubernamentales promovieron la conformación de comités de vigilancia conformados por líderes comunales y de la Defensa Civil, una entidad creada según sus fundadores, por “ciudadanos de espíritu cívico” para ayudar en la lucha contra la delincuencia²⁶. En los años 70 estos comités se generalizaron bajo el amparo de leyes que fomentaban su creación a través de las acciones comunales²⁷ y en los 90 a través de la legalización de las cooperativas de vigilancia y seguridad (Convivir). En la década de los años 80, al lado de estas acciones se dieron a conocer grupos —algunos de ellos con nexos con el narcotráfico— que, como retaliación por los secuestros cometidos por las organizaciones guerrilleras y alimentados por una ideología anticomunista, declararon la guerra contra las organizaciones de izquierda, dando lugar al casi total exterminio de agrupaciones como la Unión Patriótica (UP)²⁸. Pero es en la última década cuando, a partir del surgimiento de

26. JARAMILLO ARBELÁEZ, Ana María. *El espejo empañado. Crimen y control social en el Medellín del siglo XX*. Medellín: Corporación Región, 1998. P. 30.

27. Se hace referencia al decreto 1355 de 1970 mediante el cual se autorizaba a la “policía nacional y las Juntas de Acción Comunal para el fomento de agrupaciones de moradores para prestar vigilancia en sus respectivos sectores” *Ibid.* P. 37.

28. Organización Política adscrita al Partido Comunista de Colombia.

las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), con Carlos Castaño como su cabeza visible, se erigen más claramente como un parapoder cuyo principal objetivo es acabar con la guerrilla y con todo el que se considere su aliado.

El paramilitar ocupa el quinto lugar entre las figuras calificadas con valencia negativa, con un 71%. Las demás personas piensan que es indiferente (17%) y bueno (11%). Este último es el porcentaje positivo más alto otorgado a una figura armada y clasificada prioritariamente como mala.

En esta percepción general encontramos diferencias significativas en la lectura por género y estrato social: el paramilitar es más malo para las mujeres y para los jóvenes de 13 a 24 años. La calificación positiva está dada con mayor frecuencia por los hombres, personas de los estratos 4 al 6 y adultos entre 60 y 87 años. Es más indiferente para las mujeres, personas de estratos 1 y 2 y adultos entre 45 a 59 años.

Una periodista, líder de procesos de opinión pública en la ciudad, a pesar de que menciona todos los actores armados como generadores de inseguridad y miedo, considera más relevantes y con mayor poder, a los paramilitares: “Para mí los principales son los paramilitares y no es tanto por las consideraciones políticas, es por la crueldad de que han hecho gala y por el sinsentido, por la violencia misma, que me parece atroz. Son los peores”. Coinciden con esta mirada, los resultados de la encuesta, según los cuales el principal atributo del paramilitar es el de Violento (55%), seguido por el de Defensor (23%) y Poderoso (14%) (ver gráfico 6, página 100).

Cuando el paramilitar se describe principalmente como Violento se representa como victimario de “la gente” y de manera más particular de la “gente inocente” y de los campesinos: “Mata a la gente por ver morir y por chismes. No sirven” (hombre, 34 años, estrato 1). “Matan gente inocente” (hombre, 32 años, estrato 2). “No hacen sino hacer maldades en el campo con los campesinos y los que no se vuelan los matan” (hombre, 85 años, estrato 2). “Arrebatan vidas ajenas sin dolor alguno, y sin justicia” (mujer, 35 años, estrato 4). Según estos resultados podemos decir, primero, que no parece constituir una amenaza tan generalizada como la guerrilla y, segundo, que aunque es Violento como todas las figuras que hacen parte de este grupo, sobresale entre ellas por su crueldad. Sin embargo, el señalamiento reiterado sobre su equivocación al dirigir su acción hacia personas inocentes podría indicar que, para un grupo de personas, serían legítimas estas prácticas si su blanco fuera correcto, es decir, si atacaran el verdadero enemigo.

Uno de los síntomas de la exacerbación de la guerra es, para muchas personas, la polarización y la presión para tomar partido por alguno de los bandos en confrontación. La opinión favorable que algunos comportan frente a los paramilitares se explica como resultado de esta situación. Veamos cómo, en una conversación realizada con un grupo de mujeres profesionales, de clase media y alta, sobre la forma como percibían la ciudad, sus principales miedos y amenazas, se describe la situación:

Mujer 1: Así como la clase pobre acude a los curas, la clase rica acude al siquiatra y al sicólogo; como los pobres son defendidos por la guerrilla, los ricos son defendidos por los paramilitares.

Mujer 2: No es que uno esté de acuerdo con el procedimiento de los paracos ni vea que el salvador Jesucristo llamado Carlos Castaño sea el hombre llamado a juzgar la sociedad, a ver a quién mata y a quién no mata. Pero en este momento, en el conflicto que está viviendo el país, se ve mayor polarización: la guerrilla, que es de tendencia de izquierda defiende a la case pobre... Y, ¿quién defiende a los ricos? Entonces los ricos estamos mandados a recoger si es que pertenecemos a una clase social, no por riqueza, porque la riqueza se acabó en los ricos, la clase burguesa, entonces, ¿quién nos defiende?

Mujer 3: Nadie. El Chapulín Colorado

Mujer 1: ¿Entonces qué? ¿Que te mate el hijueputa? Pa pa pa —simulando el sonido de una metralleta— Nooooooo. También estamos mamados de esto.

Mujer 2: Entonces, un rico que lo socorre una Convivir, al otro día los ama. Aunque a uno por concepción le parece que las Convivir aumentan el conflicto de la guerra, igualmente pienso que en un país como el nuestro, lo que se necesita es aumentar el conflicto para que se desborde. SI el conflicto no se agudiza, no salimos.

Según estos testimonios, mientras para los pobres la guerrilla es el aliado, para los ricos lo son los paramilitares. Ambos sectores de la población se encuentran indefensos y sólo fuerzas poderosas pueden cumplir un papel protector. Carlos Castaño, jefe de los grupos de Autodefensas Unidas de Colombia, aparece como la imagen visible de esta fuerza. Y a pesar de que se sabe del papel de los paramilitares en el avivamiento del conflicto, la demanda de seguridad es visible. Entonces, la violencia que practican, aunque se considere mala, puede tener para ellos, en la búsqueda del este orden, una justificación legítima.

Algo similar encontramos en los resultados de la encuesta cuando al paramilitar se le percibe como defensor, dada la protección que representa para algunos sectores, especialmente frente a la acción de la guerrilla: “Personas que de vez en cuando ayudan limpiando los malos” (hombre, 20 años, estrato 1). “Combatir la guerrilla” (hombre, 47 años, estrato 2). “Unos verracos que sí son capaces de hacer respetar “ (hombre, 42 años, estrato 3). “Le encuentro más honestidad, es el que más causas justas defiende de manera limpia” (mujer, 32 años, estrato 3). “No son tan malos porque advierten a la gente antes de matarlos” (mujer, 14 años, estrato 3). “Cuidar unos matando a otros” (mujer, 23 años, estrato 5). La legitimidad que se le otorga está dada por el poder unificante de un enemigo común identificado como portador del mal y frente al que se opta abiertamente por su eliminación.

Mirada en conjunto, en esta figura resalta el contraste claro en su percepción por estratos y género: mientras que para las mujeres y personas de estratos socio- económicos bajos tiende a ser más violento, para los hombres y las personas de estratos medios y altos es más defensor. A diferencia de los demás actores analizados y a pesar de que es calificado principalmente como malo, la descripción de su papel suscita mayor ambigüedad: es, al mismo tiempo, el más cruel y el más defensor.

Miliciano

...En mi casa ya yo no puedo decir que me quedo afuera, sabiendo que por ahí hay unos que están fumando marihuana. Puede que hasta sean amigos míos, porque los hay, a mí me

han llegado a ofrecer y yo digo: ‘no gracias, yo no necesito de eso para vivir’. Y la cosa es que a mí me da miedo porque las milicias mandan comunicados, a la unidad mandaron uno diciendo que ‘a los mariguaneros que se hacen por ahí los matamos y listo y se acaba el problema’... El problema es que ellos llegan, matan y se van...

Joven, estudiante universitario, estrato 3.

Otra figura social, atada a la percepción de la guerra, es el miliciano. En Medellín se conoció de su existencia hacia finales de la década de los ochenta a través de imágenes mediáticas de grupos armados y encapuchados que reivindicaban su presencia en los barrios populares de la ciudad como un poder que garantizaba combatir la delincuencia, proteger a la población y luchar por unas mejores condiciones de vida en los sectores más empobrecidos²⁹. Después de un proceso de negociación con el Gobierno a principios de la década del 90, que llevó a la legalización de un grupo significativo de ellos, y de una lucha interna que ocasionó casi su total exterminio³⁰, las milicias siguieron teniendo presencia en algunos barrios de la ciudad como un poder armado con un fuerte control sobre la población y sobre la delincuencia común. Sin embargo, en los últimos años toman un nuevo aire: se autodefinen más claramente como una fuerza

29. Sobre la historia de las milicias ver: JARAMILLO ARBELÁEZ, Ana María. *Milicias populares en Medellín. Entre la guerra y la paz*. Medellín: Corporación Región, 1994.

30. Sobre el proceso de negociación y la hibridación de este actor con otros poderes armados, ver: JARAMILLO ARBELÁEZ, Ana María. *et al.* En la encrucijada. *Conflicto y cultura política en el Medellín de los 90*. Medellín: Corporación Región, 1998.

política ligada a los grupos guerrilleros y en abierta confrontación con los grupos de paramilitares por el control de zonas estratégicas de la ciudad.

Los resultados de la encuesta permiten entender la manera como el miliciano es percibido como fuente de miedo: “Metele miedo a la gente” (mujer, 19 años, estrato 1). “Destruyen la sociedad y la atemorizan” (hombre, 29 años, estrato 5). “También crean desasosiego” (mujer, 51 años, estrato 4). “Personas que no tienen sentimientos, temor de Dios y compasión de nadie. El que derrame sangre no sirve para nada” (mujer, 25 años, estrato 2). “Dañan a la ciudad y su calidad de vida, amenazando y matando” (mujer, 36 años, estrato 5). Las anteriores son algunas de las expresiones que dan cuenta de esta configuración. A pesar de que de las tres figuras asociadas a la guerra es la que tiene una calificación más baja como mala, el porcentaje sigue siendo considerable: el 71% de las personas lo calificaron así. La diferencia está en que es el que comporta una mayor calificación como indiferente, con un 20%; el 6% de las personas encuestadas piensan que es bueno. El miliciano es, contrario a lo que vimos en la lectura del paramilitar, predominantemente malo para los hombres, personas del estrato 3 al 6 y jóvenes entre 13 y 24 años. Es más bueno y más indiferente para las mujeres, estratos 1 y 2 y personas entre 24 y 59 años de edad. (ver gráfico 5).

Para una joven líder de un barrio popular, si bien todos los grupos armados “están acabando con la ciudad, con la gente”, quien aparece como más amenazante, por su cercanía, es el miliciano: Joven como ella, habitante de su barrio e inmiscuido en

diversos espacios juveniles donde realizan una labor de control estricto sobre sus vidas. “Me inquietan mucho y de pronto a veces si le da a uno como temor... porque bueno, ya la persona está pendiente de qué esté haciendo uno, de pronto le pueden llamar la atención”. Además del control, el miliciano le suscita temor por el riesgo de que, con su ideología, absorba la voluntad y las creencias de jóvenes como ella. Para un líder político, por su parte, este poder amenazante del miliciano está dado por el control y en muchos casos la prohibición que han realizado a los políticos de visitar las zonas donde ellos tienen el dominio. De manera implícita los describe como “esos muchachos que controlan los barrios y crean dificultades para acceder a ellos”. Aunque estos dos testimonios provienen de personas con anclajes sociales diferentes, coinciden por los menos en dos elementos: la relación del miliciano con el control social (del territorio y de su población) y su rostro joven, aspectos que también se logran leer en los resultados de la encuesta.

En la descripción del papel del miliciano son cuatro los descriptores que nos permiten agrupar los atributos con los que se percibe: Destructor (55%), Autoritario (18%), Protector (10%), Ignorante (5%) y Trabajador (2%). (Ver gráfico 6).

Las dos primeras categorías, Destructor y Autoritario, suman un poco más del 70% de las percepciones. El papel de control social ejercido por el poder de las armas, el asesinato, el cobro arbitrario de cuotas (conocidas como *vacunas*) y un fuerte disciplinamiento social de acuerdo a sus nociones de norma y autoridad, son las prácticas con las que con mayor frecuencia se le relaciona: “Le quita a uno la plata. Aquí, todos los sábados

damos plata, pero si uno da poquito se enojan (mujer, 23 años, estrato 1). “Cree que porque tiene un arma tiene el poder” (hombre, 32 años, estrato 1). “Se hace el que cuida pero mentiras que mata y todo” (mujer, 65 años, estrato 2). “Ven a una persona que sea forastero y empiezan a perseguirlo con ganas de matarlo” (hombre, 85 años, estrato 2). “Matan a la gente buena y ponen bombas” (mujer, 72 años, estrato 3). Como vemos, a diferencia del paramilitar y la guerrilla, con el miliciano queda más clara la idea de que es alguien que hace parte de la cotidianidad, aunque no de la cotidianidad de todos. Actúa como destructor o defensor en un territorio específico, el barrio y, especialmente de los barrios populares; de ahí que una de las personas encuestadas no duda en afirmar: “Asesino de las bandas. Vive en las comunas” (mujer, 39 años, estrato 3).

Además de la referencia territorial, también parece característico de la manera como se representa esta figura social su asociación con los jóvenes, ya sea porque son ellos con quienes conforman estos grupos o, porque son el principal objetivo de su control. En el primer caso, cuando los jóvenes son actores, se dice por ejemplo: “Brusco. Si no hubieran armado tanto joven bruto, no estaríamos así” (mujer, 60 años, estrato 2). “Son la perdición de los jóvenes de Medellín” (mujer, 67 años, estrato 3). “Su actividad es un escape. Es una profesión escogida por los jóvenes” (mujer, 63 años, estrato 4). En la segunda acepción, aparecen como víctimas de su accionar, como lo indica el epígrafe de este aparte. Aunque para hombres y mujeres es principalmente destructor, este atributo lo otorgan con mayor frecuencia las mujeres y personas de estratos 4 al 6.

En otro sentido, el miliciano se describe como defensor, mirada que comparten, en mayor medida, los hombres, personas entre 25 y 44 años y pertenecientes a estratos socioeconómicos bajos. Para este sector de la población, su grado de legitimidad se basa no en la lucha contra el Estado sino en la protección contra agresiones como el robo, la violación o la violencia intrafamiliar. A continuación, emerge la imagen del drogadicto como portador de estas amenazas y, por tanto, como enemigo declarado de las milicias: “Cumple una tarea de orden. Aquí no hay drogadictos porque ellos la imponen” (mujer, 26 años, estrato 2). “Hay unos que ayudan en los barrios. Hacen limpieza acabando con viciosos y ladrones” (hombre, 53 años, estrato 1). Con la eliminación de los que consideran fuentes del mal, en este caso la drogadicción y la delincuencia, el miliciano aparece entonces relacionado con un valor mayor, el orden y la protección: “Formar bandas en un barrio y protegerlo” (mujer, 68 años, estrato 4). “Es tan necesario en un país como estos, que es la única defensa que tiene el país” (hombre, 75 años, estrato 5). “Cuidar. El barrio se puso en calma, sin robos, con esa gente” (hombre, 45 años, estrato 3). “Se encargan de que el barrio funcione bien, protegen (estrato 1, mujer, 50 años). “Hacen el bien para el barrio. No dejan entrar a los malos. Protegen a los vecinos” (hombre, 29 años, estrato 1). A diferencia del atributo destructor, el de defensor está dado, con mayor frecuencia, por los hombres y personas de los estratos 1 y 2.

Gráfico 5
Calificación de figuras asociadas a la guerra

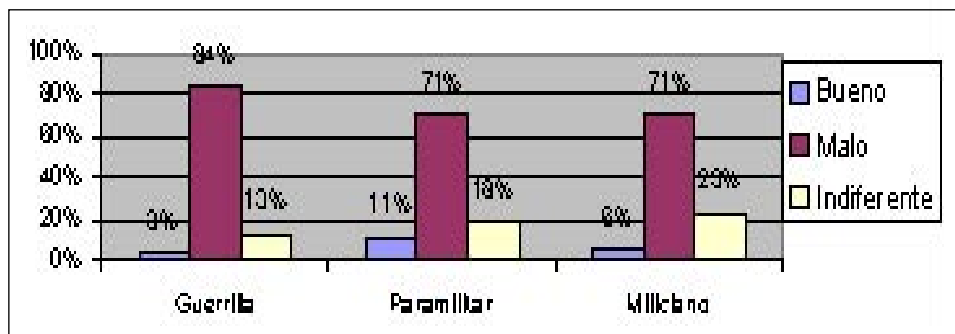
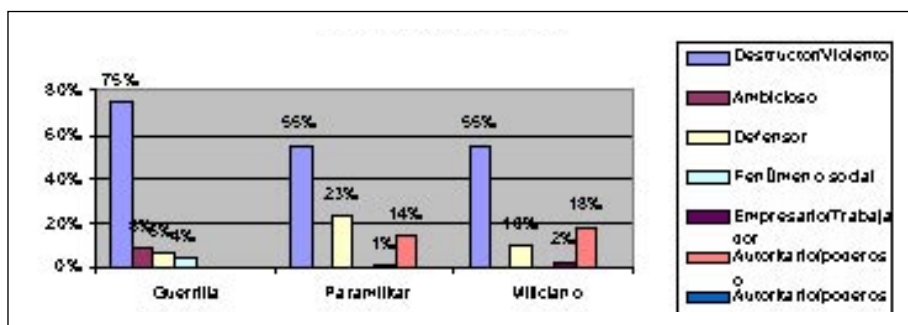


Gráfico 6:
Descripción del papel de figuras asociadas a la guerra



Como dijimos en un comienzo, la guerra actúa como marco explicativo de la representación que sobre estas figuras se teje. Su dinámica cambiante tiene efectos en la identificación de las coordenadas socioespaciales sobre las que esta amenazas se fijan: lo que estaba afuera llega adentro, lo lejano se hace próximo y

lo que parecía periférico adquiere centralidad; las fronteras territoriales de su actuación y de sus prácticas se vuelven borrosas y más bien lo que sobresale es una suerte de hibridación en la que es difícil determinar quién es quién.

La similitud en los atributos con los que se le representa es indicativa de esta situación: En las tres figuras se encuentran, como percepciones comunes, las de ser Violentos y Defensores, categorías que sintetizan, ambas, el poder de las armas, tanto para destruir como para proteger. Este poder los asimila en algunos casos a divinidades: como dioses castigan y como dioses también salvan.

La expresión “no temen a Dios” estuvo presente en la descripción de las tres figuras. Quiere decir que el temor a un poder mayor no existe y, por tanto, se pierde la capacidad de control sobre ellos. Por eso son dioses y por eso ellos mismos se erigen como un poder que, haciendo uso del miedo, controla a los demás³¹. Producen miedo y viven de él, afincados en la promesa de eliminar al que consideran fuente de incertidumbre y miedo (para los milicianos, los drogadictos y ladrones; para los paramilitares, la guerrilla; para la guerrilla, los paramilitares y el Estado). Todo esto al lado de una percepción generalizada de desinstitucionalización: el Estado no aparece representado ni en

31. En este sentido podrían entenderse desde la perspectiva de Hobbes, como leviatanes que hacen uso del miedo como razón de estado. Ver: BODEI, Remo. Hobbes: política y miedo. En: Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad y uso político. México: Fondo de Cultura Económico, 1995. Pp. 83-92. URIBE DE H., María Teresa. Las incidencias del miedo en la política. Una mirada desde Hobbes. En: El Miedo, reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, 2002. Pp. 25-46.

la forma de contradictor o enemigo de estos poderes, ni mucho menos, en la de garante y protector de la población.

Desde aquí se entiende el peso otorgado al atributo defensor, especialmente al paramilitar y miliciano y en mucha menor medida a la guerrilla. Y hay aquí un importante sesgo dado por el género y el estrato social: de conjunto, son los hombres quienes más asocian y validan la acción de los guerreros con la defensa, el poder y la autoridad; las mujeres tienden a considerarlos más violentos y destructores. Y por características socioeconómicas, mientras para los estratos socioeconómicos más altos es el paramilitar el que representa este atributo, para los más bajos es el miliciano. La guerrilla, aunque en menor medida, aparece representada de esta forma por personas de estratos medios.

Si bien hay una relación de distancia representada en el caso de la guerrilla y el paramilitar con la idea de que son agentes externos que *llegan* de afuera (aunque cada vez es mayor su proximidad), esto es diferente en el caso del miliciano: el miedo que parece configurarse alrededor de esta figura, por lo menos para un sector de la población, es el que genera el “otro igual”, el otro, del que se sabe cómo piensa, cómo vive, qué hace, y que, a su vez, conoce todo esto de mí. Quizás por esto sea tan fuerte la percepción entre jóvenes de barrios populares donde actúan, de que es alguien que, desde su mismidad, los puede penetrar, absorber y controlar.

Aunque como ya dijimos es mayor la percepción que asocia estas figuras con acciones violentas, es muy significativa la relevancia que adquieren valores como la protección y el orden

leídos en el atributo defensor. Podríamos deducir con esto que muchos de los miedos que subyacen están asociados no sólo a la pérdida de la vida, de los bienes y la libertad, sino al vacío social que se desprende de una disputa, aún no resuelta, por el control y el orden y, por tanto, de la percepción de un futuro que parece estar hipotecado a los dioses de la guerra.

Las caras del crimen global

A pesar de que en Medellín se sabe de la existencia del narcotráfico desde la década del 70, es en la del 80 cuando irrumpe con fuerza como un fenómeno social de múltiples facetas. Fue en esta época cuando se hizo célebre Pablo Escobar como la cabeza más visible de un negocio que se convirtió, para una buena parte de la población, en la única posibilidad de ascenso social y, para otra, la que ya había ascendido, en una tentación irresistible de seguir engordando sus arcas³². Desde entonces, Medellín se hizo famosa en Colombia y en el mundo como cuna de narcotraficantes. Y hoy, las marcas de este señalamiento, de la guerra de la que fueron protagonistas, de las muertes que dejaron a su paso, del estilo de vida y los valores con los que se les asocian, adquieren peso para quienes explican los miedos existentes en la desestructuración social y moral activada por el narcotráfico y el consumo de drogas que, se supone, este fomenta. El narcotraficante y el drogadicto aparecen, para quienes participan de esta explicación, como las dos caras de la misma moneda.

32. Sobre la historia del narcotráfico ver: SALAZAR JARAMILLO, Alonso y JARAMILLO ARBELÁEZ, Ana María. Las subculturas del narcotráfico. Bogotá: Cinep, 1992.

El narcotraficante

El narcotráfico trajo otra cultura, la cultura del fuerte, de las armas. Todos los antioqueños, toda la vida, han estado armados, pero han sido unas armas como muy bien manejadas, unas armas que se utilizaban para otras cosas. Pero cuando apareció el narcotráfico se volvió que todo el mundo es un matón y es encaramado; entonces eso nos generó unas actitudes, y después el sicariato y ahora ya hay irrespeto por todo... no es que todo sea narcotráfico, pero es que cuando ya se dan unas costumbres, cuando ya se dan unos criterios, cuando se cambia como tan radicalmente, lo otro viene a continuación.

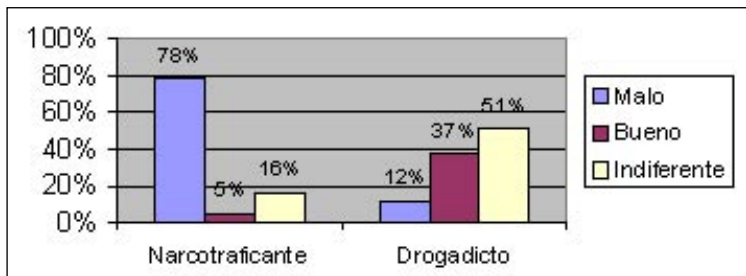
Hombre, empresario, 50 años, estrato 6.

El relato de este hombre coincide con muchas otras personas que ven el narcotráfico como el principal hito de la ciudad: Medellín es diferente antes y después del narcotráfico. Pero a pesar del reconocimiento, ya sea de que la cultura del narcotraficante se corresponde con una mentalidad preexistente —y entonces él solo sería el detonante— o, de que su impacto es tal que logra a partir de entonces permear toda la sociedad, el ejercicio de individualizar las amenazas que comporta sigue actuando como operación posible para acotar el miedo que suscita.

El narcotraficante ocupa la cuarta casilla en el grupo de las figuras calificadas por más de la mitad de la población, el 78%, como malo; el 16% de las personas piensan que es indiferente y el 5% que es bueno (ver gráfico 7). En conjunto, las mayores frecuencias en la calificación como malo se encuentran entre las mujeres y adultos entre 45 y 59 años. Entre los hombres, los jóvenes y personas del estrato 5 se encuentra el mayor porcentaje

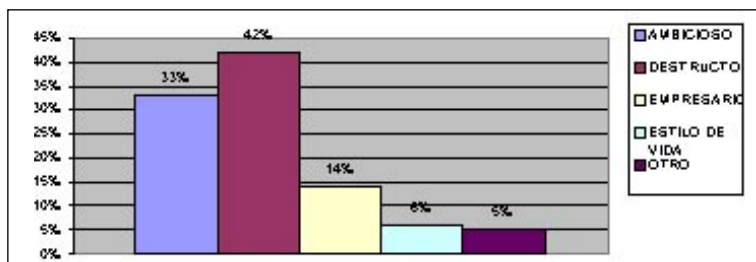
de la percepción como bueno y, entre los hombres, jóvenes y estratos 1 y 2 los principales porcentajes de indiferencia.

Gráfico 7
Calificación del papel del narcotraficante



Al narcotraficante se le describe, por el papel que desempeña, como destructor (42%), ambicioso (33%), empresario (14%) y, finalmente, como portador de un estilo de vida³³ (6%).

Gráfico 8
Descripción del papel del narcotraficante



33. En Guadalajara esta es la figura calificada como mala por un mayor número de personas, el 84.4%. La violencia, ilegalidad y contaminación fueron los ejes a través de los cuales fue interpretada en esta ciudad, haciendo visible el miedo a la disolución de las estructuras conocidas, al deterioro y la corrupción de las instituciones. Ver: REGUILLO CRUZ, Rossana. Op. cit., 2000. P. 72.

Para la representación del narcotraficante se acude al señalamiento de características que funcionan como componentes de un estereotipo reconocido: un estilo de vida marcado por la ambición desmedida, el consumo en exceso, la opulencia revelada en la estética y en la apariencia, y el valor supremo del dinero como el que todo lo puede. Las descripciones asociadas a la ambición y el estilo de vida hacen parte de esta representación expresada, con mayor frecuencia, por mujeres, personas entre 45 a 87 años y pertenecientes a estratos medios y altos. El que estos atributos sean enunciados por personas de estos estratos sugiere por lo menos un intento de distanciamiento dado por el rechazo al *sentido de igualdad* que, según ellos, comportan los narcotraficantes: un pobre que por el dinero adquirido en el negocio de las drogas se ha convertido en su nuevo vecino, pero que nunca será realmente como *ellos*.

La otra descripción gira alrededor del atributo destructor de la vida y los bienes y, además, de los valores y de la sociedad en su conjunto, en lo cual se incluye el país, el mundo y la humanidad entera. En este sentido, el narcotraficante se convierte en un ser omnipotente y omnipresente y es este rasgo el que parece conferirle un mayor nivel de peligrosidad. Sobre su papel se dice: “Ganarse la vida fácilmente haciéndole mal a la humanidad (hombre, 48 años, estrato 5). “No trafica con droga o dinero si no con la voluntad, la miseria, el futuro, la vida de las personas de un país entero” (mujer, 25 años, estrato 5). “Malo, ambicioso. Destructor de la sociedad y los principios morales (mujer, 45 años, estrato 5). “La plaga del siglo. Son los que nos tienen así” (mujer, 65 años, estrato 5), “Trae problema para el país y crea

malestar en todo” (hombre, 42 años, estrato 1). “El más dañino de la sociedad” (hombre, 49 años, estrato 3).

El temor en este caso se relaciona con un impacto del que casi nada ni nadie escapa. Sin embargo, tal vez como una manera de intentarlo y evadir esta suerte de generalización, nuevamente aparece el rostro del joven, como el ejemplo más claro de lo que alguien denominó “la herencia negra” del narcotráfico. El siguiente testimonio es de un hombre de 45 años, profesional y voluntario de una fundación que desarrolla labores de asistencia social en barrios populares de la ciudad. Su relato se refiere a lo que considera la principal fuente de amenazas en la ciudad, al narcotráfico y a su impacto en la población juvenil; veamos:

Yo veo que hoy en día gran cantidad de muchachos se van por el dinero fácil y mucho; hemos perdido los principios éticos y morales... son muchachos que quieren conseguir dinero a toda costa, por encima de cualquier cosa, es una herencia del narcotráfico. Los muchachos quieren empezar por donde los viejos están acabando, eso es gravísimo pues nadie quiere hacer carrera, a nadie le sirve un salario mínimo... la gente perdió el sentido del dinero, ya la gente mata por cinco pesos, la vida no vale nada, esa parte es herencia, pienso yo, del narcotráfico. Gravísimo, gravísimo.

Si bien por momentos se construye una narración en la que el autor del relato se incluye en un nosotros que ha vivido el impacto del narcotráfico desde la pérdida de valores, de inmediato esta percepción general se acota cuando se refiere a los muchachos; aparece el cuestionamiento a la ambición y al deseo de igualación, atributos a los que hacíamos referencia antes como

los puntales del distanciamiento proveniente de sectores medios y altos con respecto al narcotraficante.

Esta percepción que asocia los el impacto del narcotráfico con los jóvenes, y que en cierto sentido opera como mecanismo de objetivación de las amenazas, también se encuentra en sectores populares; no obstante el acento se pone nuevamente en lo que parece constituir un mal mayor: el consumo de drogas. Es este el sentido de descripciones como estas: “Dañaron los jóvenes de esta ciudad” (mujer, 81 años, estrato 1). “Dañoso. Hace mal a los jóvenes de hoy” (hombre, 34 años, estrato 1). “Dañan la mente de los jóvenes, destruyen la familia, acaban con los valores” (hombre, 36 años, estrato 2). “Vende cocaína y corrompe a los jóvenes” (mujer, 72 años, estrato 3). “Trata de dañar a los pocos jóvenes que quedamos sanos” (hombre, 17 años, estrato 2). “Es malo porque destruye la sociedad y acaba con la juventud” (hombre, 34 años, estrato 1). “Metió a los jóvenes en la drogadicción llevándolos por el camino malo”, (mujer, 23 años, estrato 2). “No debe hacer lo que hace, traer droga y hundir a los jóvenes en la droga” (mujer, 25 años, estrato 2). Las últimas expresiones provienen de hombres y mujeres jóvenes entre quienes también es clara la noción de que, en efecto, el consumo de drogas con el que se asocia al narcotraficante constituye para ellos una amenaza directa. La asociación con el daño supone la destrucción de algo que existía, algo que era bueno pero que, por efectos de su acción, ha dejado de serlo. De ahí las imágenes de pérdida y hundimiento.

También en el caso del narcotraficante encontramos atributos que atenúan su descripción como Destructor. Si en el caso del

sicario o el atracador se aludió a la condición de víctimas en tanto lo que hacen es por necesidad, en este caso, se le describe como trabajador o empresario, es decir, que no sólo vive del negocio sino que además genera oportunidades para los demás: “Está en busca de la plata y es bueno porque el dios de la tierra es la plata y ¡uno bien pobre! “ (hombre, 47 años, estrato 3). “No me parece facilista sino de esos líderes de lo ilícito (mujer, 23 años, estrato 5). “Un buen negociante” (hombre, 22 años, estrato 6). “Alternativa de producción de riqueza” (hombre, 25 años, estrato 4). “No hay fuentes de ingreso, tiene que subsistir” (hombre, 42 años, estrato 4). “Los únicos que nos daban trabajo “(hombre, 24 años, estrato 3). Generar alternativas económicas, en un medio percibido como precario y carente de oportunidades, constituye entonces, para estas personas, un valor que pesa más que el de la ilegalidad, el consumo o la drogadicción.

Leído de conjunto, encontramos que hombres y mujeres consideran al narcotraficante principalmente como destructor, pero para las mujeres es más ambicioso y para los hombres, más empresario. En la lectura por estratos socioeconómicos, del 1 al 3 resalta la mirada del narcotraficante como destructor, mientras que, del 4 al 6, lo que se resalta es su ambición y su condición como empresario.

En la figura del narcotraficante se concretan las amenazas asociadas con la destrucción social y moral que supone, para un sector de la población, un crimen global como el narcotráfico. Su capacidad de permear todos los espacios de la sociedad, parece otorgarle mayor peligrosidad; pone en jaque no sólo el presente sino el futuro y su acción trasciende la esfera de lo

local y lo nacional, con lo cual se construye una representación como un ser omnipotente y omnipresente. Socioespacialmente, el narcotraficante está adentro y desde adentro corroe; no llega de afuera como la guerrilla o el paramilitar; está aquí como el miliciano, pero a diferencia de éste, circula por todos los espacios de la sociedad, los penetra y sin embargo no pertenece totalmente a ellos. El dinero lo aleja de los barrios y la gente pobre y lo acerca a estratos medios y altos que no obstante mantienen siempre distancia frente a ellos. Para unos y otros es un extraño, alguien que, como dice Ulrich Beck, es “de aquí” pero no se corresponde con el estereotipo del orden social, “son unos vecinos que no son como nosotros”³⁴. Es desde esta proximidad y a la vez, del distanciamiento que se constituyen como figura amenazante: “Los extraños no son ni amigos ni enemigos: están cerca y no lo están, están lejos pero viven aquí, y son vecinos que los vecinos no consideran tales sino como no vecinos, extraños. La extrañeza del extraño atemoriza y atrae”³⁵.

Drogadicto

En estos barrios es más fácil ser un matón que ser un vicioso. Los viciosos corren un riesgo impresionante.

Joven, estudiante universitario, estrato 3.

Este testimonio da cuenta de la manera como el consumo de drogas ha adquirido, en nuestro medio, un carácter de alto riesgo. La figura del drogadicto hace parte, como dijimos, de los

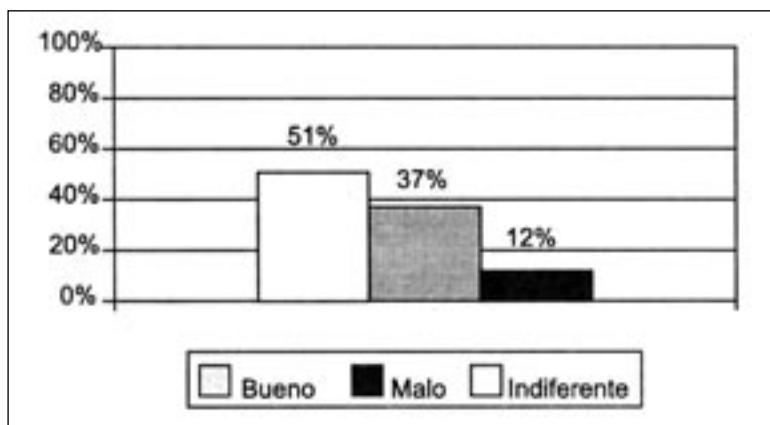
34. BECK, Ulrich. La democracia y sus enemigos. Barcelona: Paidós, 2000. P. 131.

35. Ibid. P. 136.

relatos que tejen sus miedos en torno a la destrucción social y moral de la sociedad desatada por las drogas, ya sea por su comercialización o por su consumo. La percepción sobre su peligrosidad aparece de manera implícita en las descripciones, que no sólo deshumanizan al drogadicto sino que plantean de manera directa la opción de su eliminación: “Seres sin alma” (hombre, 55 años, estrato 5). “Desechable, no deberían de existir” (mujer, 57 años, estrato 4).

El drogadicto es la última figura frente a la cual más de la mitad de la población, el 51%, opina que es malo³⁶. Entre todas, es la que tiene un mayor porcentaje de indiferencia, 36%, y el más bueno, 2%.

Gráfico 9
Calificación del papel del drogadicto

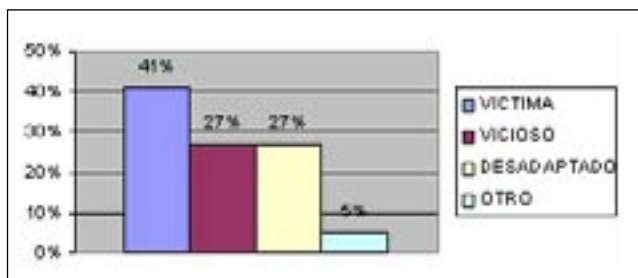


36. En Guadalajara, este porcentaje corresponde al 81.6%. REGUILLO, Rossana. Op. cit., 2000. P. 71.

En esta oportunidad no hay mayores contrastes en la percepción que hombres y mujeres tienen del drogadicto, pero sí en la lectura por estratos y edad: mientras que del 1 al 3 el drogadicto es considerado más malo que en la clasificación general, en el 4 encontramos la mayor calificación como bueno y en el 6 la mayor indiferencia. En todos los grupos de edad el drogadicto es considerado una figura mala. Sin embargo, este porcentaje es mucho mayor entre las personas de 60 a 87 años y en los jóvenes entre 13 y 24 años.

En la lectura cualitativa, el drogadicto es percibido principalmente como víctima (41%), vicioso (27%) y desadaptado (27%).

Gráfico 10
Descripción del papel del drogadicto



El atributo de Víctima es el más alto dado a una figura calificada mayoritariamente como mala. En este caso lo que se destaca es que el drogadicto es resultado de procesos de desestructuración social relacionados con la desintegración de la familia, la pérdida de valores o el consumo que propicia el narcotráfico. Sobre esta condición se dice por ejemplo: “Por falta de bases en la familia, pierde la moral, la dignidad y no le sirve a la sociedad”

(hombre, 49 años, estrato 3). “Una víctima de la sociedad de consumo y la droga” (mujer, 59 años, estrato 5). “Desorientado. La familia y la situación del país lo han llevado a esta situación” (mujer, 40 años, estrato 5). “Una víctima del exceso” (hombre, 22 años, estrato 6). “Víctima de su debilidad y la falacia de los narcotraficantes” (hombre, 67 años, estrato 6). Desde esta lectura, lo que podrían ser factores de riesgo son asumidos como causa directa de la adicción; el papel del sujeto parece borrarse quedando únicamente como *reflejo* de males mayores que afectan las sociedades contemporáneas.

Otra parte de la población los describe con atributos referidos a actividades delictivas. La asociación drogadicto-delincuencia hace parte del imaginario que en el país se comporta frente a las drogas y da cuenta de uno de los prejuicios más generalizados sobre el consumo de drogas. Alonso Salazar habla de la relación droga-criminialidad como uno de los mitos (junto con la sociedad libre de drogas y con la idea de que sólo hacen mal las drogas ilícitas) que más obstaculizan la comprensión de la droga en la sociedad, y se refiere a “la categorización de todos los consumidores de drogas ilícitas como sujetos de segunda categoría. Se ha construido una imagen social del consumidor de drogas ilícitas con un adicto, una persona degradada y vinculada al mundo del delito”³⁷.

En efecto, en la encuesta realizada, al indagar por la descripción que la gente hace del drogadicto, es recurrente esta asociación: “Hace de todo, mata, roba” (hombre, 31 años, estrato

37. SALAZAR JARAMILLO, Alonso. La cola del lagarto. Drogas y narcotráfico en la sociedad colombiana. Medellín: Proyecto Enlace, Corporación Región, 1998. P. 160.

2). “Matarse a él mismo y matar a otras personas “(mujer, 36 años, estrato 1). “Genera violencia” (hombre, 27 años, estrato 1). “Hace maldades para conseguir para drogarse” (hombre, 45 años, estrato 3). “Roba para sostener el vicio” (hombre, 35 años, estrato 1). Las conductas delictivas son de este modo explicadas en razón del consumo de drogas, una percepción bastante generalizada en nuestro medio pero que además alimenta gran parte de los debates y las propuestas legislativas dadas en torno a la penalización del consumo³⁸.

Muy cercana a la asociación del consumo de drogas con el delito está la de su poder contaminante. El drogadicto aparece entonces como una amenaza directa puesto que se daña a sí mismo y a los demás y en ese sentido su poder destructor parece aumentar: “Genera enfermedades para él mismo y la comunidad” (hombre, 40 años, estrato 2). “Es malo porque hay muchos que llevan a otros a hacer lo mismo” (hombre, 14 años, estrato 2). La contaminación, como la deshumanización, hacen parte de las características que se otorgan a grupos sobre los cuales se construyen estigmas. En este caso, lo que en verdad dependería de una acción deliberada del sujeto, obligar a otros a que consuman, se atribuye a la sustancia misma, contribuyendo así a la satanización del consumo y, obviamente, también de los consumidores³⁹.

38. El hecho más importante en este sentido es el debate desatado a propósito de la sentencia de la Corte Constitucional (C-221/94) que declara inexecutable los artículos del estatuto nacional de estupefacientes que penaliza el consumo de drogas. Actualmente este debate se ha revivido alrededor de la iniciativa presidencial de incluir como parte de un referendo la propuesta de penalizar nuevamente el porte y consumo de drogas.

39. Un procedimiento menos estigmatizante, que tome distancia del supuesto poder de contaminación, requeriría, tal y como indica un estudio sobre el tema de las

Las dos percepciones anteriores podrían explicar el sentido amenazante que adquiere el drogadicto y su relación con el imaginario y la acción de grupos armados que hacen de ellos blanco de la *limpieza social* realizada a nombre de la moral, la seguridad y el orden, como lo vimos en el caso de las milicias; argumentos en buena medida compartidos por quienes, desde de la institucionalidad y la legalidad, propugnan por la penalización del consumo y los consumidores.

El drogadicto, como el sicario en el contexto de la criminalidad y el miliciano en el de la guerra, también tiene un rostro joven: “Joven perdido que le causa un gran dolor a su familia (mujer, 72 años, estrato 3). “Joven descarriado que no sabe lo que quiere” (hombre, 36 años, estrato 3). “Muchacho que le quedó grande la vida” (hombre 42 años, estrato 3). Como vemos, esta percepción hace parte de una construcción social bastante generalizada que deposita en los hombres jóvenes de sectores populares los principales rasgos de peligrosidad.

A pesar del alto nivel de indiferencia, su poder destructor aumenta si tenemos en cuenta que cuando se describen características negativas de los personajes marcados principalmente con valencia negativa, también se les llama drogadictos y viciosos, como lo vimos en la descripción que se hizo de figuras como el sicario o el atracador. La droga aparece entonces como deto-

drogas en la escuela, “separar el acto del consumo con la acción deliberada de obligar a otros a consumir... puede ser reclamado a quien obliga a otros en términos de la acción violenta, pero no atribuible a la sustancia...”. SALDARRIAGA VÉLEZ, Jaime. Drogas, convivencia y justicia. Reflexiones sobre la escuela. Medellín: Corporación Región, 2000. P. 21.

nante de otros males y prácticas. Aunque es muy significativa la percepción del drogadicto como víctima de la misma sociedad cuando se le interpreta como fuente de miedo, también se le asocia con la destrucción del entorno inmediato, en el que se incluye sus contemporáneos, su familia, su barrio y él mismo. Mata y se mata: es contaminado por el narcotraficante y a la vez es contaminante.

El narcotraficante y el drogadicto aparecen entonces como las dos caras de la desestructuración moral que se supone es, para muchos, la principal fuente de amenazas que hoy enfrenta el mundo global y la ciudad de Medellín en particular.

Los rostros de la corrupción

Una de las funciones de un Estado moderno, según A. Giddens, es la de gestionar los riesgos, esto es “proteger de los peligros que antes eran considerados disposiciones de los dioses: enfermedad, incapacidad, pérdida del empleo, vejez”⁴⁰. En el ambiente descrito en Medellín, caracterizado por la simultaneidad de situaciones percibidas como amenazantes y generadoras de un sentimiento colectivo de miedo e incertidumbre, el Estado no es asumido como protector; más bien parece contribuir a profundizar el sentimiento de vulnerabilidad e impotencia social para enfrentar aquello que se cree puede destruir la sociedad. Y en este caso, aunque no se le pueda considerar propiamente como fuente de miedo, es igualmente observable en su representación que los males que encarna el Estado no se viven de manera

40. GIDDENS Anthony. Un mundo desbocado. Madrid: Tauros, 2000. P. 37.

abstracta, también a ellos se les pone un rostro que permite nombrar los atributos con los cuales se le asocia y entender por qué abonan, desde la desconfianza y el rechazo que suscitan, el clima de miedo e incertidumbre. El político, el policía, el juez y el empleado público son las figuras sociales que ahora se dibujan como portadoras de otros males.

El político

Como ya lo hemos señalado, de todas las figuras calificadas por más de la mitad de la población encuestada como mala, el político es al único que se reconoce como parte de la institucionalidad y la legalidad. En el hipotético caso de que no existieran las figuras armadas, este ocuparía el primer lugar entre quienes más desconfianza generan. Aunque también sobre el juez, el policía o el empleado público se construye una imagen bastante degradada de la institucionalidad, es el político el que de manera más fehaciente encarna esta percepción. (ver gráfico 10).

El 58% de las personas encuestadas describieron al político como malo; el 27% opinan que es indiferente y el 16% que es bueno. El político es prioritariamente malo para hombres, jóvenes y personas de estratos socioeconómicos medios y altos (del 4 al 6). Mientras que para personas de estratos 1 al 3 es más indiferente, en el estrato 5 se encuentra la mayor calificación como bueno⁴¹.

41. En Guadalupe, el político aparece calificado por el 54.8% de la población como malo y se le asignan atributos como los de mentiroso, abusivo y corrupto. Es percibido como principal responsable de lo que allí la gente denominó “caos social”. REGUILLO, Rossana. Op.cit. P. 72.

Son frecuentes las narraciones que describen al político como la expresión más degradada y poco confiable de la institucionalidad pública. Su amenaza ya no es la que representan las figuras asociadas al poder de las armas, sino a la corrupción institucional: es el que roba, miente, engaña, pero desde la legalidad. En las entrevistas realizadas, personas de diversos anclajes sociales y creencias coinciden en señalarlo como uno de los males más enquistados de la sociedad, aunque se diferencien en las alternativas imaginadas para enfrentarlos.

Una periodista, por ejemplo, que se autodefine como demócrata y que reivindica la necesidad de los partidos para la democracia, dice de sus representantes: “Me merecen la burla y el escarnio, los partidos liberal y conservador me dan risa y me hacen rabiar”. Un hombre, administrador de empresas, lanza una expresión más visceral aún: “Me dan náuseas... no han hecho nada por Colombia, no les importa Colombia, la patria... están buscando otros intereses muy distintos a los que pregonan en las plazas”. Otro hombre, diácono y promotor de procesos sociales en barrios populares, dice que son “un dinosaurio que se acabó. Están mandados a recoger todos, ya no tienen nada que ofrecer”. Finalmente, esta percepción la ratifica una joven habitante de un barrio popular que tiene una experiencia cercana con ellos: “Hacen intervención en un sector cuando lo necesitan solamente y luego, cuando ya tienen lo que quieren de ellos, se olvidan totalmente”. Así, desde experiencias directas o mediadas, el resultado es el mismo: un desencanto generalizado con la política y sus representantes, los políticos, asunto que nos conecta con un contexto global pero que se agrava si se lee

en un ambiente generalizado de desprotección institucional y de demandas sociales con escasas posibilidades de gestión por canales legales.

Esta percepción se corroboró cuando entre hombres y mujeres, jóvenes y adultos y personas de diferentes estratos sociales encontramos descripciones sobre su papel como las siguientes: “Utilizan cualquier medio para lograr lo que quieren, pasan por encima de todos” (mujer 22 años, estrato 1). “Ladrones vestidos elegante” (hombre, 42 años, estrato 3). “Robar a los pobres” (mujer, 28 años, estrato 3). “Se dejan manejar, son unos aprovechados, se enriquecen a costa de la necesidad del pueblo, son unos farsantes, unos engañadores” (mujer, 26 años, estrato 5). “Ladrón de cuello blanco casi siempre” (mujer, 31 años, estrato 5). “La lacra de la sociedad (mujer, 22 años, estrato 6). “Origen de una violencia sutil” (hombre, 41 años, estrato 6). Esta última expresión lo coloca, de manera similar a lo que vimos en la percepción del narcotraficante, como el que está detrás de un mal mayor, en este caso “una violencia sutil” de la que aparece como su progenitor, lo que permite entender por qué la amenaza que representa va mucho más allá de ser un “mentiroso”.

El principal atributo con el que se describe al político es el de embaucador (61%), lo que supone que incluso entre las personas que lo calificaron como indiferente o bueno, se tiene también esta percepción. Un 15% lo describe como burócrata, atributo que suma a la percepción negativa. No obstante, un 17% lo considera líder, atributo que atenúa los descriptores anteriores y según el cual es “orientador”, “gestionador”, “participativo”, “ideólogo” y “luchador”.

Si bien a todas las figuras institucionales se les asocia con la corrupción, en el político es notoriamente predominante este atributo. Así mismo, el liderazgo, que se creería debería ser una característica relevante, lo es mucho menos que en el caso del policía (ver grafico 11).

El político es principalmente embaucador para los hombres y personas de los estratos 1 al 3 y más líder para las mujeres y personas de los estratos 4 al 6. Esto quiere decir que es, en definitiva, más mala la percepción del político entre los sectores populares que entre los altos.

Independiente de los matices de estas descripciones, lo cierto es que la representación que se hace del político indica no sólo cómo se percibe la fragilidad y corrupción de la institucionalidad pública, sino también, de algún modo, la pérdida de sentido de los partidos políticos como instancia mediadora de lo social, aspecto común a otras latitudes, pero, sin duda alguna, agravado en Colombia por la percepción de una destrucción social mas generalizada y abarcante.

El policía

El policía nunca me ha gustado. Llegan atropellando a los jóvenes, criticándolos sin saber el muchacho por qué hizo eso, si fue por necesidad o porque en ese momento estaba desesperado. Entonces me parece que tratan muy mal a la gente y más que todo a los jóvenes, siempre son encima de ellos. Me generan mucha inseguridad.

Mujer, líder de una organización juvenil, estrato 2.

Testimonios como este dan cuenta de la persistencia de una percepción del policía como parte de los personajes que abonan al ambiente de amenazas que enfrenta a diario la población, en este caso y especialmente, la población juvenil, y con mayor frecuencia la perteneciente a barrios populares. Si bien el 53% de las personas calificaron al policía como bueno, las personas restantes se dividen entre quienes piensan que es indiferente (24%) y malo (22%). Entre los hombres, personas de estratos 3 al 6 y jóvenes entre 13 y 24 años, es más malo; la mayor calificación positiva se encuentra en el estrato 1 y personas entre 60 y 87 años.

El policía es la única figura institucional relacionada por el 41% de la población encuestada con funciones de autoridad, control y orden: “Ejerce control social legal” (hombre, 30 años, estrato 5). “Servir. Da miedo hacer cosas malas por miedo a que lo encarcelen (hombre, 45 años, estrato 2). “Cuida la ciudad del peligro, de ladrones, cuida al pueblo” (mujer, 50 años, estrato 1). “Protegernos de los atracadores” (Estrato 6, hombre, 77). “Ayuda a matar a los sicarios” (mujer, 19 años, estrato 2). “Hace limpieza ayudando a la ciudadanía” (hombre, 53 años, estrato 1). En esta última expresión llama la atención la manera como se incorpora la noción de *limpieza* como un atributo positivo y sinónimo de ayuda ciudadana; como vimos, se trata de una práctica relacionada con acciones de justicia privada pero cada vez más incorporada a las ofertas de seguridad y orden provenientes de diferentes fuerzas legales e ilegales.

Los rostros del atracador y el sicario se dibujan, preferencialmente, como las fuentes de amenaza frente a las cuales el poli-

cía se erige como protector. Pero aún entre quienes los describen así encontramos quiebres que insinúan que aunque es protector y autoridad no lo es totalmente: “Defienden de los malos, pero abusan” (hombre, 42 años, estrato 3). “Supuestamente protege a la ciudadanía pero pocas veces cumple con lo que debe hacer” (mujer, 24 años, estrato 2). “Darle tranquilidad a la sociedad aunque algunas veces no lo hagan (hombre, 16 años, estrato 1). “Cuidar de la comunidad y las personas pero unos se dejan chantajear“ (mujer, 63 años, estrato 1). “Trata de luchar contra los malos hasta que la corrupción llegue a sus vidas” (mujer, 29 años, estrato 6). Así, bajo los atributos de autoridad y orden, se enuncian las cualidades que los aproximan a una noción del deber ser y también las que, desde la misma noción, los alejan. Si bien hombres y mujeres piensan que es principalmente autoridad, este calificativo tiene una mayor frecuencia entre los hombres y personas del estrato 5.

Muy cercano al sentido de este atributo, está el de agente cívico (33%), pero aquí el referente, más que el control y el orden, es el sentido de cooperación con las personas; es decir, un papel más cívico que represivo, aspecto que se resalta especialmente entre personas pertenecientes a los estratos socioeconómicos bajos y las que tienen de 60 a 87 años: “Están pendientes de los niños y los ancianos” (hombre, 65 años, estrato 1). “Están mejorando. Su labor esencial es el servicio a la comunidad, a ella se debe” (hombre, 32 años, estrato 1). Agente cívico es una representación que hace del policía una figura cercana a la cotidianidad del barrio y de la dinámica social. En la última década diversas campañas provenientes de la institución policial han

promovido la transformación de las prácticas de su personal y, al mismo tiempo, del imaginario que la población tiene sobre ellos. Este resultado puede ser entendido como efecto de esta labor, pero quizás también, puesto que proviene de las personas más adultas, de una memoria anclada en un pasado pueblerino en el que, en efecto, el policía hacía parte de la dinámica social y la actividad delictiva tenía otras dimensiones diferentes a las que hoy comporta.

Finalmente, el 26% de las personas encuestadas describen al policía como agresor y corrupto. El abuso del poder, la adopción de los comportamientos delictivos que dicen combatir y la corrupción, esta última común a las cuatro figuras institucionales, son los rasgos más reiterativos de esta percepción: “Tramposos. Se dejan comprar por plata” (mujer, 14 años, estrato 3). “Es muy tramposo. Por conseguir plata sueltan al ladrón” (mujer, 36 años, estrato 3). “Sapos que atropellan los derechos de la gente” (hombre 42 años, estrato 3). “Se alían con los mismos atracadores” (mujer, 53 años, estrato 3), “Asesino, mentiroso, está en una dualidad” (hombre, 22 años, estrato 6). “Puede ser un lobo vestido de oveja” (mujer 27 años, estrato 6). De acuerdo con esto, se trata de una figura ambigua, de la que no se sabe con certeza lo que es o lo que puede ser y por tanto, cubierta por un manto de desconfianza y sospecha. Pero cuando se opta por definirlo, hay quienes no conceden el beneficio de la duda: “Terror oficial” (hombre, 41 años, estrato 6) es la expresión que condensa más claramente la percepción agravada del policía como ejemplo de una institucionalidad que, en lugar de proteger, aterra, es decir, que hace un uso intencionado del mie-

do como arma de control. A pesar de que entre las mujeres se encontraron las mayores frecuencias en la calificación del policía como bueno, es entre estas y personas de estratos medios y altos (del 4 al 6) entre quienes, también con mayor frecuencia, se describe con los atributos agresor y corrupto.

El juez

Si bien un poco más de la mitad de la población encuestada (55%) piensa que el juez es bueno, llama la atención el alto porcentaje que lo percibe como indiferente (34%) y como malo (10%). Comparando hombres y mujeres, encontramos que ambos coinciden en señalarlo como bueno. Esta calificación es más alta entre las mujeres, personas de estrato 4 y 5 y adultos entre 60 y 87 años. Entre los hombres, personas de estrato 3 y adultos de 45 a 59 años, en cambio, encontramos mayores porcentajes en la calificación como malo.

Al juez se le describe principalmente desde lo que hace: impartir justicia (62%), esto es, el que produce fallos, sentencias, órdenes de captura. Sin embargo, en muy pocos casos se trata de una descripción simple; después de decir lo que hace, generalmente se califica, o por lo menos se deja clara la advertencia de que no siempre esto que hace se corresponde con la noción de lo bueno o lo justo que cada uno cree debería operar, sino con un concepto unilateral de justicia. Así se dice por ejemplo: “Manejan la justicia a su arbitrio” (hombre, 32 años, estrato 5). “Juzgan a los ladrones y los mandan a la cárcel (hombre, 67 años, estrato 4). “Es bueno y malo porque hay mucha gente inocente en la cárcel” (hombre, 14 años, estrato 2). “Cumple con lo

que le toca: defender a la gente, pero hay mucha gente inocente en la cárcel (mujer, 17 años, estrato 1). “Juzgar a los malos aunque no siempre” (mujer 28 años, estrato 4). “Debería dictar sentencias justas pero no lo hace” (hombre, 77 años, estrato 6). El juez, como el policía, resulta marcado por la ambigüedad. Este resultado parece constatar la gran distancia existente entre el ideal y lo que hacen, generando así una enorme desconfianza sobre su papel real: “En lo ideal, quienes toman decisiones con imparcialidad, equidad, pero aquí no hay mucha confianza en ellos” (mujer, 25 años, estrato 5).

En las descripciones agrupadas bajo el atributo Corrupto (13%) son visibles dos campos de sentido: uno, dado por la ambición que hace que la justicia pueda ser comprada; y el otro, por el lugar de poder que tiene el juez y del cual abusa: “Es un vendido que se le regala al que más le ofrezca” (hombre, 42 años, estrato 3). “Si es un juez que va con rectitud es bueno, si no se deja comprar” (mujer, 25 años, estrato 2). “Se cree con la verdad y muchas veces destruye vidas” (hombre, 29 años, estrato 5). Son los hombres y personas entre 60 y 87 años de edad quienes lo consideran menos corrupto.

Por último, el juez es percibido como Defensor (8%) por quienes efectivamente consideran que lo que hacen es lo que deben hacer: imparcial, ético, justo. Se piensa: “Es bueno porque ayuda a solucionar los problemas ajenos, porque a veces juzga lo bueno y a veces lo malo”. Esta es una representación que proviene principalmente de los estratos altos y de los jóvenes de 13 a 24 años, mientras que es menos Defensor para los adultos de 45 a 59 años. Es significativa la representación del juez entre el

grupo de edad más joven en tanto es el grupo que se lo representa como menos corrupto y más defensor.

En términos generales podríamos decir que hay una mejor percepción de su labor en los estratos más altos, ya que en los bajos lo que predomina es una descripción de lo que hace y los calificativos negativos son menos relevantes. Pero en conjunto, parece predominar más bien la indiferencia, la distancia y el poco sentido social de esta figura. Aunque es algo similar a lo que ocurre con el empleado público, aquí resulta especialmente significativo puesto que estamos hablando de una de las figuras que debería ser más importante en la forma de dirimir los conflictos de la sociedad. Su papel como tercero mediador, representante del Estado y garante de los intereses de los ciudadanos parece estar, en la representación de las personas encuestadas, bastante difusa.

El empleado público

Tan gris y borrosa como la idea de Estado aparece la imagen del empleado público haciendo parte de esta narración. Si bien en el diario vivir es quien de manera más directa sirve de vínculo entre el ciudadano común y la institucionalidad pública, encontramos que se trata de una figura bastante difusa y lejana del concepto de servidor público como se supone en un régimen democrático y tal y como lo contempla la Constitución Política Nacional.

Más de la mitad de la población encuestada (60%) calificó como bueno al empleado público. Las demás personas lo consideran

indiferente (24%) y malo (15%). En la lectura por género, estrato y edad, encontramos algunos matices, por ejemplo: el mayor porcentaje en la calificación como bueno se encuentra entre las mujeres, personas de estrato 5 y los jóvenes entre 13 y 24 años. Entre los hombres, personas que tienen de 25 a 44 años y pertenecientes a los estratos 3 al 5, se encuentran las principales tendencias en la calificación como malo. Y mientras que para el estrato 6 es más indiferente que bueno, no hay ninguna persona del Estrato 1 que considere que el empleado público es malo.

En la descripción cualitativa, el empleado público se percibe primero como un funcionario que trabaja para el Estado (53%) y segundo como corrupto (22%), entonces se señala no sólo lo que hace sino que se le califica como malo. Esto es lo que se encuentra en descripciones como estas: “Incompetente, trabajador ineficiente que asciende por rosca” (hombre, 36 años, estrato 5). “Hay unos muy corruptos, la mayoría son ladrones” (hombre, 33 años, estrato 2). “Robar. Se gasta los impuestos que pagamos” (hombre 30 años, estrato 3). “No entienden qué es público; mantienen agresión con todo el que llega a preguntarles algo” (mujer, 32 años, estrato 3). “Corruptos que se arrodillan ante el gobierno de turno para no perder el puesto (mujer, 42 años, estrato 4). “Hacen mal uso del poder, abusan de él” (mujer, 25 años, estrato 6). “El chanchullo, el peculado, la corrupción” (hombre, 50 años, estrato 6).

Como vemos, la asimilación empleado público-ladron da cuenta de una representación bastante degradada de esta figura, puesto que no sólo hurta, como cualquier delincuente, sino que lo que

roba es el dinero que los contribuyentes han dado para sostener al Estado y a él mismo como empleado. Además, lo hace amparado en el poder y, en cierto sentido, la protección que supone ser representante del Estado. Según estas descripciones, el empleado público resulta ser una pieza más de un conjunto que da como resultado una percepción degradada de la institucionalidad pública que no parece tener atenuantes: “Ladrón como todos los del Gobierno” (hombre, 42 años, estrato 3). “Otro ladrón igual que los políticos que abusan del poder” (hombre, 42 años, estrato 3). “Principal ladrón que tiene la sociedad. No dan ejemplo” (mujer, 40 años, estrato 5).

Sin embargo, a nivel de estratos hay algunos matices en esta apreciación. Mientras que para los sectores pertenecientes a estratos 1 y 2 predomina la mirada del empleado público como funcionario que colabora con el Gobierno y la comunidad, para los estratos altos, aunque también es funcionario, hay un mayor señalamiento como mediocre y corrupto. De esta opinión participan también las mujeres más que los hombres.

En síntesis, el empleado hace parte de las figuras descritas en la encuesta, primero simplemente por lo que hace y, segundo, por el señalamiento de que lo que hace lo hace mal. A pesar del alto porcentaje de calificación como bueno, cuando se lee la descripción cualitativa, se encuentra una descripción más bien plana en la que predomina una imagen negativa.

Gráfico 11
Calificación de figuras sociales institucionales

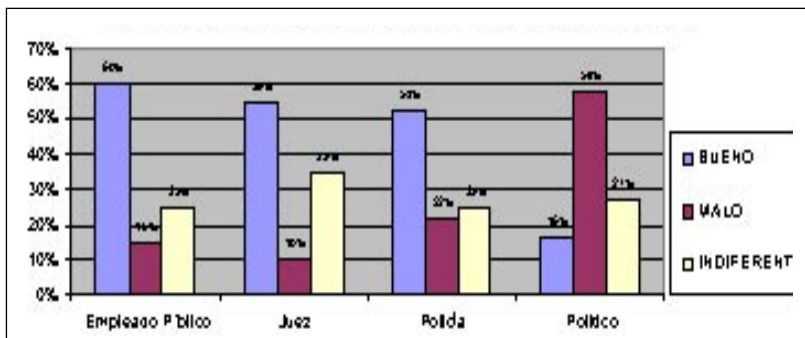
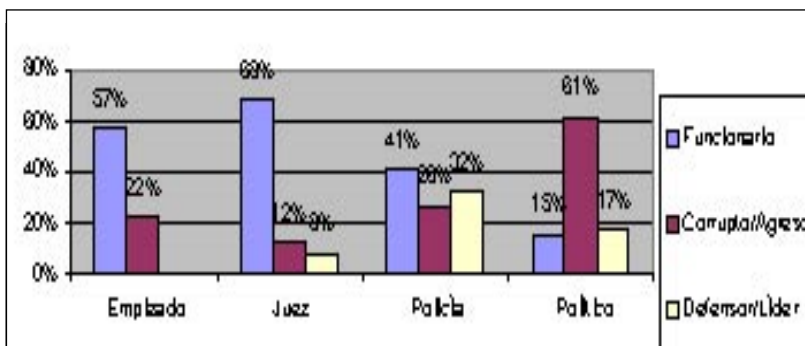


Gráfico 12
Descripción del papel de figuras sociales institucionales



El político, el juez, el policía y el empleado público tienen en común estar cobijados por la institucionalidad y ser represen-

tadas como principales agentes de la corrupción, un mal de siempre, un mal crónico que tiene como uno de sus efectos la profundización de la desconfianza frente al Estado.

En conjunto, el policía y el político aparecen como las figuras sociales más próximas, tal como se desprende de su asociación a la comunidad, ya sea en su rol de líder y acompañante o, como embaucador y agresor. Para un sector de la población hace parte de un *nosotros comunidad* diferente de la figura del juez, especialmente lejana por su jerarquía y poder, y de la del empleado público, por ser ante todo un funcionario que está allá en la oficina gubernamental. Lo anterior para concluir que el juez y el empleado público son principalmente unas figuras de la distancia, lo cual se revela así cuando aluden a ellos porque se les conoce, pero también cuando se constata el desconocimiento de su rol, abonando ambas descripciones a la representación de un Estado frágil.

En un contexto de disputa por el control social y territorial por parte de diversos actores armados como el que se experimenta en el país y en Medellín, es más significativa aún la baja representación social del policía y el juez como Defensor, atributo que, como vimos, fue asignado a figuras como el paramilitar y el miliciano.

Finalmente, la reiteración del atributo Corrupto en todas las figuras aporta de manera importante a la construcción de una representación de la institucionalidad como la que no sólo no hace lo que debería hacer (proteger, defender, liderar o representar los intereses de la sociedad), sino que además asimila

a aquellos comportamientos que debería combatir, con lo que se convierte en una fuente más de amenazas. Esto se constata en la representación del policía como agresor, del político y el empleado como ladrón y del juez como injusto.

Los rostros ocultos del miedo

Ponerle rostro al miedo cumple la función de domeñar el caos y, por tanto, reducir la incertidumbre. A través de las figuras sociales y de las amenazas que representan es posible entender la densidad de un clima de miedo en la ciudad. Pero no todos los miedos ni todos los rostros han sido nombrados. Rostros ocultos se delinean en su trasfondo como construcciones sociales que depositan en ellos otros signos de peligrosidad.

Muchas de las figuras a las que hicimos referencia parecen echar raíces en el mundo de los pobres. Según las percepciones a las que hemos aludido, el sicario y el atracador son, para la mayoría de la gente, pobres que roban o matan por vicio o por necesidad; el drogadicto es un pobre en manos de una fuerza mayor, la droga, que lo hace delinquir para poder consumir; el narcotraficante, cuando se describe como emergente, es un pobre, que por mucho dinero que tenga no dejará de ser lo que es: un pobre sin clase; el miliciano es un joven de un barrio popular; y también encontramos descripciones sobre la guerrilla y los paramilitares que hablan de ellos como campesinos, — ¡y nadie llama así a un hacendado o un ganadero! —, es decir, los pobres del campo.

Esto que encontramos en Medellín también ocurre en otros países de América Latina en donde, según Rossana Reguillo, se constata

la existencia de un imaginario que explica de manera simplificada la violencia sobre la base de la estigmatización de grupos e individuos considerados como altamente peligrosos: gran parte de este imaginario asimila directamente lo pobre con lo peligroso⁴². Más allá de la objetivación de los miedos en estas figuras, lo que parece insinuarse es un imaginario social preexistente que, efectivamente, asocia la pobreza con la violencia, la agresión, la ignorancia, la desviación social y moral, y encuentra allí una explicación plausible para muchas de las amenazas percibidas como fuentes de miedo e incertidumbre. Alrededor de los barrios populares, los pobres y los jóvenes se fabrican representaciones que proyectan sobre ellos todos “los fantasmas de la ferocidad, el canibalismo, la inhumanidad”⁴³ característicos de los grupos sociales estigmatizados.

La ciudad de los pobres

La palabra comuna, empleada desde 1963 como un concepto político-administrativo⁴⁴, se hizo célebre en los años 80, pero más que como división territorial, como una manera simplificada (y por tanto, estereotipada) de nombrar el lugar donde vivían los sectores más pobres de la ciudad. Más exactamente aún, el

42. REGUILLO CRUZ, Rossana. Los mitos gozan de cabal salud. El horizonte de las creencias colectivas en la modernidad mexicana. En: Revista de Comunicación y Sociedad, —Decs—. México: Universidad de Guadalajara. N° 27. Mayo-agosto de 1996. Pp. 215-238.

43. Es lo que Marc Auge ha denominado Alteridad externa. AUGE, Marc. El sentido de los otros. Barcelona: Paidós, 1996. Pp. 101-102.

44. En ese momento la ciudad se dividió en 6 comunas; desde 1987 son 16 las comunas que conforman la ciudad, las que a su vez albergan, en la actualidad, aproximadamente 263 barrios.

lugar de donde supuestamente provenían los jóvenes que mataban por dinero, los sicarios.

A pesar de que todos los habitantes de Medellín vivimos en comunas, esta expresión se reservó para los habitantes del norte de la ciudad, actualmente conformado por siete comunas y alrededor de noventa barrios. En esta zona habita más de la mitad de población, cerca de un millón de pobladores, de los cuales la mayoría están en la escala de los sectores con ingresos más bajos⁴⁵.

Las representaciones existentes en la ciudad sobre esta zona tienden a construirla como una unidad homogénea aislada espacial, social y culturalmente del resto de la ciudad, identificando en ella atributos propios no de un estado de pobreza sino de una esencia, la de ser pobres⁴⁶. Cuando desde diferentes anclajes sociales y culturales se habla de la imagen de las dos ciudades, ésta, la del Norte, se nombra con expresiones como “el otro lado de la ciudad”, “el otro polo”, “la otra ciudad”, “los de allá”, “los de abajo pero que viven allá arriba” (indicando las montañas que ocupan). Pero además de una caracterización socioespacial, sus pobladores son vistos como portadores de otra serie de características que los definen como sujetos carentes no sólo de ingresos y bienes, sino de cualidades, lo que los coloca

45. Recientemente, esta denominación se ha extendido hacia otro lugar marcado como escenario de la guerra y que alberga, igual que los anteriores, alrededor de cien mil personas pertenecientes a barrios populares de la ciudad: la Comuna 13.

46. Una conceptualización sobre la pobreza como situación y no como esencia puede verse en: CORREDOR, Consuelo. El problema de la pobreza, una reflexión conceptual. En: Pobreza y desigualdad. Reflexiones conceptuales y de medición. Bogotá: Cinep, marzo de 1999.

por debajo del estándar del resto de la población y, obviamente también, lejanos del estatus de ciudadanos.

Un arquitecto, por ejemplo, abanderado de la lucha por la integración social y urbanística, describe así esta porción de la ciudad; “Pasando al otro lado, para las comunas... la desprotección es total, se van armando las bandas, integran manadas con capacidad de aniquilar, de matar, de subyugar, eso es una locura”. Se dibuja así un paisaje próximo a un mundo salvaje, con formas de agregación propias de los animales y distante de un orden razonable.

Un ventero ambulante que vive en un barrio popular ubicado en la zona centroriental, a pesar de que tiene una situación socioeconómica similar, también construye una representación que concentra en esta zona todos los males imaginables: “Ahí vive la gente moralmente mala, económicamente mala, socialmente mala; están en las comunas nororiental y noroccidental, allá viven”.

Un importante empresario que participa de proyectos de desarrollo regional y nacional y para quien la pobreza es un componente connatural a la sociedad piensa que “La sociedad es eso, es un enjambre de personas, unas con más y otras con menos”. A pesar de que reconoce la distancia espacial y social que lo separa de estos lugares, habla de una representación construida a través de sus trabajadores o de imágenes que obtiene muy rápidamente cuando por alguna circunstancia transita en carro por sus bordes. Al referirse a lo que haría para mejorar la ciudad, dice: “Primero me preocuparía mucho por los barrios marginados, tratando de hacerlos menos agresivos, que haya un poquito más de intervención en esos barrios, que la gente sea

menos ordinaria”. Siendo partícipe de una noción de progreso que pone al centro la inversión en la infraestructura, hace una salvedad cuando esto se trata de los barrios populares, en donde, según él, se trataría de:

Mejorar las condiciones de vida, no sólo por los servicios públicos, por el alcantarillado, sino la parte estética; también se trata de que a la gente cuando se le da cultura, aprende a oír música... Porque si a esa gente no se le da una oportunidad sigue oyendo el tambor de los africanos; es bonito, claro que es bonito, pero óigalo solamente de vez en cuando.

Según este testimonio es clara la relación pobreza-agresividad-ignorancia-antiestética. Se trata de un mundo rudimentario, opuesto a la civilización, asimilado racialmente a los negros —considerada evidentemente como una raza inferior—, un mundo salvaje por domesticar.

Otro empresario, voluntario de una fundación empresarial, resalta las acciones de acercamiento que ha tenido con sectores populares, como parte de un compromiso social aprendido de su padre, un filántropo reconocido. Según él, más que inversión física o preparación técnica se requiere una educación que convierta a las personas que allí habitan en personas civilizadas, a través de la inoculación de criterios elementales de la vida en sociedad:

Usted no le da trabajo al muchacho para poder arreglar la moto, no, al meterle eso le está metiendo cómo respeta al compañero, cómo tiene que llegar temprano a la escuela, cómo se dirige al profesor, cómo empieza a conocer que hay

una bandera, conocer un himno, cómo hay una cosa que se llama patria, cómo hay una solidaridad.

La pobreza, la suciedad y la inferioridad son pautas comunes para estigmatizar este sector de la población⁴⁷. Y es desde estas construcciones que puede entenderse por qué las figuras señaladas emergen principalmente del mundo de los pobres.

Pero incluso entre ellos, hay posibilidad de una mayor concreción de la amenaza: no se trata de todos los pobres, sino, sobre todo, de sus jóvenes.

La demonización de los jóvenes de barrios populares

En la encuesta realizada también indagamos por la percepción sobre el joven. La mayoría de la población (70%) lo calificaron como bueno, el 12% como malo y el 20% como indiferente. En la descripción sobre su papel encontramos que hay dos sentidos sobre los que es posible entender los atributos que se le asignan: joven-posibilidad (56%) que lo considera futuro, esperanza, constructor, líder y creativo; y joven-problema (30%) según el cual el joven es inconforme, malvado, aventurero, loco, perdido. Como vemos, el porcentaje de este atributo es mucho mayor que el encontrado en la primera lectura como malo (12%), de donde podríamos deducir que en realidad existe una percepción mucho más agravada sobre esta figura social. Mientras que entre los hombres y personas de estratos socioeconómicos altos se encuentran mayores frecuencias en la calificación del joven

47. ELIAS, Norbert. La civilización de los padres y otros ensayos. Norma, Bogotá, 1998. P. 99.

como bueno y su descripción como posibilidad, es entre las mujeres y las personas de estratos bajos donde están los mayores porcentajes en la calificación como malo e indiferente y en la descripción como problema⁴⁸. Esto quiere decir que la estigmatización de los jóvenes es bastante generalizada y que si bien de esta construcción participan sectores medios y altos, también lo hacen y, de manera muy relevante, los sectores populares.

La lectura de las descripciones encontradas en este último campo son bastante ilustrativas de la forma como se construye la figura del joven como portador de otros males que son percibidos, por algunos, como signos de degradación social y fuente de amenazas: “La mayoría ahora son sicarios; de mil uno y de cien ninguno” (mujer, 36 años, estrato 1). “Es como un loco que actúa sin pensar, un degradado social” (mujer, 32 años, estrato 1). “Está perdido en el vicio y la televisión” (hombre, 42 años, estrato 3). “La mayoría están en la calle, les gusta vagar y que los papás metan el hombro por ellos” (hombre, 50 años, estrato 3). “Algunos son ladrones, lo matan o insultan a uno” (mujer, 68 años, estrato 4). En los testimonios de estos hombres y mujeres adultos se asocia al joven con prácticas similares a las que fueron atribuidas a figuras como el atracador, el sicario y el drogadicto; y aunque algunos conceden la posibilidad de que sólo una parte de ellos sean sus portadores, otros los ven como atributos de la mayoría.

48. Desde una lectura por estratos, encontramos que la calificación más alta como bueno se encuentra en los estratos 5 (82%) y 6 (77%) y la más alta en la calificación como malo corresponde al estrato 3 (20%) y 1 (15%); según el papel que se le asigna, es percibido como futuro mayoritariamente por los estratos 5 (44%) y 4 (43%) y, como problema principalmente por los estratos 2 (38%) y 1 (35%).

Pero no sólo los adultos comportan esta visión; percepciones similares encontramos entre jóvenes también pertenecientes a sectores populares: “Se está dejando llevar por las cosas del mundo. Por ejemplo los vicios, el maltrato a las personas” (hombre, 21 años, estrato 3). “Crecen y empiezan a matar” (hombre, 20 años, estrato 1). “No piensan antes de hacer las cosas, por eso se vuelven milicianos o drogadictos” (hombre, 23 años, estrato 1). “La juventud ahora está perdida, consumir droga, vivir de placer en placer” (hombre, 18 años, estrato 2). La noción de que el joven vive en un tiempo de transformación es más clara en las percepciones que estos jóvenes construyen sobre sus contemporáneos. No obstante, el punto de llegada es el mismo: la asociación con la droga, la muerte y los excesos como los atributos que mejor lo caracterizan, ya sea en su condición de víctima o victimario.

Desde otras fuentes, la diferenciación entre el joven en general y joven popular resulta evidente entre personas que construyen, desde diversas matrices sociales y culturales, una narrativa para explicar los miedos existentes. Algunos ejemplos permiten ilustrar esta afirmación:

Un administrador de empresas, de formación católica, voluntario de una fundación empresarial y para quien la principal fuente generadora de miedos e incertidumbres está en la pérdida de valores morales, encuentra en los jóvenes la condensación de todas las amenazas que esta situación conlleva: “A mí se me paran los pelos ver esta juventud de hoy en día tan metida en el cuento del alcohol, en el cuento del sexo, en el cuento de la droga, se me paran los pelos, me muero de miedo”. Si bien esta

parte se refiere a los jóvenes en general, la referencia a los jóvenes de los barrios populares es lo que da continuidad al relato: “Yo voy a un barrio, por ejemplo, y los muchachos están mejor vestidos que los hijos míos, eso me preocupa tremendamente”. En este sentido, se les percibe como sujetos amenazantes puesto que buscan un efecto de igualación en el tener y parecer que no les corresponde; y además rechazan valores que se consideran esenciales como la honestidad, el amor al trabajo y el esfuerzo.

Aún entre quienes ven en la exclusión social y la pobreza la principal fuente de amenazas en el mundo actual, se encuentra esta percepción. Es el caso de esta mujer, demócrata y promotora de procesos de periodismo cívico en la ciudad, que más allá de los deseos, de su ideología y de las declaraciones éticas, reconoce amenazas reales y cotidianas que tienen justamente el rostro de un joven popular:

Verdaderamente me tengo que admitir como depositaria de este temor, frente a esos jóvenes rapados, que realmente uno si ve que cometen atropellos. Como un amigo sociólogo muy bien formado, muy demócrata que me decía: ‘te recomiendo que no cojas taxis con chóferes jóvenes’. Claro, porque conducen a mil por hora, porque están involucrados en ciertas cosas, porque pueden ser peligrosos, porque los están buscando para matarlos... Creo que sí tengo una imagen bastante demonizada de ese sector de los jóvenes; del joven universitario no, tengo una imagen más tranquila y más divertida sobre esos jóvenes.

La noción de que existe una naturaleza que define y diferencia a unos y otros jóvenes —es decir, que es su procedencia de clase

y no lo que hacen lo que define su peligrosidad— es lo que hace que algunos vean, en la mezcla y el contacto con los jóvenes pobres una situación de alto riesgo. Es este el sentido de la narración que una joven estudiante de una universidad privada (Eafit) hace sobre el riesgo que para ella supondría estudiar en una universidad pública (la Universidad de Antioquia), dada la presencia allí de jóvenes de estratos populares:

Tú hablas con mucha gente de esta universidad (Eafit) y mucha gente se metió porque sabe que acá es diferente, buscan un ambiente que no va a representar tanto peligro como las universidades públicas... A ver, yo soy una persona de tal estrato, yo vivo bien, me visto de tal forma.. entro allá y para mí sería un impacto social muy grande; porque aquí me relaciono con gente de mi estrato o más alto, gente que yo conozco, que es gente normal, gente que en su forma de actuar no son envidiosos, porque —como dicen ellos— si éste tiene más plata entonces vamos a matar este *pirobo*... En cambio, uno entra a la de Antioquia y se encuentra que el gamín de tal parte o que la niña de tal parte, como es de barrio pobre, le tienen envidia a uno, porque uno tienen más plata. O sea, uno tuvo la oportunidad que ella no, y eso se nota...

Frente a la representación de un *otro* amenazante y peligroso — los jóvenes de los barrios pobres—, se construye un *nosotros* —jóvenes de clase media y alta—, “gente normal” que se relaciona entre sí y busca en esta exclusividad la protección del peligro que supone la mezcla. Y así como se opta por evitar el encuentro en la universidad, también se procura en una escala mayor: la ciudad en donde la presencia de estos seres inferiores, pobres y sucios resulta inevitable: “Lo mismo con la ciudad...

uno no se puede relacionar con todo el mundo”, concluye esta joven.

En otro sentido, están los testimonios de quienes consideran al joven popular menos agente y más víctima de poderes armados o procesos sociales que han dejado como resultado un joven con escasas posibilidades de futuro. Para un sindicalista de los venteros ambulantes, quien dice encontrar en la exclusión social su principal fuente de temor, la sociedad es la responsable del camino ciego que han tomado: “No tienen otra salida que ser narcotraficantes, ser delincuentes o ser rebeldes. Aquí no encuentran trabajo, no encuentran estudio”. En el mismo sentido, un líder de procesos educativos de la Pastoral Social de la Iglesia resalta las condiciones de sujeción en la que se encuentran los jóvenes de los barrios populares: “Yo conozco muchos jóvenes que están metidos en los *combos*⁴⁹ sin querer, muchos jóvenes que tienen que estar metidos en los *combos* por supervivencia, muchas pedradas jóvenes que están metidas con los *pistoloquitos*”⁵⁰ de los barrios, porque tienen que estar ahí”. De acuerdo con este relato, se construye la percepción de un ser que a mitad de camino en su formación personal pierde toda capacidad de conducción de la vida, sojuzgado por los diversos poderes armados que aparecen como fuerzas poderosas, con capacidad de absorberlo o, sencillamente, por la ignorancia de la que también es víctima.

Sin embargo, no todos los pobres ni todos los jóvenes de estos barrios se quedan en el lugar de la carencia. Hay algunos que,

49. Se denomina así a los grupos armados pero que no necesariamente pertenecen a redes delincuenciales más amplias.

50. Se les dice así a los que poseen un arma y matan por dinero.

con esfuerzo, adquieren los atributos necesarios para merecer la ciudad⁵¹. Cuando a ellos se les califica positivamente, se resalta que las cualidades exaltadas son extraordinarias, es decir, se salen del comportamiento normal. Es esto lo que parece indicar la descripción que este hombre realiza de las personas que encuentra en su labor de voluntariado social: “Uno encuentra allí personas muy valiosas, que le enseñan a uno cantidades, personas supremamente inteligentes, supremamente capaces, con mucha voluntad de trabajo, con una solidaridad increíble”.

La avidez, disposición y receptividad para participar constituyen muestras de la capacidad que tienen de transformación y, por tanto, de que, efectivamente, merecen la ciudad. Así, mientras al resto de la población le basta con estar en ella para merecerla, estos deben exhibir una serie de actitudes que les permitan su reconocimiento. Un integrante de pastoral social, por ejemplo, después de describir las enormes precariedades en que viven, agrega: “Pero también hay cosas positivas: las ganas de vivir que tienen los líderes y las gentes de los barrios pobres, que le dan ejemplo a uno de capacidad de vivir, de ganas de vivir. Uno los ve desde la escasez que tienen y sin embargo, les propone cualquier capacitación, cualquier tipo de trabajo y siempre están pendientes de qué vamos a hacer para salir adelante”. Según esta percepción, a los pobres no les basta ser per-

51. Mónica Lacarrieu emplea este concepto para analizar los dispositivos políticos y urbanísticos empleados en la ciudad de Buenos Aires, desde la época de la dictadura, para construir una ciudad para “los mejores”. LACARRIEU B., Mónica. Entre vidrios polarizados y fortalezas blindadas. ¿Ciudades en guerra? Ponencia presentada al II Seminario Internacional sobre territorio y cultura: territorios de conflicto y cambio socio cultural. Manizales, Colombia, octubre 23-27 del 2001.

sonas, tienen que ser ciudadanos activos, líderes con iniciativa, con capacidad verificable para salir adelante. En esta dimensión ciudadana se juega la posibilidad de ser reconocidos⁵².

Finalmente, al lado de esta construcción de los pobres y sus lugares como un Otro en el que se concentran todos los males, es necesario señalar que también existe la imagen de quienes ven allí un espejo del presente y del futuro de la ciudad:

La ciudad tiene allí las claves de su presente y su futuro. La tiene porque allí vive la más cruda manifestación de lo que hoy somos: la diáspora antioqueña con sus múltiples expresiones culturales y económicas, las secuelas de la extensa crisis de plata y de moral: las expresiones de delincuencia que surgen de su caldo de cultivo. Allí está el resultado más multitudinario de lo que no hemos sido capaces de arreglar. Pero, justamente porque sus pobladores han resistido a todos los agobios, sin claudicaciones ante el estigma y sin contaminarse ante el armamentismo ambiental, es por lo que desde allí florecen las más claras expresiones de vida y futuro⁵³.

Hemos intentado demostrar en este capítulo cómo operan la individualización y focalización de los miedos colectivos a través de estas figuras sociales y cómo este proceso adquiere,

52. Para Touraine la reivindicación de los sujetos no puede agotarse en la condición de ciudadanía. Desde esta mirada del pobre, la operación es al contrario: sobrevaloración de los atributos de ciudadano y subvaloración del sujeto. Ver: TOURAINE, Alain. ¿Qué es la democracia? Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1995. Sobre la relación ciudadanía-subjetividad ver también: DE SOUSA SANTOS, Boaventura. De la mano de Alicia. Lo social y lo político de la posmodernidad. Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 1998. Pp.285-341.

53. Periódico La Hoja. Comunas y corrientes. Medellín, abril de 2001. P.16 y 17.

en muchos casos, sentidos diferenciados de acuerdo a especificaciones propias del anclaje social — como el género, la edad o el estrato social—. Esto es, cómo se entiende el miedo como construcción social.

Las amenazas que se nombran a través de estas figuras hablan de destrucción y muerte; de la pérdida de la vida, los bienes y la libertad; del trastocamiento de valores y la debilidad de referentes de orden y autoridad; de un profundo sentimiento de vulnerabilidad ante la coacción que, en la vida diaria, ejercen los poderes armados y la escasa protección otorgada por quienes representan la institucionalidad; y de la incertidumbre que todas estas amenazas extienden, desde la cotidianidad, sobre el presente y el futuro inmediatos.

Si bien la concreción de las amenazas permite nombrar los miedos, es necesario señalar también que ello ocurre sobre la base de una enorme simplificación de la complejidad de la realidad social en la que emergen. No de otra forma puede entenderse el peso que adquieren los pobres, y de manera particular, los jóvenes de barrios populares, como portadores privilegiados de gran parte de las características con las que se describe lo amenazante y peligroso. Depositado el miedo en ellos, bastaría con aguzar las estrategias de distanciamiento y exclusión para conjurarlo. El estigma social fabricado sobre estos grupos poblacionales resulta siendo, desde esta mirada, la única posibilidad de acotar miedos que de otro forma parecerían inabordables.

La coexistencia de los atributos destrucción y defensa en la descripción de estas figuras sociales, nos permite entender que

la percepción sobre ellas —y por tanto, sobre las amenazas que representan— no es homogénea. Los miedos de todos adquieren matices y sentidos particulares dependiendo del lugar social desde el que se enuncian. Esto explica por qué una figura que para la mayoría está asociada a la muerte y a la agresión, para otra parte de la población (aunque menor) resulta ser justamente contrario: la única que garantiza protección ante otras figuras que se perciben como más amenazantes, tal y como vimos en la percepción que se tiene del miliciano en los sectores populares o del paramilitar en los medios y altos. Para entender la dimensión social del miedo no basta entonces con hacer el ejercicio clasificatorio de las amenazas; es necesario decir, además, quién tiene miedo a qué.

Si, como decíamos en un comienzo, lo que permite este acercamiento a los miedos es la comprensión de la sociedad que los produce, lo que parece dibujarse entonces es una sociedad enormemente frágil, con grandes dificultades para proveerse de recursos que le permitan vital, material y simbólicamente garantizar su continuidad. Pero a pesar de ello, la sociedad siempre encuentra, como veremos en el capítulo siguiente, líneas de fuga que, al fin de cuentas, nos permiten entender por qué la gente no sucumbe al miedo.

CAPÍTULO TRES
SEPARARSE, JUNTARSE O HUIR



El aquietamiento, la acción o la huida son, todos, caminos diferentes para responder al miedo. El miedo disgrega, aísla, encierra, crea barreras que rompen el tejido social e imposibilitan la comunicación y la interacción de sus partes, generando nuevas fuentes y formas de exclusión social y simbólica. Pero el miedo también vincula, propicia otras junturas alrededor de un sentimiento compartido de vulnerabilidad, reactualiza y potencia los acumulados sociales y culturales con los que cuentan los grupos sociales para garantizar la permanencia en contextos que, como éste, amenazan permanentemente con la alteración o la disolución.

A nuestro modo de ver, en este doble juego de lo que separa y lo que junta, de lo que activa y desactiva, de lo que emerge y lo que desaparece, es que es posible entender el impacto social y político de los miedos. Si bien estas respuestas se configuran en tendencias importantes e inciden en las formas de socialidad

y en la constitución de subjetividades, no obstante no son las únicas ni se presentan delimitadas nítidamente. Por el contrario, se inscriben en un juego que pasa por disputas, negociaciones, entrecruzamientos e hibridaciones constituyentes de expresiones mestizas que dialogan con la globalización y se resignifican desde lo local y próximo¹.

La desconfianza: manual para monitorear un entorno miedoso

La vida cotidiana, que tiene como aspecto relevante “la producción y reproducción de aquellas certezas básicas sin las cuales no sabríamos discernir las nuevas situaciones, ni decidir qué hacer”², se ve alterada por el miedo, es decir, por la toma de conciencia de los peligros, y también, por algunas de las respuestas que se ponen en marcha, con las cuales se tiene una mínima certeza de que se ejerce control sobre la fuente de la amenaza.

Una de esas respuestas es lo que se configura como “manuales de sobrevivencia urbana” que, según Rossana Reguillo, son “códigos no escritos que prescriben y proscriben las prácticas en la ciudad”³ y que circulan, entre otras formas, a través del rumor, distinguido por su carácter anónimo y propagación cara a

-
1. REGUILLO CRUZ, Rossana. Socialidad y medios de comunicación. En: Versión 5. Departamento de Educación y Comunicación. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco. División de Ciencias Sociales y Humanidades. México, abril de 1995. Pp. 31-42.
 2. LECHNER, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Santiago: Flacso. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1988. P. 57.
 3. REGUILLO CRUZ, Rossana. Ciudad y comunicación. La investigación posible. Mimeo. Ps. 13-14.

cara o, más recientemente, a través de mensajes por internet. Se suman a éstos, los mensajes institucionales que tienen en común con los primeros, una apelación a la desconfianza, como forma de sobrevivencia urbana.

Aprendizajes del rumor

El siguiente es un mensaje que se difundió ampliamente en octubre, mes en el que se celebra el día de los niños. Al tiempo, circularon rumores sobre el robo de niños en hospitales y almacenes o de su sacrificio por parte de sectas satánicas, formando todos ellos “un fondo previo de inquietudes acumuladas”⁴, que explica en gran medida la resonancia del mensaje:

Si Ud. tiene niños de edad escolar, o sabe de alguien que los tenga, por favor ponga atención a la siguiente información:

Una forma de calcomanías llamadas “Estrella Azul”, “Pirámide Roja” y “Ventana de Cristal” está siendo vendida o regalada a los niños en la escuela. Es un pequeño pedazo de papel que contiene estrellas azules o puntos de colores del tamaño de un borrador de lápiz; cada estrella esta impregnada de LSD.

La droga puede ser absorbida a través de la piel con un simple manejo de papel. También hay papeles semejantes a un timbre postal ilustrado con colores muy brillantes que tienen lo siguiente: Bart Simpson, Superman, Mariposas, Payasos, Mickey Mouse y otros personajes semejantes de Walt Disney. Cada uno está empacado en bolsas de celofán.

Por favor advierta de esto a sus vecinos, amigos y familiares y sobre todo a sus propios niños...

4. DELUMEAU, Jean. El Miedo en occidente. Madrid: Taurus, 1989. P. 273

Si sucediera que sus niños obtuvieran alguna de estas drogas, sus síntomas serían: alucinaciones, cambio de carácter, vómito severo, risa incontrolable, cambios de temperatura corporal.

Por favor reproduzca este artículo y distribúyalo en su comunidad y lugar de trabajo.

Logremos que la comunidad esté fuera de peligro para nuestros niños.

PROCURADURÍA GENERAL DE LA REPÚBLICA.

¡Pásenlo por favor! Aunque no tengan hijos seguramente tienen sobrinos.

Muñequitos inocentes para inocentes niños a quienes se pretende inocular una poderosa sustancia, utilizando situaciones tan cotidianas como las compras o regalos y en un lugar tan cotidiano como la escuela. Para muchos resultó creíble la amenaza, al actualizar una memoria histórica que ha referido repetidamente el temor al robo de los niños —representación de la criatura más vulnerable— y por la fuente que aparece respaldando la comunicación: La Procuraduría General de la República.

Se sospecha de vendedores y no vendedores, a la vez que se llama a la acción: “Advertir a los vecinos, amigos, familiares y, sobre todo, a los propios niños” y “Por favor reproduzca este artículo y distribúyalo en su comunidad y lugar de trabajo”. Las advertencias, recomendaciones y procedimientos a seguir, dan lugar a una comunidad efímera que comparte un aprendizaje: “se aprende cuándo, dónde y frente a quien tener temor”⁵.

5. ZUBILLAGA, Verónica y ÁNGEL Cisneros. La construcción social del temor a la violencia delincriminal. En: Revista mexicana de sociología Vol. 63. N° 1.

Si los rumores sobre el robo de niños circulan es porque, como ocurre con todo rumor, resulta de interés para quien lo difunde y para quien lo recibe. Con su típica fórmula: “a mí me contaron que...” o “yo oí decir que...”, se afirman comentarios que de otra forma sería muy problemático socializar, dado que “al rechazar toda incertidumbre, la población que acepta un rumor está haciendo una acusación”⁶. Esto cuenta una empleada doméstica acerca de su barrio:

Que están diciendo que no se puede salir a la calle después de las diez de la noche por el barrio, que porque hay mucha violencia, están matando mucho y esa advertencia es para todo el mundo... pues... dicen que son las bandas, pero uno en sí no sabe.

Lo que se ubica al centro es un miedo potencial: el riesgo de la amenaza existe pero aún está por suceder; es la posibilidad de que un daño que se ha oído le ha pasado a otros “me pase a mí”, de que los daños se reviertan “contra mí”⁷. Estos manuales cobran sentido, por tanto, respecto al tiempo venidero que se hace presente, sin embargo, en cada momento de la cotidianidad.

Si la confianza tiene que ver con la expectativa de que el otro procederá de acuerdo a lo que de él se conoce⁸, la desconfianza, por el contrario se construye sobre la base de la incertidumbre

México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México, enero-marzo del 2001.

6. Ibid. P. 275.

7. SALCEDO, Andrés. La cultura del miedo. En: Revista Controversia N° 166. Bogotá: Cinep, 1996. P.108.

8. LUHMANN, Niklas. Confianza. Universidad Iberoamericana. Barcelona: Anthropos, 1996. P. 66.

con respecto al comportamiento del otro. Cualquier cosa puede esperarse; por tanto es necesario un mayor nivel de información que permita mínimamente orientar la actuación presente⁹. Desde ésta óptica se requiere incorporar a la vida cotidiana una serie de señales, de lo contrario no se podrá sobrevivir.

Hacer de la casa una fortaleza

Una de las estrategias ya probadas a través de la historia para defenderse de quienes se consideran portadores de amenazas es levantar murallas; barreras materiales o simbólicas que impidan el acceso de quienes se consideran portadores del mal. La construcción de urbanizaciones cerradas, algunas de ellas verdaderas ciudadelas volcadas hacia sí mismas, el cerramiento de viviendas individuales o, simplemente, la instalación de una serie de dispositivos tecnológicos que incluyen mallas eléctricas, perros guardianes, cámaras y circuitos cerrados de televisión, hacen parte de la materialidad de estas nuevas fortalezas.

La seguridad es un componente central de las ofertas urbanísticas, que en Medellín, como lo señala Jorge Echavarría, revela sus conexiones con otras dimensiones: un mayor valor económico, una comercialización más rápida y valores agregados como la seguridad de los niños y en consecuencia la tranquilidad de las madres¹⁰.

9. Ibid. P. 14.

10. Sobre esta perspectiva de análisis, ver: ECHAVARRÍA, Jorge. La vivienda: los miedos de la ciudad. En: El Miedo. Una reflexión sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, abril del 2002.

Protegerse tras las murallas de un enemigo que se piensa ha quedado afuera es el espíritu que cobija algunas de las medidas recientemente difundidas por organismos oficiales como forma de evitar el secuestro¹¹:

Elegir un piso de los más altos, en un edificio con vigilancia las 24 horas, con garaje interno y un buen control de acceso, o una casa en una urbanización bien cercada y protegida; tener luces fuertes que brillen desde la casa hacia afuera, para alumbrar todo el alrededor y para deslumbrar a espías o intrusos nocturnos; en lo posible, tener perros bien adiestrados; toda puerta debe tener dos cerraduras y cerrojos en lo alto y ancho de la puerta, o un sistema de cerrojos múltiples gobernado por una manija central, que enganche simultáneamente con los cuatro costados de la puerta; las ventanas y puertas de vidrio son puntos vulnerables, tanto por su fragilidad como porque permiten que los movimientos de los ocupantes sean controlados, las ventanas de abajo deben estar protegidas con barras por fuera, y todas las ventanas deben ser encortinadas.

Así, convirtiendo la casa en cárcel, se crea la ilusión de una protección que sin embargo es quebrantada cuando se descubre, en las noticias y relatos de otros, que también adentro se vive la fragilidad. Por eso no basta con las barreras materiales; es necesario aguzar la mirada para detectar y evitar el peligro. Levantar murallas materiales o simbólicas puede ser un ejercicio al infinito, pero como dice Jean Delumeau, llega un momento en que

11. GRUPO ANTISECUESTRO —Gaula—. Manual de prevención. Tema de reflexión N° 9: Sentido común y seguridad personal. Policía Nacional. Antioquia, 2000.

un exceso de seguridad no tranquiliza y la búsqueda febril de protección crea una nueva angustia¹².

Cualquiera puede ser un enemigo

“Desconfíe de todo desconocido, estos parecen ser amistosos, pero pueden ser peligrosos”, recomienda el mismo manual de seguridad. Las sospechas se van a fijar en primer lugar en los desconocidos, luego en los mal conocidos y en los diferentes, en tanto portadores de otro pensamiento, cultura o prácticas y estilos de vida.

A propósito del secuestro, el robo de carros o la extorsión se recomienda tener un manejo exhaustivo de los lugares que se usan habitualmente. Pero no se puede desconfiar totalmente, siempre y de todos; la desconfianza como forma de relación requiere de pequeñas porciones de confianza, en este caso la que ofrece por ejemplo el conocimiento del entorno y la relación con quienes hacen parte natural de él. Sólo así es posible detectar lo que es extraño a esta cotidianidad. Esto es lo que da factibilidad a recomendaciones como “estar atentos con las personas que están al salir o llegar a algún lugar” para poder detectar el peligro entre una larga lista de sospechosos: los vagos, los motociclistas, las parejas de novios, la gente en autos estacionados; cualquiera de ellos, si es extraño al lugar, puede estar cumpliendo una labor de vigilancia y constituir un amenaza potencial; una cierta forma de vestir, de mirar, de caminar o de hablar pueden ser los rasgos

12. DELUMEAU, Jean. “Seguridad”, Historia de una palabra y de un concepto. En: El Miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, 2002. P. 71-82.

inconfundibles del enemigo y permiten activar las alarmas. Una joven universitaria de estrato 3 cuenta:

Por ejemplo cuando veo un par de tipos *raros*, yo no paso por ahí, yo me devuelvo; una vez... yo iba subiendo para mi casa y un tipo se paró al pie de un árbol, entonces bajaba una señora y le dije: ¿Qué hay?, ¿Cómo está? Me hice que era amiga de ella y le dije: ese tipo me va atracar y ella me dijo: ‘ sí, tiene una cosa en la mano’. Entonces yo me devolví, di una vuelta, esperé un rato y me fui por otra calle. Eso es precaución.

En este caso es clara una respuesta de evitación a partir de un sentimiento de inseguridad más que a partir de una inseguridad objetiva. Operó un *a priori* que le indicaba que el hombre era *raro* y lo asimiló a la posibilidad de que pudiera ser un atracador, de ahí que lo evitó; a la vez, estableció complicidad con otra persona, percibida como *normal*, quien le responde para participar del simulacro de la amistad. Para que fuera posible esta complicidad protectora seguramente se presentó un intercambio de gestos y sentidos; más precisamente de “ritos de confianza” en la vida cotidiana, usados en este caso para responder entre dos a la desconfianza generada por el hombre encontrado en el recorrido a casa.

De otro lado se recomienda tener precaución con quienes tocan de puerta en puerta ofreciendo productos o pidiendo limosna. Hasta hace muy poco estos hacían parte de la cotidianidad de los barrios. Sin embargo, muchas de las historias sobre atracos y robos a residencias se tejen en torno a ellos.

Es claro que en estos casos la diferencia está dada por la condición de pobreza, frente a lo cual hay certeza, pero la duda está

fundada otra vez en la idea de que se recurre al engaño, a las trampas, a la mimetización. Ante la imposibilidad de predecir sus mil formas y no caer en la trampa, la recomendación es sencilla: no abrir nunca la puerta a alguien desconocido; desconfiar de los venteros igual que de los menesterosos pues “pueden parecer inofensivos pero no lo son”, labor que se facilita en urbanizaciones cerradas donde generalmente está prohibido el acceso de todos estos personajes y que obliga, en las casas particulares, a hacer de este un principio inquebrantable para cada uno de sus miembros.

También frente a situaciones que se salen de una cierta rutina es necesario mantener una actitud desconfiada: un accidente, un árbol, un carro o cualquier cosa que obstaculice la circulación; situaciones que quizás en otro contexto despertarían una reacción de solidaridad o sencillamente de precaución, aquí activan de manera inmediata la alarma de la autoprotección y, por tanto, la indagación por lo que realmente quieren indicar, teniendo como primera opción la interpretación de que quizás sea un truco para hacer detener el auto y entonces secuestrar o atracar.

El sentimiento de inseguridad y la situación objetiva que muestra una estadística relativa al robo de vehículos ha convertido en norma una infracción que ahora es socialmente aceptada y, desde las autoridades competentes, recomendada: no obedecer en las noches a la señal de los semáforos. Esto, que parecería una norma elemental de comportamiento ciudadano constituye, al decir de la gente, una de las situaciones de mayor riesgo en la cotidianidad. Por eso, y a pesar de que las autoridades reguladoras del tránsito tienen establecidas sanciones para esta in-

fracción, el sentido de supervivencia indica que allí no se debe parar: “La ley enfrentada al instinto de conservación”, se dice¹³. Mantener las ventanillas cerradas y evitar pasar por los lugares donde se ha comprobado una mayor frecuencia en el robo de vehículos hacen parte de estas medidas preventivas.

En el ejercicio de particularizar el miedo como forma de domar la incertidumbre, se actualizan rostros en torno a los cuales se amplían los manuales de sobrevivencia; este es el caso de los taxistas. En torno a ellos se tejen miles de historias sobre la forma como han hecho parte, como víctimas o victimarios, del ambiente de inseguridad que se respira. Se les asocia con ajusticiamientos sistemáticos de personas identificadas con el robo de carros y, al mismo tiempo, como sus víctimas; con las guerras por el control del mercado de drogas en sitios específicos de la ciudad; con secuestros y extorsiones y, recientemente, como autores de los *paseos millonarios* a los que ya hicimos referencia. Poco a poco, el taxista ha empezado a ser un personaje al que ya no se le mira desprevenidamente, simplemente como un trabajador del servicio público; tras de él hay multitud de historias a las que se le vincula, real o imaginariamente; por eso frente a él se actúa de manera defensiva.

El manual de protección indica que no se debe tomar un taxi sin verificar si está afiliado a una cooperativa; pedirlo telefónicamente e informar a otras personas el número del móvil; si se coge en la calle, evitar taxistas jóvenes y mal presentados; y, preferiblemente, tomar este servicio en grupo. Esta última re-

13. Periódico El Colombiano. Semáforos en la noche: parar o no parar. Medellín, 18 de marzo del 2001. P. 6A.

comendación es equivalente a lo que Goffman¹⁴ ha denominado emitir “una señal de vinculación”, como posibilidad de aumentar la confianza para incursionar en la vida urbana.

Vigilar el mundo cercano

La relación entre el mundo desconocido y el miedo es mucho más aceptada y generalizada que la asociación entre lo próximo conocido y el miedo. No obstante, hacia allí también se dirigen una serie de orientaciones que provocan, igual o más que las anteriores, enormes cambios en la vida cotidiana, mundo habitual e inevitable.

Ante eventos como el secuestro, la extorsión o el atraco, especialmente de personas que vienen del extranjero y se desplazan del aeropuerto localizado en el municipio de Rionegro hasta Medellín, las autoridades recomiendan hacer un análisis exhaustivo de las personas cercanas: aquellas que, teniendo dificultades económicas, podrían ser vehículo de información para redes delincuenciales; las que se relacionan con el mundo de la droga; con las que se ha tenido roces personales y pudieran querer algún tipo de retaliación. Todas ellas pueden ser agentes o mediadores de esas actividades delictivas.

De otra parte, en un medio en el que la rutina se ve constantemente alterada por hechos violentos, se generaliza la idea de que mantener ciertos hábitos de desplazamiento, horarios, sitios frecuentados, también significa mayor riesgo. Por eso se dice

14. GOFFMAN, citado por SALCEDO, Andrés. La cultura del miedo: la violencia en la ciudad. En: Revista Controversia N° 166. Bogotá: Cinep, 1996. P.109.

“evite ser predecible, cambie de rutinas y horarios habituales, porque si su familia y sus empleados pueden dar la hora por usted, también lo pueden sus enemigos”, “no vaya siempre al mismo club, discoteca, o lugar de reunión, ni salga siempre el mismo día de la semana, ni a la misma hora”¹⁵.

Ser prudente en la información que se suministra sobre ingresos, desplazamientos y proyectos, aún en el entorno familiar, puede disminuir el riesgo. Tener bajo perfil, pasar desapercibido, no demostrar lo que se tiene, no ostentar, ser parte del común de la gente, constituye otra de las reglas de oro: “No se haga notar, la ostentación de cualquier tipo es un anuncio de riqueza, y así una invitación al malhechor”¹⁶.

Todas estas recomendaciones constituyen un manual de supervivencia que, sumado a los cambios obligados por la percepción de un ambiente de inseguridad, implica asumir nuevos hábitos y con ello, modificaciones en el estilo de vida. Así como la desconfianza exige un mayor consumo de energía en la búsqueda de información y lleva a cancelar o modificar el uso de lugares, horarios, prácticas y relaciones, así también va produciendo la inhibición de nuevas experiencias y aprendizajes deseados.

Si la confianza reduce la complejidad social ampliando las posibilidades de experiencia y acción, la desconfianza produce el efecto contrario: “Una persona que desconfía necesita tanto de más información como al mismo tiempo limita la información en la que se siente seguro que puede confiar... La posibilidad de

15. GRUPO ANTISECUESTRO, Op. cit.

16. Ibid.

ser engañado se convierte una vez más en algo que tiene que tomarse en cuenta”¹⁷. La desconfianza como modo predominante de relación produce además de más y nuevos extraños, un extrañamiento con la ciudad toda.

Geografías del miedo

Así como se recomienda una actitud desconfiada sobre ciertas personas a las que se les percibe como portadoras de peligro, igualmente se identifican lugares a los que no es recomendable asistir o sólo hacerlo bajo condiciones que se suponen favorables a la protección.

Restricciones en la vida cotidiana, desconfianza y exclusión social por la violencia urbana encuentran nuevos motivos en los efectos de la guerra que se vive en el país. Una de las formas como se percibió el acercamiento a la guerra fue a través del secuestro en las afueras de la ciudad, especialmente con las llamadas *pescas milagrosas*.

El oriente antioqueño es una región con muchos lazos con Medellín. Es común que la gente de clase media y alta tenga propiedades en este sector para visitar los fines de semana. Allí también se desarrollan ofertas urbanísticas dirigidas a estos mismos sectores, que hacen posible el sueño de apartarse del bullicio, la contaminación y el caos de la ciudad sin perder totalmente la conexión con ella. Pero quizás lo más característico en la ciudad es la realización de la tradicional *vuelta a oriente*, un recorrido turístico por algunos de los pueblos del oriente cerca-

17. LUHMANN. Op. cit., 1996. P.124.

no, que se ha convertido en una fuente de ingresos para muchos de los habitantes de la región.

Desde 1998, cuando se supo de la primera *pesca milagrosa*, muchos otros secuestros colectivos han ocurrido en las carreteras de esta región. Además es común la noticia de secuestros en fincas o establecimientos públicos; los atracos que se cometen a las personas que llegan al aeropuerto José María Córdoba ubicado también en Rionegro; la disputa abierta entre guerrilla y paramilitares por el dominio de esta región, la voladura de puentes, masacres y extorsiones cometidas por estos grupos o por redes de delincuencia común.

Como consecuencia de esto, las propiedades se han desvalorizado; cada vez son más las que se ofrecen al mejor postor y permanecen por más tiempo los letreros de “se vende”. La Aerocivil ha reportado en diferentes momentos una reducción considerable de los usuarios del aeropuerto y, en cambio, se han incrementado los vuelos del aeropuerto Olaya Herrera ubicado en el área urbana de Medellín. Las cifras de desplazamiento forzado de campesinos provenientes de esta región aumentan y los comerciantes reportan una baja considerable de sus ingresos dado el descenso del turismo. La alternativa parece ser simple: eliminar los usos de los lugares, como el oriente, altamente peligrosos: “No se puede salir por (la carretera) Las Palmas, no se puede dar el lujo de ir por ejemplo a Santuario, (...) usted construye aquí y está bien, pero le secuestran un hermano y usted tiene que irse porque le secuestran al hermano”, dice un docente. El manual de sobrevivencia insiste entonces sobre lo mismo: evitar los lugares peligrosos.

Igual orientación se aplica para el uso de lugares dentro de la ciudad. Hay una resignificación del adentro y del afuera, y entornos que hasta hace poco eran próximos geográfica y socialmente ahora son vistos desde las murallas construidas a través de nuevos distanciamientos.

El Hueco es el nombre que se le ha dado a un sector comercial ubicado en el antiguo barrio de Guayaquil, al frente del Centro Administrativo La Alpujarra. Se trata de un sitio tradicionalmente popular en el que se consigue ropa y electrodomésticos, muchos de ellos de contrabando, a precios más bajos. Esto ha hecho que en el último tiempo, y estimulado por la crisis económica, muchas personas de clase media hagan parte de su clientela. Así, además de una estrategia para poder seguir manteniendo un nivel de consumo, ha significado para muchos una cierta conquista de una parte de la ciudad.

En torno al sector de Guayaquil se construyó desde principios del siglo XX todo un imaginario que lo asoció a los bajos mundos, al malevaje, la prostitución, los juegos prohibidos, el licor y la delincuencia. De lo que fue este sector ya quedan pocas huellas no obstante la idea de que es un sitio peligroso se mantiene y se actualiza en torno a lugares como El Hueco. Si bien los comerciantes han construido allí todo un dispositivo que se apoya en una red de vigilancia comunitaria, en el imaginario persiste la idea de que para estar allí hay que saber cuidarse. Una joven universitaria, de estrato 3, usuaria de este comercio, dice:

A mí sí me atemoriza mucho el Hueco, sobre todo, cuando voy a comprar cosas o voy con plata. Es solamente por el rumor,

porque a mí jamás me han atracado, pero sí, el hecho de que la gente diga que atracan mucho, entonces yo siempre voy prevenida.

Para otra joven de clase alta, también el comercio de El Hueco y algunas salas de teatro son las motivaciones que tiene para visitar el centro. Pero nunca va sola (“yo sola no sería capaz de ir al centro, me da miedo,” dice), no porque le haya pasado algo sino porque se reconoce portadora de “una idea que se tiene” sobre estos lugares: “A mí no me ha pasado nada, pero uno oye: ‘Ay, tan horrible, a mi hermanito, a mi tío o al que sea: que me arrancaron la cadena’... entonces, es como la angustia, y no, yo no quiero pasar por lo mismo”. Para ella estos relatos son verdaderos y hacen parte de un saber colectivo que actúa como estrategia de supervivencia.

Pero el miedo no desaparece cuando hay un mayor conocimiento y proximidad. Aún entre las personas que lo usan diariamente, la sensación de peligro y la prevención se mantienen. Una joven de un barrio popular que lo visita diariamente por razones de estudio y por las actividades propias de su gestión como líder, después de hablar de la importancia que para ella tiene el centro como lugar de encuentro afirma que también la atemoriza por lo que le dicen:

Yo siempre ando con susto porque siempre que bajo me dicen: cuidado por allá, no se vaya con plata por allá; pero no, nunca me ha pasado nada, pero uno ya como que está prevenido, entonces ya uno dice: verdad, qué susto por acá, entonces casi siempre voy con alguien.

Si bien no relata la experiencia de atraco, reconoce los sitios de inseguridad porque se lo han advertido, le hacen recomendaciones y le entregan un manual de protección. Se trata de un miedo transmitido.

El miedo al robo, *por lo que le dicen*, indica que no existe una relación directa entre la ocurrencia de un evento generador de miedo y el sentimiento de inseguridad. El miedo que habita en el imaginario de los ciudadanos, que es capaz de provocar inseguridad y temor a partir de imágenes relacionadas con espacios, personajes, y situaciones, posibilita la discriminación anticipada del lugar. Es así como se particularizan sitios que no son conocidos o en los que no se ha estado nunca, pero por referentes que se tiene de ellos, ya sea desde los medios o desde los rumores, la gente no los frecuenta o lo hace con una serie de precauciones como no ir sólo, despojarse de objetos o hacerlo sólo a ciertas horas.

Lo que hasta aquí se presenta muestra cómo el vivir la ciudad implica “la puesta en juego de una serie de competencias y simultáneamente de dispositivos que mantengan ‘a raya’ todos aquellos elementos (materiales y simbólicos) que ‘se cree’ irreflexivamente, representan una amenaza, un riesgo para la vida propia y la del grupo”¹⁸. Sin embargo, la vida continúa y las restricciones, aunque predominantes, no llegan a ser absolutas, pues también se dispone de “un caparazón defensivo o *coraza protectora* que todas las personas normales llevan consigo

18. REGUILLO, Rossana. Ciudad y comunicación. La investigación posible. Mimeo. P. 6.

como medio que les permite salir adelante en los asuntos de la vida cotidiana”¹⁹.

Otra respuesta encontrada frente a los territorios percibidos como peligrosos es asumir a cabalidad la inevitabilidad del peligro y la ineficacia de todas las medidas preventivas; ¿De qué sirve adoptar precauciones, puesto que todos vamos a morir? se preguntaron los londinenses ante la magnitud de la peste; y a partir de entonces “no trataron ya de evitarse unos a otros, no se quedaron ya encerrados en sus casas, fueron a cualquier parte y por todos los lugares”²⁰. Morirse de la peste y no del miedo a la peste tendría la traducción de morirse por cualquiera de las amenazas presentes y no por el miedo a ellas. Obedeciendo a este espíritu, muchas personas han decidido no encerrarse, no evitar el peligro, no desconfiar, tal como cuenta este hombre:

A mí me dicen no vaya a El Peñol... y decir que uno no tiene miedo es mentira, lo que pasa es que aprendemos a vivir con ese miedo, porque uno siempre sale y todo lo convierte en charla. Lo mejor para disipar el miedo, yo creo, es la charlatanería, porque el miedo está, porque si vemos que un carro nos frenó adelante, ya nos tensionamos. Yo no dejaría de salir a la vuelta oriente, por decir algo, por temor, porque hasta ahora no he recibido una amenaza, pero tengo un hermano que justifica la no salida, porque ha sido amenazado...

Actitudes como estas se convierten en noticia cuando parecen ir en contravía de lo que el sentido común señala como medida

19. GUIDDENS, Anthony. Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona: Ediciones Península S.A., 1998. P. 56.

20. DELUMEAU, Jean. Op. cit. P.190.

preventiva: “Muchos paisas no dejan su paseo dominguero. A pesar del miedo, también se sale”, “el bajón existe, pero no en la proporción que sugieren los hechos de orden público”, “es cierto, se sale menos pero los antioqueños no están escondidos”²¹. Las alternativas propuestas tienen entonces siempre su contracara: se intenta evitar el riesgo asumiendo la situación de encierro, o se enfrenta el riesgo tomando la opción clara de una mayor libertad.

Y, si nada es posible, huir

Otro camino probado para responder al miedo, a través de la historia, es huir. Si algún dato es representativo del ambiente que se vive y de las salidas construidas, este es el de las estadísticas de emigración hacia otros países. Según el Departamento Administrativo de Seguridad —DAS—, entre 1996 y 2000, 2.040.000 colombianos emigraron de Colombia²². Si comparamos esta cifra con el total de la población de Medellín, esto equivaldría a una desocupación de la ciudad. Mientras que los niveles de migración crecen a tasas del 5.5 % anual, la de crecimiento vegetativo de la población es de 2.2% anual²³. En Antioquia se expidieron en 1997, 58.054 pasaportes, número que ascendió en 1999 a 106.281²⁴.

La gente huye por miedo y desesperanza. Acosada por el desempleo, las deudas, la violencia y, sobre todo, por un futuro po-

21. Periódico El Colombiano. A pesar del miedo, también se sale. Medellín, octubre 17 de 1999. P. 3A.

22. Periódico El Colombiano. Pacto para no irse. Medellín, julio 30 del 2000. P. 8A.

23. Revista Cambio. Por unos dólares más. Bogotá, 14 de mayo, 2001. P. 36.

24. Periódico El Colombiano. Pasaportes al por mayor. Medellín, julio 30 del 2000. P. 12A.

lítico, económico y social incierto, pues como dice Norbert Lechner: “Cuando la continuidad del orden no está relativamente asegurada, nadie se arriesgará a invertir su tiempo, su energía, su bienestar y sus esperanzas en un orden sin perspectiva”²⁵.

Cada vez son más las historias de empresarios que se van con sus empresas y su capital al extranjero; de gente de estratos medios y altos que buscan con la salida del país fraguarse un futuro que aquí parece totalmente hipotecado. Para quienes optan por este camino y para los que quisieran hacerlo pero no tienen los medios, esta es una respuesta que permite recuperar una mínima confianza sobre el futuro, así sea por fuera del país:

No nos vamos porque no tengamos trabajo, es más, sentimos que estábamos muy estables, pero corremos el riesgo... En las empresas están recortando personal y aunque uno siente una relativa estabilidad, la pregunta no se escapa: ¿cuándo nos tocará el turno?²⁶

Es bien claro que la falta de confianza en el futuro obliga a tomar medidas que garanticen alguna certeza, que en este caso equivale a “vamos a ganar en calidad de vida, en menos zozobra”²⁷.

Para otros por el contrario, esto significa abandono y deslealtad con la patria y con la región. Por eso algunos empresarios han impulsado el *Pacto para no irse del país*: “Es cierto que muchas

25. LECHNER, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Santiago de Chile: Flacso, 1988. P. 82.

26. Periódico El Colombiano. Mayo 9 de 1999. P.10A.

27. Ibid.

personas siguen buscando visas para salir del país. Pero también lo es que la mayoría de empresarios se mantienen firmes al frente de sus negocios”²⁸, dice una nota periodística al respecto.

La vieja oposición entre héroes y cobardes se actualiza a propósito de esta respuesta. Por prensa e internet circuló el siguiente mensaje, dirigido a quienes deciden irse:

¿Quieres marcharte? Vete de una vez, vende todas tus propiedades y móntate en un avión que te llevará a un destino seguro, donde no tendrás que emprender grandes luchas porque todo será tan organizado y tan apacible que no encontrarás nada qué cambiar. Acepta de un todo y por el todo que te quedó grande el reto que Dios, o la vida, o quien creas que haya sido, te impuso al hacerte colombiano, hijo de un país en el que todo está por hacerse.

Cuando los titulares mejoren, y créeme que lo harán, no se te ocurra volver a saborear las mieles de un triunfo que no te pertenece, porque puede que por tu pasaporte o por nacimiento sigas siendo colombiano, pero la patria es como la esposa: se debe querer en la pobreza y en la prosperidad, en la salud y la enfermedad, y al abandonarla pobre y acabada, pierdes el derecho a gozarla próspera y reconstruida. Adiós para siempre, ex compatriota²⁹.

La desconfianza se concreta entonces en una estrategia de distanciamiento y también en una simplificación de la realidad,

28. Periódico El Colombiano. Algunos se han ido pero aquí nos quedamos. Medellín, julio 30 del 2000. P. 11A.

29. OPINET. Publicación virtual. [Opinet.2000 @yahoo.com](mailto:Opinet.2000@yahoo.com)

como ha ocurrido con las campañas que, fundamentadas en la fidelidad a la patria, indican que ante la situación de crisis económica y de guerra el único camino correcto es resistir, sacrificarse si se requiere, pero no renunciar.

Si bien desde un punto de vista podría plantearse que muchas de estas actitudes y comportamientos son inherentes a la ciudad —puesto que en las relaciones impersonales y a distancia está su esencia—, cuando se exacerbaban de este modo es necesario entonces recordar que también de la vida urbana hace parte la libertad, la espontaneidad, el derecho a perderse, a cambiar de rumbo y a elegir quien es depositario de confianza, aspectos constreñidos en este tipo de respuestas frente al miedo.

Lo que estos manuales orientan es el cálculo milimétrico y cualquier cambio en el libreto puede tener graves implicaciones. Entre el ¡Haga tal cosa! o ¡No haga tal otra!, queda preso el ciudadano, no sólo del miedo sino de la culpa. Según estos manuales, cualquier desobediencia a las recomendaciones podrá acarrearle un mal mayor. Evitar el peligro está, por tanto, en manos de cada persona.

No obstante, desde otra perspectiva, en la medida que aumentan las fuentes de amenaza estos manuales producto de la experiencia y la indefensión también se convierten en una forma simbólica de domesticación del miedo y aquí, como vimos, son múltiples los caminos. Incluso el señalado por quienes, como este hombre de clase media cree que el miedo es aprendido y por tanto, es posible también, desaprenderlo:

Es que el miedo lo inventamos nosotros, tenemos miedos inventados, heredados, contados y medios para mantenerlos... yo nací en una época en que todo era pecado y miedo y un día me dije a mí mismo, es que el miedo me lo invento yo.

En síntesis, desde este campo de respuestas, el vínculo comunicativo se deteriora y predomina la búsqueda de refugio. El imaginario sobre la violencia profundiza la exclusión y reafirma construcciones sociales preexistentes, que han levantado viejas murallas entre un *nosotros* y un *otros*, negando la vivencia y participación de la diversidad. Se profundiza el temor a la mezcla, a la proximidad de los desconocidos, poco conocidos o a los diferentes.

La fuerza adhesiva del miedo

Al lado de las anteriores respuestas practicadas en el ámbito de la vida cotidiana, fueron identificadas otras que se empeñan en la búsqueda de continuidad y certezas y se basan en formas diversas de estar juntos. En Medellín, en particular, la sensación de hundimiento a partir del narcotráfico, la incertidumbre con la crisis económica y el empobrecimiento, las amenazas propias de la guerra agravadas por la diversidad de actores armados, la percepción de caos y el miedo al pecado, han provocado respuestas que serán descritas en este capítulo como comunidades emocional, imaginada y de creyentes. Como veremos, esta clasificación se corresponde con la caracterización de coyunturas sociales concretas, lo que hace evidente que para cada miedo o conjunto de miedos hay una respuesta específica.

Una comunidad emocional

Diferentes expresiones de la guerra hacen parte de la atmósfera del país y de la ciudad durante los últimos años. Entre ellas el secuestro ha sido especialmente notorio, dada la frecuencia y emergencia de modalidades diversas ejecutadas por la guerrilla, los paramilitares y la delincuencia organizada, y la preponderancia otorgada por los medios de comunicación, quienes pusieron en primer plano una serie de eventos y afirmaciones, que incrementaron la percepción del secuestro como un riesgo generalizado.

Como respuesta a estos hechos y basada en la definición de un *nosotros* construido a partir de la asunción de la condición de víctimas, reales o potenciales, ha sido especialmente visible la expresión de una comunidad emocional, entendida aquí, tal y como propone Mafessoli, como aquella caracterizada por la presencia de algunos de los siguientes rasgos: “El aspecto efímero, la ‘composición cambiante’, la inscripción local, ‘la ausencia de organización’ y la estructura cotidiana”³⁰.

“Los buenos somos más”

En Medellín, un ejemplo de comunidad emocional como respuesta colectiva al miedo puede observarse las llamadas Marchas del *No más*, contra el secuestro³¹. Estas tenían como fin,

30. MAFFESOLI, Michel. El tiempo de las tribus. Barcelona: Editorial Icaria, 1990. P. 38.

31. A la convocatoria de País Libre, Asamblea por la Paz, el Mandato Ciudadano y muchas otras ONG se sumaron posteriormente las iglesias, los medios de comunicación, los empresarios, las instituciones educativas oficiales y privadas y el gobierno local.

“demostrarle a *los violentos* que *somos más* los que queremos el fin de la guerra”³² y manifestar que “rechazamos el secuestro, sea quien sea la *víctima* y sea quien sea el autor”. Así, en la toma de calles se generó un ámbito de inclusión que motivó los lazos de unión en torno al miedo: se representó a las víctimas como personas semejantes conduciendo a los demás a la simpatía y a la solidaridad. Como dice Rossana Reguillo a propósito de expresiones masivas en la ciudad de Guadalajara: “Cuando la victimización es el atributo que define las formas de auto y heteroconocimiento en la ciudad, se genera efectivamente un sentido de “cuerpo” cuyos lazos precarios e inestables configuran una comunidad emocional que dirige su energía contra lo que percibe como el enemigo externo o el trasgresor interno”³³.

Es en este sentido, que han tenido lugar una serie de campañas y estribillos que actúan como fuerza movilizadora de esta comunidad; tal es el caso de *Los buenos somos más* una consigna difundida ampliamente y que se expresa en marchas contra el secuestro y ante cada nuevo hecho especialmente amenazante. De esta forma se delimita un nosotros, comunidad de amenazados y víctimas que se identifican por oposición a los violentos, con lo que se alude de manera explícita a los actores armados. De ahí la afirmación en tercera persona “sin armas también podemos” y la referencia explícita y mayoritaria a los actores armados: “ELN, Farc, si no saben para dónde van, NO MÁS”,

32. Periódico El Colombiano. Silencio para reclamar la libertad y la paz. Medellín, julio 17 del 1999. P. 7A.

33. REGUILLO, Rossana. ¿Guerreros o ciudadanos? Violencia(s). Una cartografía de las interacciones urbanas. P. 4. Mimeo.

“por un país libre, fuera las Farc”, “la guerrilla colombiana es un fraude.”

En el conjunto diverso de estas marchas, aunque con menos énfasis, también se aludió al carácter violento de las condiciones de desigualdad económica y de la corrupción. “Ni la violencia política ni la violencia económica”, “hermanos paras, guerrilleros, corruptos de cuello blanco, NO MÁS”, “el pueblo ora por la paz, es quien lleva los horrores y las cicatrices de la guerra: ¡No más violencia! ¡No más secuestros! ¡No más corrupción!”.

También, y bajo una lógica de guerra, se señala como enemigos a los indiferentes y con respecto a los buenos se exige compromiso. Consignas como “No me duele la maldad de los malos, sino la indiferencia de los buenos” o “No me preocupa el accionar de los malos sino el callar de los inocentes”³⁴ están colocando como fuente de amenaza al *violento* y como sospechoso al *indiferente*. Con otro cartel expuesto en la marcha parece que se les presenta una alternativa a los buenos e indiferentes: “Si no sientes el dolor de tu país, pellízcate”, pero en todo caso “No más a la indiferencia”, “Frente a la muerte no más indiferencia”. Y con el peso de una gran responsabilidad con respecto al destino del país: “No caigamos en la trampa de la indiferencia, de nuestra actitud depende que Colombia no se siga desapareciendo”.

34. Consignas escritas llevadas durante la marcha contra el secuestro del 22 de Julio de 1999, en Medellín y reiteradas a propósito de eventos como la explosión de un carro bomba en el Parque Lleras del sector de El Poblado.

Los buenos somos más tiene una eficacia movilizadora que se reactiva y expresa en momentos de especial coyuntura, cuando la amenaza es percibida de forma más nítida y abarcante. La urgencia de la unidad entonces es explícita y se hace real en las calles, provocando la presencia de las más diferentes expresiones, lo cual también es un rasgo característico de la comunidad emocional. Marcharon organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, grupos deportivos, gremios económicos, instituciones educativas públicas y privadas, colectivos de estudio por la paz, movimientos pluripartidistas, familiares de los secuestrados, las iglesias católica y cristiana, organizaciones indígenas, organizaciones de voluntarias, la policía nacional, el mimo solitario, grupos artísticos, empleados y vecinos de barrio.

Allí se exhibieron menos impresos y pancartas partidistas y más cartulinas y mensajes elaborados en casa: camisetas con la fotografía del hermano, el hijo, el compañero de trabajo secuestrado o desaparecido, banderines con la imagen de Jesús, seguida de los mandamientos de la Ley de Dios, la reproducción de la imagen de Cristo crucificado con el texto: “Está martirizado el único sueño de la vida”, el escudo del Deportivo Independiente Medellín, el ataúd que, llevado por una comparsa, representa la muerte de la indiferencia.

Se marcha como víctima, familiar de ésta, como potencial víctima o como alguien que acepta no ser indiferente. Se construye un *nosotros* víctimas, buenos, activos, y un *otros* enemigos: los principales son los violentos, pero muy próximos a ellos están los indiferentes. A tono con este espíritu, un sacerdote hace un llamado concreto a los actores armados y a la población civil:

¿En qué anda la guerrilla en Colombia, dónde está su diálogo de paz, cuáles son sus propuestas de cambio para el país? Marulanda, el Mono Jojoy y los directivos de la Farc deben responderle al pueblo colombiano sobre esto, deben responderle, porque la amenaza viene de allá y lo vamos a pedir muchos colombianos por carta, porque le podemos enviar cartas a las Farc, a los paramilitares, a todo el que sea violento y al Ejército también. Usted mande cartas a los guerrilleros, a los paramilitares a los que están acabando con nuestro país... Sigamos adelante, no podemos caer en la desesperanza ni en el pesimismo, ni mucho menos en el temor o la apatía que fue lo que permitió que a este país se lo tomaran los ladrones de esperanza³⁵.

El miedo es presentado como una condición que unida a la apatía y al pesimismo facilita lo que se percibe como una toma del país por parte de otros, lo que se traduce entonces en *pérdida nuestra*.

Así pues, desde esta comunidad emocional se opera agregando cargas de valor, enseñando a tener más o menos miedo frente a una amenaza y a unos causantes del mal. Ser violento, bueno pero indiferente o pesimista es motivo de sospecha. Ser bueno y comprometido se percibe como garantía de futuro.

Unidos por el milagro de la vida

Otra expresión de la comunidad emocional puede leerse también en las respuestas y sentidos que se hicieron explícitos, de

35. GALLO, Gonzalo. Emisión del Programa radial Aeróbicos Espirituales. Cadena básica, frecuencia 820 AM, Caracol. Marzo 12 del 2002.

manera espontánea y a través de los medios de comunicación, a propósito de un evento terrorista sucedido el 18 de mayo del 2001 en el Parque Lleras en el barrio El Poblado, ubicado al suroriente de Medellín y reconocido como lugar de riqueza y prestigio³⁶.

Este hecho fue descrito así por los medios de comunicación: “La bomba del Parque Lleras en Medellín, que dejó ocho muertos y 138 heridos, ha sido atribuida a otra sangrienta *vendetta* entre dos viejos aliados: los paramilitares de Carlos Castaño y el grupo de sicarios La Terraza de Medellín”³⁷. Con estos elementos acerca de las causas del atentado y el poder que se expresa en los nombres de los actores armados involucrados se actualiza una experiencia dolorosa en Medellín a propósito de la violencia del narcotráfico.

“Con dolor, con estupor y rabia, Medellín se estremeció la noche del jueves por la explosión del carrobomba que sembró de muerte y destrucción el Parque Lleras de El Poblado, un punto de referencia para el esparcimiento y el encuentro de amigos”³⁸. En este fragmento se encuentran presentes dos elementos que aparecerán recurrentes en las expresiones de muchas personas que inmediatamente y durante días después se volcaron con flo-

36. En el imaginario colectivo, decir El Poblado es decir barrio de *los ricos* de Medellín; una carga de sentido que pervive, a pesar de cambios tan significativos como la existencia de otros barrios con ofertas de vivienda para el estrato 6, y el cambio en la composición del mismo Poblado por el establecimiento de familias *emergentes* que a su vez motivaron la salida de algunos de los ricos de *siempre*.

37. ¿Quién pone las bombas? En: Revista Semana. Bogotá: Mayo 28 de junio 4 del 2001. P. 31.

38. Periódico El Colombiano. Editorial. Medellín, mayo 19 del 2001.

res al lugar: de un lado, se construye un sentido de cuerpo, que en este caso es Medellín, y de otro, los sentimientos compartidos por ese cuerpo: “Hoy Medellín entera, herida en el corazón, debe hacer del repudio y la condena de éste atentado, un nuevo motivo de superación, de solidaridad y de esperanza”³⁹.

En uno de los lugares comerciales más afectados⁴⁰ inmediatamente se remplazaron los restos de fachada con un telón blanco sobre el cual se escribieron frases que tenían como destinatarios a amigos y allegados que fueron víctimas o a un *otro* referido a los culpables y de manera significativa a Medellín. Allí se consignaron una serie de declaraciones y compromisos: “Aquí vivo y aquí me quedo por Medallo”. “Aquí estoy y aquí me quedo. No me voy y estoy feliz. ¡Medellín, te amo!”.

Un *nosotros ciudad*, que aparece como víctima, dolida, pero a la que también se le declara la decisión de acompañarla: “No me voy y estoy feliz “. Así, desde “una naturaleza social de los sentimientos”, se explica aquello que dice Maffessoli: “Nos indignamos en común” y ese común alude a vínculos territoriales, es decir, a una proximidad generadora de una *fuerza atractiva* que hace que algo tome cuerpo y desde ahí “se busca la compañía de *los que piensan y de los que sienten como nosotros*”⁴¹.

Un empleado de uno de los restaurantes del Parque Lleras destaca entre sus observaciones que muchas personas que no esta-

39. Ibid.

40. El café-restaurante bar Orleans.

41. Maffesoli, citando a Durkheim, desarrolla así el planteamiento de la comunidad emocional. Op.cit. P. 39.

ban en el lugar durante los hechos, insistían en traer historias para contar y hacerse a la idea de que, de algún modo, habían estado presentes allí: la persona que enfatiza que se retiró minutos antes, o el que estuvo el día anterior, o el que rechazó la invitación, o el que pensaba visitar el lugar durante esos días. Algo así como una justificación para sentirse una potencial víctima, hacer parte de ellas y participar de una forma muy cercana de la comunidad del dolor.

Pertenecer a Medellín y a una Medellín *herida* provocó una fuerza poderosa para buscar la compañía de los que se sentían como *nosotros*, víctimas, o como en las frases anteriores, un “nosotros” comprometido en salir adelante. La comunidad de víctimas por oposición a un enemigo, en éste caso transgresor interno, *bandidos*, *violentos*, *ellos*, reaparece en las frases siguientes:

Luchemos contra los bandidos trabajando con *nuestras* manos honestamente.

Si ellos tuvieron la fuerza para hacer lo que hicieron, tengamos nosotros la fuerza de seguir adelante.

¿Acaso la maldad trae igualdad? Le sugiero a los actores del conflicto armado no atacar a la población civil.

Aquí el *nosotros* se construye asociado a honestidad, fuerza para avanzar, sector al margen del conflicto. La expresión de un *nosotros* y de un *otros* toma formas diversas siempre sobre oposiciones totales como: “El negro de sus corazones y el azul de nuestra esperanza”. Las variantes no obstante, son menos significativas frente a la expresión nuevamente generalizada

Los buenos somos más, la cual apareció numerosas veces escrita en el telón y en los globos que en forma de corazón portaban los asistentes a los eventos colectivos en memoria de las víctimas, o en las reflexiones que circularon por los medios de comunicación. En el editorial ya citado se dice: “La solidaridad nos hará más sólidos y llegará el momento en que derrotemos definitivamente a los pocos malos que se empeñan en hacer de Medellín un lugar invivable”.

Como una continuidad del lugar desde el cual se viene respondiendo a las amenazas que se asocian a *los violentos* se dice en esta ocasión: “¿Será que los violentos no conocen el amor? Una bomba no estallará nuestros sueños de paz, no más... no más”, aludiendo directamente a las marchas del *No más*, como si esta situación de amenaza reactualizara la anterior y también la forma de respuesta. La reiteración de una fórmula simple que reduce la complejidad expresada en muy diversas situaciones y actores sociales a la misma oposición.

La comunidad emocional es una expresión de unidad efímera. Es una posibilidad vinculante que responde de manera espontánea e inmediata al miedo. No obstante, esta respuesta se instrumentaliza cuando se le asignan contenidos que bajo fórmulas simplificadoras y descontextualizadas conducen a la configuración de un *nosotros* definido por una carga moral desde la que cualquier matiz o diferencia da lugar a la construcción de unos *otros* enemigos. Así, el mundo dividido entre buenos y malos disuelve al hombre del medio y de ésta forma opera bajo la misma lógica de guerra que pretende combatir.

Una comunidad imaginada

La aproximación a la atmósfera cultural de Medellín indica la importancia de los medios de comunicación en la circulación de una serie de campañas que al responder a la crisis económica o a los efectos del narcotráfico, tal como se describirá a continuación, construyen o reafirman una comunidad imaginada, en el sentido de Anderson. Es decir, no definidas por su falsedad o legitimidad, sino por “el estilo con el que son imaginadas”⁴². Siendo nuestro interés más que el análisis de estas campañas, el develamiento de los imaginarios desde los cuales se construye la sociedad que se reafirma hacia el futuro a partir de la incertidumbre en el ambiente, resulta pertinente considerar los rasgos que en ellas se atribuyen a la comunidad imaginada.

Según Anderson, a propósito de la Nación, ésta siempre es imaginada con fronteras finitas, soberana y como una comunidad: “Independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la Nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal”⁴³. En el caso de Medellín, se van encontrando estos elementos que configuran un *nosotros paisa* alrededor de las siguientes campañas:

Todo será como usted quiere que sea

Bajo la modalidad de campaña y con el *eslogan* *Todo será como usted quiere que sea*, diferentes sectores de la empresa privada,

42. ANDERSON, Benedict. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. P. 25.

43. Ibid.

la Alcaldía Municipal y la prensa local promovieron, a propósito del paso al nuevo milenio, una estrategia para neutralizar la incertidumbre frente al futuro, agravada por la crisis económica.

La vinculación de empresas a la campaña se traduce en eslóganes que tienen como elemento dinámico el cambio de actitud y a la vez una creativa aplicación sobre el producto o servicio que ofrecen. Se constituyó así en pauta publicitaria de la oferta de cada empresa. Algunos de ellos dan ejemplo de la doble finalidad:

No más minutos de silencio. Hable. Así Colombia será como usted quiere que sea. ORBITEL (empresa de telecomunicaciones).

Póngase metas altas. Sus logros serán como usted quiere que sean ASCENSORES ANDINO.

Pesimismo. Optimismo. ¡De todos depende! La próxima noticia será como usted quiere que sea. Día a día lea EL COLOMBIANO. (periódico regional)

Si sigue dándole la espalda al campo, el campo le dará la espalda a usted. El campo será como usted quiere que sea. COLANTA (productos lácteos).

Partiendo del supuesto de que lo que está en la base de la crisis es una pérdida de valores, desde esta campaña se convocó a su recuperación como única posibilidad de detener el hundimiento. Así, dicen sus promotores: “Para salvarse del naufragio se emprende la recuperación de los valores; revivirlos, replantearlos, remozarlos y reeditarlos con un nuevo espíritu”⁴⁴.

44. Periódico El Colombiano. Una campaña para que el futuro sea mejor. Medellín, agosto 23 de 1999. P. 1A, 1B, 3B.

De esta manera se alude a unos valores situados geográfica y culturalmente. En la página editorial de la prensa local que adhiere a la campaña se dice: “Esa Medellín empujadora, optimista, cívica es la que hoy renueva su confianza en la paz y el desarrollo para que los empresarios colombianos crean en Colombia con la seguridad de que sus inversiones, no sólo las ejecutadas en la ciudad y en la región sean fructíferas en estas áreas geográficas que quieren salir del atolladero, con la mística, y el coraje proverbial de sus gentes”⁴⁵.

De este modo se evoca un *nosotros* apelando a la pertenencia regional y cultural. Una vuelta al pasado que coloca la historia como trasfondo confiable y exalta unos valores fundacionales compartidos, ahora presentados como garantía para asegurar el futuro: laboriosidad, tenacidad, pujanza, propios de una supuesta esencia denominada *antioqueñidad*. Converge aquí una matriz conservadora bajo la noción de la sociedad como un orden recibido, heredado, donde además de los valores históricamente consolidados están presentes los valores religiosos del sacrificio, la honra y la perseverancia. Se trata, como bien lo demuestra María Teresa Uribe, de un recurso mítico empleado por algunos sectores empresariales y políticos del departamento para conjurar la crisis: “Una fórmula para encubrir la nostalgia que produce siempre lo irremediablemente perdido”⁴⁶.

En estas campañas se encuentra una reedición de la respuesta de sectores de la dirigencia que convocan desde un *nosotros inclu-*

45. Periódico El Colombiano. La asamblea de la Andi. Medellín, agosto 19 del 1999. P. 5A.

46. URIBE DEH., María Teresa. Nación, ciudadano, soberano. Medellín: Corporación Región, junio del 2001. P. 98.

sivo, bajo la noción de una comunidad imaginada que supone la idea de una comunión que anula las diferencias, hace abstracción de las desigualdades de clase y étnicas, coloca como lugar de pertenencia un origen territorial compartido y la herencia de una cierta esencia dada por los valores que han llevado al estereotipo de la *raza pujante*” como elemento unificante y diferenciador respecto al resto de la nación colombiana.

*Ser paisa*⁴⁷ se divulga como una garantía de futuro en tiempos de incertidumbre. Así dice el canal regional de televisión: “Somos una región próspera, hacia un nuevo amanecer”. “Teleantioquia: mostrando siempre la naturaleza del antioqueño, los paisas *somos una raza pujante*”⁴⁸. Es la seguridad que da la familiaridad y el pasado, es la certeza de pertenecer a algo en un contexto donde la cotidianidad está marcada por la ruptura y la pérdida.

La visita al pasado y la reactualización de valores también apela a la actitud, tal como lo demuestra la divulgación del eslogan *Todo será como usted quiere que sea*. Si la línea divisoria en los *buenos somos más*, es la de buenos=activos vs malos=violentos e indiferentes, en *Todo será como usted quiere que sea* ésta se teje entre los optimistas=garantía de futuro vs. los pesimistas=corresponsable de los males⁴⁹. Así, no sólo se reduce la compleji-

47. Así se llama en el país a las personas provenientes de la región de Antioquia e incluso de otras regiones que fueron producto de la colonización antioqueña.

48. Teleantioquia. Canal regional de Antioquia, agosto 8 de 1999.

49. El optimismo como una respuesta que siempre habrá de aparecer ante cada situación de crisis; ante la peste, dice Delumeau, los médicos enseñaban “se evitará mejor la peste si no se cede ante el pánico, si se arma uno contra ella con buen humor y una fuerte serenidad estoica”. DELUMEAU, Jean, Op. cit., 1989. P. 186.

dad sino que se presenta una suerte de generalización de la culpa al considerar actitudes como la indiferencia o el pesimismo causales de los problemas y no su efecto⁵⁰.

Estas respuestas ante la crisis corren por dos caminos diferentes y complementarios. Uno enfatiza en la actitud e interpela a cada uno, situando en el centro las salidas honestas, el esfuerzo propio, la actitud positiva, y el otro poniendo en el centro el sentido de pertenencia tejido por los vínculos de la región que le vio nacer y le definió un ethos cultural. Pero ambos se encuentran para estimular unas respuestas de pensamiento y acción operativizadas por fórmulas como “Una visión positiva de la crisis. Creatividad y visión de futuro. Pensar, crecer, soñar y atreverse”⁵¹.

En este ambiente se difunde también una amplia oferta de conferencias de crecimiento personal y motivación sobre el poder de las creencias y los valores que se presentan como ayuda para convertir imposibles en posibles, ver retos en los obstáculos, encontrar en la crisis una oportunidad. En su decálogo para un fracaso seguro, Gonzalo Gallo, uno de los más acogidos conferencistas del país, alude especialmente al pesimismo y a la ausencia de compromiso. De manera irónica dice “Déjese llevar por el pesimismo... Negativismo unido a la desgana, la apatía y a la indiferencia. Sea usted un pesimista impenitente... Usted sabe que somos lo que pensamos: piense en el fracaso y será un fracasado”... Respecto al compromiso señala: “Ausencia de

50. Esta perspectiva ha sido asumida incluso en campañas presidenciales, que colocan al centro de la lucha contra el desempleo, la actitud positiva de todos los colombianos, y el pesimismo como una razón para el fracaso de las políticas.

51. Teleantioquia. Agosto 8 de 1999.

compromiso. Borre del disco duro de la mente términos peligrosos como entrega, pasión, dedicación y tenacidad. En su lugar escriba y practique antivalores como desgana, apatía, desaliento, inconstancia, indiferencia y mediocridad”⁵².

Aquí son presentados como antivalores la indiferencia, la dañina resignación y el pesimismo. La figura del pesimista en esta crisis constituye una fuente de amenaza, mientras asumirse como positivista implica acción, propuestas y cambio, sobre todo, un cambio de actitud.

De este modo se busca convertir el pesimismo en optimismo, la indiferencia en compromiso, la crisis como asunto negativo en la crisis como oportunidad. Se recurre a fórmulas que perpetúan la oposición tajante, buenos y malos, vida y muerte, oposición que subyace en las siguientes formulaciones: “Ante la crisis unos se superan y otros se desesperan”. “Mientras los pesimistas se quejan, los optimistas mejoran el mundo”. “Para las personas negativas, el año tiene 365 angustias, el día 24 desencantos, la hora 60 inquietudes. Con fe en Dios y en ti mismo lograrás que el año tenga 365 esperanzas, el día 24 satisfacciones y la hora 60 alegrías”⁵³.

En el mismo sentido se inscribe la labor de los medios de comunicación. La radio y la televisión presentan una serie de programas que atentos a la demanda de ayudas para pensar y actuar ante la crisis económica extienden consejos, fórmulas de

52. GALLO González Gonzalo. El arte de fracasar. Ediciones San Pablo. Bogotá, 1997. P. 36.

53. Ibid. P.125.

acción, tocan sentimientos, estimulan esfuerzos, ofrecen servicios, y presentan una gama tan amplia que puede ir desde un taller para hacer su propia empresa, hasta el número de la suerte con el cual puede arriesgar su futuro al azar.

Se recomienda vender a bajo costo, alquilar, innovar, ser creativos y tercos. Ante la pregunta ¿vamos a tener futuro? se responde afirmativamente: “con apoyo, trabajo y honestidad sí vamos a tener futuro”⁵⁴. De esta manera se cierra la pregunta y se cancela la incertidumbre, sembrando la certeza de continuidad a partir de acciones y actitudes cargadas de valor y convertidas en lugar común.

Para liberarse del miedo y del estigma

La respuesta que se describe a continuación también exalta, como la anterior, la comunidad imaginada, recurso desde el cual se construye certeza y continuidad en los momentos más críticos asimilados a ruptura y destrucción.

¿Qué se puede hacer cuando una bella ciudad, de múltiples atractivos turísticos, adquiere la imagen de ciudad peligrosa, propensa al crimen y penetrada del narcotráfico?

Esta pregunta, formulada por un relacionista público, se tradujo en una campaña publicitaria dirigida a contrarrestar los efectos del narcotráfico, la mala imagen de la ciudad, el miedo y las negativas repercusiones de éste en la industria, el comercio y particularmente en el turismo de Medellín⁵⁵.

54. Programa radial. Emisora Voz de Las Estrellas. Septiembre 8 de 1999, 9 a.m.

55. LÓPEZ LÓPEZ, Humberto. Del miedo a la atracción turística. En: Revista Virtual Chasqui. N° 70. Julio del 2000. En este artículo se encuentra la sustentación,

Cambiar la imagen de Medellín, “liberándola del estigma y del miedo”, fue su propósito, en correspondencia con la percepción generalizada del narcotráfico como un hecho doloroso asociado al derramamiento de sangre, a la disposición de los jóvenes para la consecución del dinero fácil, al hundimiento e impotencia, a la posibilidad cercana de convertirse en víctima de atentados terroristas indiscriminados. Situaciones asociadas a la violencia y al deterioro de valores éticos y morales.

“La larga noche de la violencia” es una expresión del autor para referirse a las acciones terroristas del Cartel de Medellín, orientado por Pablo Escobar Gaviria, quien según él, tenía como objetivo “atemorizar tanto al Gobierno como a la sociedad para evitar la extradición de los capos solicitados desde Estados Unidos”. Asociado a dicho objetivo se nombran una serie de situaciones amenazantes: “Las bombas explotaban entre las 7 y las 9 de la noche o entre las 5 y las 7 de la mañana. Por cada policía muerto pagaban dos millones de pesos, los magnicidios se sucedían periódicamente, el turismo se fue de Medellín, en el exterior cada acto de terrorismo marcaba a esta ciudad como un destino no turístico y las compañías de seguros endurecieron sus tarifas para quienes viajaban a Medellín”⁵⁶.

La campaña *Para salvar la ciudad* fue acogida por la dirigencia gubernamental y los empresarios de la ciudad: “Los alcaldes fueron los grandes líderes, la Cámara de Comercio coordinó

propósitos y diseño de campañas publicitarias como estrategia contra el miedo y la mala imagen de Medellín, causados por el narcotráfico. La reflexión que aquí se presenta se basa en el citado artículo.

56. Ibid.

muchas acciones, la Cámara de Turismo, capítulo Antioquia, y los gremios económicos” realizaron, según su impulsor, acciones orientadas al restablecimiento económico y social y sobre todo a una recuperación de la confianza con la cual se pretendía incentivar la inversión de energía y capital como una forma de hacer un futuro posible.

Para cambiar la imagen de Medellín se hace una intervención desde la cultura operando sobre lo que se identifica como las características prototípicas del antioqueño, convertidas una a una en componentes del programa de acción de la campaña. En función de tal propósito se exaltan cuatro aspectos de orden afectivo considerados propios de un ethos cultural paisa⁵⁷:

1. “El amor a Medellín por encima de todos sus sentimientos patrióticos y a través de la ciudad, su amor a Antioquia”.
2. Su amor a la madre por encima de todo sentimiento y la certeza de que “un antioqueño nunca habla mal de otro antioqueño cuando hay personas de otras regiones”.
3. “Entre dos productos, el paisa prefiere el hecho en Medellín”
4. El reclamo permanente del liderazgo paisa en Colombia lo cual ha originado la existencia de grandes colonias antioqueñas en otras ciudades del país y países del continente.

Se opera sobre una práctica común consistente en definirse como antioqueños por contraste y con el uso de la exageración, con la cual se establece respecto a *otros*, de otras regiones, una relación asimétrica y de superioridad.

57. Ibid.

En consecuencia, el programa de acción se proponía agitar una bandera que permitiera potenciar el amor por la ciudad, una campaña de imagen ante la prensa internacional, una serie de eslóganes con el nombre de la ciudad y la realización de eventos para recuperar la confianza que se traduciría en la reactivación del sentido de pertenencia a la ciudad, afirmación en los valores regionales, mejoramiento de la imagen y de la economía local. Veamos en qué consistía cada una de ellas⁵⁸:

1. La bandera Metro. “Cambiar la imagen de Medellín liberándola del estigma del miedo” tomó como bandera el metro, el cual se presentó con los superlativos y recursos que prometían satisfacer el ánimo protagónico de los paisas. Así dice el publicista: “El sólo hecho de decirle a la comunidad que el metro sería el primero de Colombia, el más moderno de América... llenó de orgullo a la gente toda, le fortaleció *el amor intenso por la ciudad*”

2. Presentación de Medellín ante la prensa internacional. Utilizando la misma clave, ahora para responder a la *mala prensa*, la campaña intervino sobre la imagen: “En 6 años produjimos 2.300 comunicados” distribuidos a periodistas internacionales, a la prensa turística y principales redactores económicos. Allí se presentó a Medellín como: “capital de cirugía cardiovascular, capital del humor, con los mejores servicios públicos de Colombia, con el proyecto ecológico más ambicioso; el Instituto Mi Río y el plan de reforestación, con un reconocido centro de negocios, Bolsa, Feria de ganado, Lonja, sede de las mayores cadenas comerciales del país, centro textil de primer orden”.

58. Ibid.

3. Eslóganes: Orientados a mostrar la vitalidad de la ciudad y la lealtad de sus habitantes: *Hecho en Medellín*⁵⁹ se pensó “para que todo producto tuviese en su etiqueta el “Medellín preciso”. Según sus promotores, esto simultáneamente dinamizó las ventas, la producción y llevó a los supermercados nacionales el mensaje requerido. *Diga con orgullo: quiero a Medellín*⁶⁰ es presentado como uno de los eslóganes más exitoso: “La campaña se extendió como pólvora y empezaron a surgir vallas, stickers, miles de volantes, aportados por tipógrafos y creativos”.

La muerte de Pablo Escobar se convirtió para éstos publicistas en una nueva oportunidad para demostrar el tesón paisa y la eficacia simbólica y emocional de sus acciones:

La noticia fue mundial. Generó gran descanso colectivo y la necesidad de restañar heridas, poner las banderas más alto, cantar victoria. Para ello sirvió enormemente la inauguración del metro, esperada durante diez años. La explosión de alegría, confianza y orgullo fue total. Medellín era la única ciudad de Colombia con metro⁶¹.

Ante la derrota del enemigo cobró vigor el imaginario de grandeza y a esto se sumaba el hecho de ser la única ciudad de Colombia con metro, asunto verificable y suficiente para tener como certeza de continuidad seguir siendo *nosotros paisa*. La forma como es imaginada la ciudad, por supuesto, exalta el

59. “Hecho en Medellín”, eslogan que correspondió a la alcaldía de Juan Gómez Martínez entre 1988-1990.

60. “Diga con orgullo: quiero a Medellín”, eslogan que correspondió a la alcaldía de Pablo Peláez entre 1984-1986

61. LOPEZ López Humberto. Op. cit.

metro y el posicionamiento de Medellín a partir de entonces, y no toma en consideración los cuestionamientos que desde el punto de vista ambiental, patrimonial y de costos económicos se hicieron a la obra.

Dando un parte de victoria se asume sin embargo que la lucha no había terminado. Se dibujan nuevos enemigos y se diseñan nuevas acciones:

La larga y negra noche del terrorismo narcótico concluyó felizmente. Sólo que pusimos tanto empeño en combatirlo que nos olvidamos de la guerrilla. Hoy es una amenaza para la ciudad, por eso ya empezamos a diseñar una segunda y victoriosa bandera: Medellín, ciudad Botero⁶².

Con esta afirmación es claro que las banderas presentadas, el metro y la Ciudad Botero, elementos distintivos de la cultura material, evidencian ideales de cambio y grandeza, lo que habla de una memoria que se repite, asociando progreso e infraestructura.

“El miedo es el mejor aliado de los violentos. Desterrarlo sin falsos heroísmos, fue un propósito”⁶³. Un sentimiento es combatido con otro sentimiento. Contra el miedo, la instrumentalización de estereotipos: el orgullo, la pertenencia a un *nosotros paisa* y una compensación del desaliento en tiempos de crisis. Se parte de un ethos centrado en la proximidad dada por los lazos regionales, heteropercepciones y autopercepciones compartidas, para favorecer una sensibilidad común, desde la cual se

62. Ibid.

63. Ibid.

retorna para reforzar el *nosotros*, comunidad de origen, y darle continuidad.

Los paisas somos lo mejor

Campañas como las descritas tienen acogida y algunos de sus eslóganes son incorporados y apropiados a la vida cotidiana por un amplio sector de la población, pues en el fondo constituyen un núcleo duro de las representaciones sociales que atraviesan diferentes anclajes sociales y culturales.

Esto es constatable en las respuestas que dieron cuatro mujeres al preguntarles qué representaba para ellas Medellín o qué encontraban de significativo en la ciudad en relación con situaciones, personajes y lugares. Las cuatro mujeres comportan características diferentes: dos jóvenes universitarias entre 18 y 25 años, una de estrato dos y la otra de estrato seis, y dos mujeres, entre 25 y 44 años, con anclajes electivos diferentes: una integrante de la iglesia cristiana evangélica y otra integrante de la Gran Fraternidad Universal, movimiento que se reconoce de la Nueva Era⁶⁴.

La joven universitaria de estrato 6, ante la pregunta por lo significativo positiva y negativamente de Medellín, empieza advirtiendo: “Yo tengo un problema y es que soy muy regionalista y para mí más lindo que Medellín no hay nada”. Aparece aquí un elemento comparativo que señala el carácter de singulari-

64. La no presentación aquí de las respuestas de hombres entrevistados no altera significativamente la comprensión del fenómeno; nos interesa resaltar, ante todo, las implicaciones por estrato y anclaje electivo.

dad por el cual Medellín es única. A renglón seguido evoca al Pueblito Paisa⁶⁵, una imagen emblemática de la cultura regional que evoca la vida pueblerina, y el sector empresarial: “A todo nivel, tenemos empresarios, tenemos una industria que es un ejemplo, tenemos unas Empresas Públicas que son un ejemplo a nivel mundial... todos esos aspectos, resaltan lo que es la cultura paisa.” Finalmente, de forma casi marginal y sin mucho énfasis, dice: “Es muy triste el contraste en esa misma cultura que yo hablo de pujanza, ver que tenemos zonas tan marginadas”.

Para la joven de estrato 2 merecen lugar de privilegio los espacios cotidianamente vividos, en los que destaca su barrio y la zona a la cual pertenece administrativa y territorialmente, los lugares verdes, y en el centro de la ciudad, los espacios públicos, como lugares de encuentro. Adicionalmente alude también a un evento emblemático, La feria de las flores: “Me parece muy significativa la feria de las flores... más que todo el Desfile de Silleteros⁶⁶. A mí me parece que eso marca la historia de la ciudad porque es algo de nosotros, es algo que viene de nosotros mismos... y siempre trato de ir, me educaron como en eso”. Tal como aparece dicho, ella es heredera de la idea según la cual existe una relación de continuidad entre los floricultores del oriente antioqueño, campesinos vinculados a la tierra y los habitantes de la ciudad de Medellín, en tanto aquellos consti-

65. Réplica de los pueblos típicos antioqueños construido en 1975 con motivo de la celebración del tricentenario de Medellín. Ubicado en el sector suroccidental de la ciudad, es reconocido como uno de los lugares turísticos más tradicionales.

66. El silleterero es un cargador de flores a la espalda que exhibe el arreglo floral y el arte de construcción de la silleta en la que las transporta. Evoca formas de transporte y relaciones coloniales entre amos y esclavos en Antioquia.

tuyen su origen. Con esta estampa se recoge la imagen de un *nosotros paisa*, pertenencia puesta en escena anualmente en el desfile, lugar y tiempo de la consigna: Cuando un silletero pasa, es Antioquia la que pasa. Al referirse a los problemas, señala inmediatamente: “Un hecho que me *conmovió* mucho fue la muerte del jugador de fútbol Andrés Escobar... Me dolió mucho que haya sido alguien de nuestra ciudad y que le haya sucedido algo así. Siempre me marcan los atentados, que hacen aquí, a mí eso me cuestiona impresionante, me afecta mucho... una masacre... una bomba”.

Para la mujer que participa de la iglesia cristiana evangélica, Medellín tiene la posibilidad de ser el Singapur latinoamericano, por la cultura, por los climas, por las riquezas que hay... “Singapur es uno de los países más ideales para vivir, allá no va a encontrarse un ladrón, ni los niños en la calle”, afirma. Según dice, Dios definió su misión en la vida al asignarle a Medellín como campo de actuación evangélica: “Empecé a entender que con todos sus contrastes, yo amo *a* Medellín... Yo veo esta ciudad y para mí, lo frustrante es que nosotros como antioqueños no entendamos el potencial y la riqueza que tenemos”. Expresamente ha declarado su amor por Medellín, su pertenencia a un *nosotros antioqueños* que se sobrepone a ser habitante de Medellín. Supone para esta ciudad la posibilidad de un futuro grandioso, tanto como el Singapur de Latinoamérica, no escapando tampoco al imaginario de superioridad con respecto a otras ciudades o de igualdad con las reconocidas por su grandeza; para ella, es posible llegar a ser seguros, equitativos y con riquezas.

Finalmente la mujer adepta a la Nueva Era dice: “Partiendo de mi creencia de que todos somos uno, cuando veo a Medellín yo sé que estoy viendo parte del universo. Veo situaciones de dolor, de tristeza, de alegría, de amargura, situaciones de desorientación, búsqueda, anhelos. Cuando veo a Medellín, la veo como esa ciudad síntesis”. Hasta aquí ella encuentra en Medellín una confirmación de sus creencias. No obstante, a continuación puntualiza: “ He tenido la oportunidad de viajar a varios países y a varias ciudades y yo en Medellín me siento muy a gusto, a pesar de todo lo que se habla de Medellín, me parece una ciudad hermosa, donde hay mucho potencial y hay una energía muy especial, muy maravillosa”. Lejos de la esencia paisa, en esta ciudad ella encuentra el universo y, de forma particular, se refiere en una segunda parte de su respuesta a *la tristeza que le producen* algunos barrios de Medellín por la enajenación y la pobreza.

Lo que se revela en estos relatos es que, al principio o al final, por la vía de afirmación o negación, son comunes las alusiones a ciudad única, especial, hermosa, atributos expresados por todas, lo que revela una unanimidad que atraviesa posiciones de clase y adscripciones identitarias. Un resultado significativo son los amores declarados a Medellín desde diferentes creencias y posiciones de clase, donde predomina el encanto por Medellín, imagen femenina de ciudad. No obstante con el amor y el encanto no desaparece un inevitable reconocimiento de lo que ella también alberga: inequidad, pobreza, violencia, enajenación, sinsentido, expresados en segundo lugar, en voz baja, con menos palabras, pero inevitablemente expresado.

Al presentar a Medellín hacen uso de la comparación y la exageración: “ más lindo que Medellín no hay nada”. “Las Empresas Públicas de Medellín es un ejemplo mundial”. Afirmaciones que como eslóganes son de uso corriente y encabezan un discurso, en el cual también aparecen sentimientos contrarios: dolor, tristeza, conmoción, amor, temor, orgullo, opresión. Cuando se hace referencia al futuro para la ciudad, en general éste es visto como grandioso, sin ocultar en algunos casos la decepción por la no correspondencia entre *pujanza paisa* y la incapacidad para reconocer su potencial y disminuir la desigualdad que guarda.

Las campañas entonces potencian unos lugares comunes que coinciden perfectamente con una parte de los expuestos aquí. Todo se hace sobre la base de la tipificación, ajustada en este caso a ese sentido de ethos paisa que ignora la diversidad étnica y cultural existente en la región y en la ciudad, y a la cual corresponde, en consecuencia, una diversidad de nociones de tiempo, espacio y proyectos de sociedad. La coincidencia está en lo que se califica con valencia positiva y con sentimientos como orgullo y grandeza, reafirmando una comunidad imaginada que, a la vez que oculta las disidencias y los matices, es eficaz, en tanto un antídoto contra el miedo es la unidad.

Comunidad de creyentes

El miedo es un sentimiento construido socialmente y modelado por la cultura. Ello explica la diversidad de percepciones y respuestas ante una misma amenaza, real o simbólica, tal como se verá a continuación.

La mediación cultural del miedo en este caso será leída desde un universo religioso por considerar que, frente a las condiciones que vive la sociedad contemporánea, uno de los dispositivos para afrontar la contingencia es la esperanza expresada a través de la fe, la creencia centrada en la confianza no reflexiva pero privilegiada por la eficacia simbólica de los mitos y ritos para aquellos que abrazan un sistema simbólico.

Algunos estudios recientes⁶⁷ han concluido que las religiosidades fundamentalistas y las corrientes híbridas de Nueva Era han conseguido interactuar con la globalización y la modernidad, gracias a que brindan certeza y seguridad a sus creyentes. Para ilustrar esto en la ciudad de Medellín, hemos tomado el caso de la iglesia cristiana evangélica Shaloom —que significa la paz sea contigo—⁶⁸.

Este acercamiento a la iglesia cristiana Shaloom⁶⁹ permite afirmar que cada uno de sus creyentes revela un fuerte sentido de pertenencia que define claramente un *nosotros* y un deber ser

67. URREA, Fernando y CASTRILLÓN, María del Carmen. Religiosidades fundamentalistas y alternativas en procesos de globalización. En: Revista de Estudios Sociales. Facultad de Ciencias Sociales Uniandes. Fundación Social. Bogotá, enero del 2000.

68. Se recogen, a través de conversaciones, entrevistas a profundidad y la observación etnográfica de sus eventos colectivos, las percepciones e interpretaciones de dos hombres evangélicos: uno docente universitario y otro docente de educación media; ambos ejercen como pastores de su iglesia. También de una mujer, igualmente de la iglesia cristiana evangélica, integrante de la Asociación de Ministros Evangélicos AMEN, quien se desempeña como administradora de empresas. Aparece además la voz anónima de pastores que orientan cultos u otros eventos masivos.

69. Una encuesta realizada reciente en Medellín, Cali y Barranquilla por el periódico El Tiempo, encontró que un 81% de los colombianos se reconocen católicos, un

en dicho marco, en oposición a una alteridad claramente construida. Uno de los pastores ha definido a su iglesia como “una comunidad de gente que se ama, se ayuda y glorifica al Señor”. Esta comunidad, que de manera más precisa se autodenomina “pueblo de Dios”, tiene un carácter exclusivo, pues según el pastor: “Así todo el mundo diga ‘somos cristianos por existir’, no son cristianos porque no tienen a Cristo en su corazón... El pueblo de Dios es el que lleva su nombre”.

A la definición del *nosotros*, le sigue la construcción de un yo explícito, que resuelve simultáneamente lo comunitario y subjetivo: “*Yo soy* pueblo de Dios, yo aquí he traído su nombre”. El *nosotros* es presentado además como una comunidad de privilegiados por su relación con Jesucristo, en abierta oposición con un *otros* pecadores. “Él nos está hablando a nosotros, no a los pecadores impíos sino a nosotros”.

Certezas en un mundo de incertidumbre

Los creyentes evangélicos tienen en la esperanza un dispositivo para afrontar la contingencia expresada en la fe y la creencia centrada en una confianza absoluta en la dirección de Cristo.

Respecto a dos problemas considerados como motivos de incertidumbre y miedo colectivo en Medellín, el empobrecimiento y

10.4% son participantes de diferentes denominaciones cristianas, un 3.5% dice pertenecer a otros movimientos evangélicos y un 1.3% son Testigos de Jehová. Esto significa que un 15.2% recoge a todas estas agrupaciones que se encuentran en la franja de protestantes, la diferencia más importante respecto a la religión católica, pues otras creencias presentan porcentajes poco significativos. Periódico El Tiempo. ¿Qué tan católicos somos? Bogotá, abril 8 del 2001. Pp. 4 y 5.

la violencia, se entregan certezas contenidas en una serie de expresiones suficientemente amplias como “al que me siga, nada le faltará” y “lo primero es el reino de Dios, lo demás vendrá por añadidura”. Más allá de las expresiones de fe se alude a situaciones empíricamente verificables que producen un mayor efecto de credibilidad para con el pastor y, sobre todo, en el poder de Jesucristo y de su bondad con los creyentes.

Así dice un pastor: “Hay historias verídicas de pueblos áridos... que no producían nada, se convierten sus gentes al Señor y se vuelven pueblos prósperos y hasta dan para regalar...”. Al respecto cita casos específicos en Centroamérica y Colombia e invita a conocerlos como experiencias exitosas que permiten probar que la abundancia se ha impuesto a la carencia por “creer en Dios y entregarle la tierra a Dios”. Durante las reuniones de ministros evangélicos o en las reuniones de la iglesia se socializan, a través de los testimonios de los asistentes, diferentes experiencias: curaciones, conversiones, prosperidad y algunas específicamente relacionadas con la vivencia de la pobreza o la pérdida de riqueza. La persona que da testimonio recibe la escucha de “sus hermanos” y la prédica del pastor que siempre ilustra, a partir de cada caso, el camino correcto orientado por Jesucristo, la necesidad de su dirección o la evidencia de su poder y su sabiduría, con lo que se alimenta una confianza permanente en su pertenencia a la comunidad y se estimula su fe cristiana.

Al lugar que en la vida deben ocupar los bienes materiales se sobrepone la dimensión espiritual y se aumenta la confianza en

que asegurando la presencia de Dios se asegura lo demás: “El problema del hombre no es de plata, no es el tener... No te preocupes por qué comerás hoy, qué vistes hoy, que a cada día le baste su afán. Busca primeramente el reino de Dios y su justicia y todo lo demás vendrá por añadidura”, dice el pastor apoyado en textos de la Biblia.

Se tiene además la certeza de que “lo que se le pida en oración, Él lo dará”. No obstante, cuando se presentan reiteradas pérdidas, dolencias, sufrimientos, también se tiene una explicación que en nada cuestiona la grandeza y la benevolencia divina. Una de las experiencias relatadas confirma lo anterior:

... Yo empecé a darle gloria al Señor de todo lo que me había pasado malo y bueno, porque después entendí que todo lo que nos pasa a los que creemos en Él nos ayuda para bien, por eso no me pregunto ¿Por qué me pasa esto a mí?, si no ¿Para qué me pasa esto a mí? Y con esto salgo buscando su dirección.

Lo que en el sentido común es un hecho próximo como la miseria, la enfermedad, el fracaso, en la religión —como señala Geertz⁷⁰— es una señal o un signo, y como tal hay que buscar su significado, que en cualquier caso será para un asunto superior, bien sea para un aprendizaje o una prueba para asegurar la salvación del alma. No renegar de Dios y de su amor ante un sufrimiento prolongado, a pesar de la buena conducta, es una virtud que lleva a la salvación del alma, que es el fin último.

70. GEERTZ, Clifford. La Interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa, 1993. Pp. 87-117.

La violencia en Medellín también es considerada como fuente de miedo por los creyentes cristianos, pero como señala uno de los entrevistados existe un privilegio de protección: “El señor me ayuda a vivir en paz en medio de la tormenta”. No hay negación alguna de la tormenta, pero se confía en que se vivirá bajo protección. Así presentan experiencias de salvación física respecto a situaciones de riesgo y con éstas hacen evidente que ellos gozan de una protección divina. Aunque agregan que si llegaran a presentarse *situaciones desagradables*, serían plenamente aceptadas por obedecer a la voluntad de Dios y por tratarse de un medio a través del cual se entrega un mensaje de vida y salvación.

...Yo viajo mucho por carretera y muchas veces la gente me dice: Ve, no salgás mucho por carretera porque puede haber pescas milagrosas, y hemos notado que muchas veces pasamos cinco minutos antes de la pesca milagrosa o el retén o pasamos cinco minutos después, pero nunca nos ha tocado un evento de estos. En mi caso particular he tenido la confianza en Dios constante, que nunca voy a tener una experiencia de esas desagradables, porque pues él dice que todas las cosas que le suceden a los que le aman, pues le ayuda a bien. Y el día que me vaya a pasar algo de eso, no va a ser ¿por qué?, sino, ¿para qué Dios me va a enseñar a vivir tal situación?

El creyente se asume como uno de aquellos que ama al Señor y en consecuencia como su beneficiario, pues está dicho que todo lo que suceda será para su bien, incluso los males del cuerpo y las pérdidas, pues ellas serán siempre inferiores frente a los beneficios del alma.

Además de la crisis económica y la inseguridad generada por la violencia urbana, la guerra profundiza la incertidumbre. Y también frente a ella se expresan certezas dadas por la participación en este horizonte de creencias:

Yo en Medellín veo una ciudad glorificando al Señor, veo inclusive a los actores más bravos inclinándose de rodilla... Y esta ciudad va a ser conocida por dos cosas: porque cambió de violenta a santa, y porque va a contagiar con su santidad a través de la Palabra de Dios, al mundo entero... La explosión terrorista va a ser remplazada por una explosión de fe, pero no en la fe que tenga, en que esto va a florecer, no. Es la fe que tenga en Jesús, en que Él va a actuar, fe en Jesús.

Si bien se alude al cambio, éste no es motivo de incertidumbre porque finalmente el futuro es conocido. Desde una perspectiva religiosa el orden es un regalo divino y a la vez un destino que nos acoge⁷¹, y Medellín no es la excepción; también en este caso, desde esta creencia, Jesucristo se impondrá.

“La Biblia es nuestra espada”

Así como operan los manuales de sobrevivencia urbana, regulando las relaciones con el entorno y con los otros, la Biblia es entendida como un “manual de instrucciones” que tiene por función modelar la vida cotidiana. Este ámbito en su marco de creencias representa simultáneamente el camino para la salvación del alma,

71. Según Norbert Lechner, esta es una perspectiva opuesta al orden laico, en el cual a diferencia del orden recibido se plantea el orden a construir, obra de los hombres y, como tal, futuro incierto. En: Los patios interiores de la democracia. Santiago: Flacso-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1988. P.76.

oportunidad para mostrarse día a día dignos del amor divino o, por el contrario, camino de perdición y condena.

“A la Biblia la llamamos la espada, porque con esto es con lo que nosotros hablamos”. Durante las conversaciones sostenidas se observa la consulta permanente de este libro, configurando un relato que intercala la palabra del hablante con su discurso de autoridad, en el que el lugar único y central lo ocupa la Biblia, libro sagrado de uso profano.

La Biblia responde a las más diversas búsquedas: La insatisfacción con el modo de vida, la presencia de acontecimientos que irrumpen en la vida cotidiana, los caminos sin salida, el desconocimiento de los fenómenos naturales y sociales; asegura así todas las respuestas y pone bajo control las angustias. Al describir el encuentro con la Biblia y el motivo que lo indujo, cuando aún no era un fervoroso creyente, un pastor cuenta:

Cojo yo la Biblia en esa crisis económica y miro la concordancia temática y busco: riquezas... riquezas... dinero... y en Proverbios aparece: ‘No te esfuerces por hacerte rico, sé prudente y desiste. Si te fijas bien, verás que no hay riquezas, de pronto se van volando como águilas como si les hubiera salido alas’
¿Qué vi yo ahí? Lo que me había pasado a mí.

También en este caso sucede una resignificación de la experiencia singular y personal. Quien consulta se ve representado en una problemática que coincide perfectamente con la suya, pero en un contexto que disminuye su dificultad. Para cada pregunta una respuesta; para cada vivencia, por nefasta que sea hay un sentido y, en consecuencia, una disminución de la angustia.

La Biblia para los cristianos evangélicos opera como una coraza protectora en el sentido de Guiddens⁷²: Aumenta el sentimiento de invulnerabilidad y orienta formas de vivir y enfrentarse a las amenazas de la vida cotidiana. Una directriz precisa les indica que deben acompañarse siempre de esta espada y de otras armas. Al respecto dice un uno de los pastores consultados: “Ande armado: cargue la Biblia. Pero también lleve algo efectivo: el folleto de las cuatro leyes espirituales. Y, primero, hable a Dios de los hombres, y luego háblele a los hombres de Dios”

“Reprendemos en nombre de Jesús”. La palabra como arma de protección.

Creer en la palabra, respetar la palabra, ampararse en la palabra⁷³.

Ampararse en la palabra constituye una práctica de protección entre los cristianos evangélicos, referenciada por los entrevistados a propósito del atraco, una modalidad delincencial ampliamente extendida:

Alguna vez nos pusieron un arma para atracarnos. Yo hice algo que hacemos normalmente, es que reprendemos en nombre de Jesús, en el sentido de que creemos que Jesús es una autoridad y que, de alguna manera, detrás de una persona que quiere agredir a otra, matarlo, hay espíritus. No que él sea un poseído como tal, no es que sea un títere del diablo, pero hay

72. GUIDDENS, Anthony. Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona: Ediciones Península S.A., 1998. Pp. 52-178.

73. Citado por pastor de la iglesia Shaloom.

influencias. Es la creencia que yo tengo personalmente. He reprendido y la gente se ha calmado.

“Reprendemos en nombre de Jesús” se presenta como una respuesta frecuente y compartida por un *nosotros* exclusivo, lo cual es aún más significativo si se conoce de la trascendencia y el poder que tiene la palabra en este universo simbólico. Se dice que la palabra produce vida, pero “no la palabra mía, sino la palabra transformada por la palabra de Jesús”. Una mujer evangélica explica que “cuando Jesús transforma, entra, filtra de mi palabra; entonces sale una palabra diferente que no te está tocando el pensamiento solamente. Puede tocar tu conocimiento, tu pensamiento, entonces toca tu corazón”. Quiere decir que la palabra como arma protectora da seguridad, en tanto presencia de Dios.

“Yo hice algo que hacemos normalmente”, da cuenta entonces de lo que significa participar de una matriz cultural, que “contribuye a generar en el actor individual que comparte esa cultura, la seguridad de que ‘sus alarmas’ operan de acuerdo al colectivo del que hace parte y que sus modos de respuesta son compartidos por su grupo —en sentido amplio de referencia—”⁷⁴.

Alguna vez por Villanueva, hacia el Parque de Bolívar, tres jóvenes me cogieron. Les dije: en nombre de Jesús. Les hablé del amor de Dios, ‘el Señor les ama’ —les dije—. Y terminamos hablando, dos de ellos terminaron llorando. Me dieron sus teléfonos, les hablé de la esperanza del Señor.

74. REGUILLO, Rossana. A ras del miedo. P.7 Mimeo.

Entonces, cuando en una calle cualquiera de la ciudad se puede llevar al agresor hasta el arrepentimiento, lo que efectivamente ha ocurrido para un cristiano es un doblegamiento del demonio ante la fuerza y la autoridad de Jesucristo. Es algo así como una batalla que si bien se libra a través de los hombres, corresponde a una confrontación de influencias espirituales contrarias. Más que la defensa frente al autor de un atraco, es la confrontación del bien con las fuerzas del demonio. El miedo, por el despojo de los bienes, miedo de la mayoría, actualiza en la percepción de los creyentes evangélicos un miedo teológico.

A miedos distintos, respuestas distintas, pues mientras los manuales de sobrevivencia urbana plantean estrategias para evitar los atracos y allí se cumple un fin, para el universo cultural que nos ocupa, la respuesta trasciende a lo espiritual, de ahí que se afirme con respecto a la violencia; *mi lucha no es contra carne y sangre sino contra potestades espirituales*⁷⁵, pues el atracador en particular, es percibido como alguien que ha dejado la casa espiritual sin Dios y ha dejado entrar otra potestad.

Miedos teológicos: el miedo al pecado, el miedo al demonio

La certidumbre y el sentimiento de seguridad que los cristianos evangélicos reciben en el marco de sus creencias, en la pertenencia a la comunidad y en los dispositivos de protección puede llevar a que, en la vida cotidiana, y más en relación con unas amenazas que con otras, sientan menos miedo frente a los miedos de la mayoría. Pero los cristianos evangélicos no se li-

75. Citado durante la entrevista, por un cristiano evangélico.

beran del miedo; por el contrario, son portadores de un miedo principal, no circunstancial, que supone una vigilancia permanente sobre sí mismos: miedo al pecado, en últimas miedo al demonio, el cual se reviste de muchas máscaras.

A estos miedos propios de la adscripción religiosa en cuestión, se les denomina miedos culturales o miedos reflejos⁷⁶, es decir, miedos mediados por la creencia y el poder de quienes la agitan. Así, desde una explicación histórica puede entenderse por qué hoy para ellos es más importante el miedo al pecado que el miedo al atraco, la extorsión, el secuestro o el empobrecimiento:

Los lobos, el mar, las carestías, las estrellas, las guerras son menos temibles que el demonio y el pecado, y la muerte del cuerpo menos que la del alma. Desenmascarar a Satán y a sus agentes y luchar contra el pecado era, además, disminuir en la tierra la dosis de desgracias que realmente él causaba⁷⁷.

Las máscaras de Satanás están principalmente sobre las prácticas y consumos que, dice un pastor, “ensucian el cuerpo, concebido como el templo del Espíritu Santo: drogas extrañas, fiestas, sexo, ocio”. La importancia de luchar contra la desviación moral, como manifestación del demonio, fue notoria en La Vigilia del año 2000, un gran evento de congregación cristiana⁷⁸ en donde la enumeración de los pecados más temidos por parte del orador, fue explícita:

76. DELUMEAU, Op. cit., 1989. P. 41.

77. Ibid. P.42.

78. Realizado el 19 de abril del 2000 en el Estadio Atanasio Girardot

Adulterio, fornicación, homosexualismo, todo espíritu maligno de esclavismo, de masturbación, todo espíritu maligno que se mueve en el área sexual, todo demonio de brujería, de hechicería, todo demonio maligno que esté atando las almas en cualquier área.

El miedo a alejarse del camino de Dios no encuentra recomendable la seguridad espiritual, pues se teme que la confianza generada por dicha seguridad facilite una desviación hacia el pecado. De ahí que, por el contrario, la desconfianza teológica y el miedo de sí mismo, determine la necesidad de tomar medidas y una actitud de vigilancia permanente.

De manera preventiva los pastores identifican fuentes propicias a la seducción del demonio, algo así como una focalización de lugares y prácticas que, en consecuencia, deben evitarse. Una de esas fuentes de pecado está en el exceso de licor. De ahí que entonces se recomienda no participar de eventos festivos:

No somos dados al licor, en el sentido de la borrachera. Con las fiestas (como la de Las flores, Navidad y las particulares), se fomenta toda esa cadena de vicio y, en mi concepto, fomenta la destrucción de la persona y de la familia. La persona al no estar lúcida comete cualquier brutalidad: acostarse con cualquier mujer u hombre, agredir a su esposa, quedar sin plata para comprar el mercado.

La desconfianza teológica lleva a dudar permanentemente de la propia rectitud. Es necesario estar lúcido para no *caer*, y por supuesto que la fiesta representa un riesgo por las sustancias *extrañas* y por el exceso. Adicional a la pérdida de lucidez, situación que predispone a la improductividad, puede conducir a

prácticas sexuales por fuera de las establecidas y con las personas no prescritas.

Además del miedo a sí mismo, existe un miedo teológico fundamental: el miedo a no tener miedo. El miedo a Dios es visto como una medida de seguridad: “Es por falta de miedo que vivimos en un mundo de maldad y sufrimiento” y es en este sentido que se percibe a *los violentos* y demás pecadores, como “personas que no tienen temor a Dios”.

La desviación moral es vista como una revelación de la intervención del demonio y a sus practicantes como encarnación de éste. La prostituta, el homosexual y el drogadicto, de un lado, y de otro los partícipes del mundo mágico (adivinos, brujos, médium, entre otros) ingresan en la categoría de los desviados y pecadores. Opera entonces el mismo procedimiento visto a propósito de la construcción social del *otro* como fijación del miedo en unas categorías sociales e identitarias consideradas a priori peligrosas. Si, en general, se privilegia para tal fijación a los desconocidos, mal conocidos y diferentes, aquí la marca para señalarlos como poseídos del demonio está en las prácticas diferentes de orden moral.

Aunque es en el campo de la moral en el cuál se advierten mayores posibilidades de pecado, también se consideran peligrosos algunos ambientes en los que se impone la diversidad de pensamiento, la confrontación ideológica y la diversidad espiritual. Si bien se notan cambios reconocidos por los cristianos evangélicos hacia una mayor apertura, en relación con ciertos campos persiste en relación con *otros*, el miedo a la diversidad,

el miedo a la mezcla y, por esta vía, la posibilidad de desvío del camino correcto.

Es aconsejable, entonces, evitar la mezcla. De ahí que para algunos cristianos evangélicos es preferible no enviar a sus hijos a la universidad, percibida como una amenaza real de que sean *arrebataados de las manos del Señor*. En palabra de uno de los pastores entrevistados:

Nos hemos abierto mucho, porque antes de las iglesias no mandaban un muchacho a la universidad porque *había muchos miedos*. Yo mismo tuve la experiencia años atrás, porque ¡cuidado se mete a la universidad! Y para mí fue un desafío y lo afronté con tranquilidad. No me sentí que allá estaba el diablo que me iba a arrebatar de las manos del señor. Lo asumí con responsabilidad, no me sentí como raro, pero había esa prevención.

La expansión de ofertas religiosas y espirituales aumenta el temor a la diversidad y demanda de los cristianos evangélicos mayores esfuerzos en aras de mantener a salvo, en este nuevo contexto, un marco religioso y moral. Una mujer evangélica que ocupa un lugar de importancia como integrante de la Asociación de Ministros Evangélicos (AMEN) admite que “La Nueva Era y otras tendencias llevan a profundizar en la espiritualidad, pero no en una relación directa con Dios y con su hijo Jesucristo. Todo eso es una mezcla: velita aromática, baños, monjes... distinto a una cosa que es estar con Dios y con Jesús”. Como respuesta a esta situación se impone, según ella, la necesidad de un programa de acción que consiste en dar principios muy bíblicos que prevalezcan sobre todas estas ofertas.

Entonces, mientras el miedo al pecado explica una serie de medidas como la prevención y enfrentamiento de los males, el miedo a sí mismo reclama una atadura directa con la única dirección segura de salvación que es Jesucristo. “Lo único seguro es la sumisión a la autoridad establecida”⁷⁹. En consecuencia se plantea que “para que en este país reine la prosperidad, será necesario hacer cuatro cosas: Humillarnos (reconocer nuestra pequeñez), orar, buscar a Dios y dejar nuestra mala conducta”.

El ritual. Una respuesta aseguradora contra el pecado

El ritual es una respuesta particularmente aseguradora. Es allí “donde los estados anímicos y motivaciones que los símbolos sagrados suscitan en los hombres y donde las concepciones generales del orden de la existencia que ellos formulan para los hombres se encuentran y se refuerzan los unos a los otros”⁸⁰.

Los cristianos evangélicos, si bien disponen de una serie de respuestas aseguradoras que pueden aplicar de manera individual en la vida cotidiana, realmente privilegian las respuestas colectivas como momentos de comunidad que toman la forma de conciertos, jornadas de oración, ayunos y veladas. La ceremonia de vigilia que realizan ha concentrado hasta 35 mil personas durante 12 horas, tiempo durante el cual los creyentes actualizan su misión en el mundo y particularmente en Medellín. A través del canto, la música, la oración, los testimonios, el grito, el abrazo y la palabra orientada por el pastor de la iglesia evangélica cristiana

79. DELUMEAU, Jean. Op.cit, 1989. P. 613.

80. GEERTZ, Clifford. Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas. Barcelona: Paidós Básica, 1994. P. 107.

configuran un acto colectivo. Y desde un solo cuerpo y una sola voz, en unidad afectiva y emocional, se dirigen a la ciudad.

Los encuentros dominicales y los eventos previos a la fecha anuncian la velada. Una vez llegado el día, los asistentes ingresan al estadio Atanasio Girardot, lugar del evento, preparados para pasar la noche con bebidas, comidas y abrigo. La ceremonia inicia a las 6:30 p.m. y se prolonga hasta el día siguiente.

El propósito de este ritual es la reactualización de la misión profética apocalíptica de preparar el camino para el tiempo de claridad. Se comprometen a cambiar la historia de contaminación, desviación moral, idolatría, violencia e inequidad, lo cual según su diagnóstico sólo es posible si hay un cambio en el corazón: “El proyecto de ciudad es que cada persona conozca a Dios, lo glorifique y reconozca a Jesús como Jesús y salvador”.

Las motivaciones están en relación con los fines que, en este caso, equivalen a ratificar la misión de profetizar sobre el Valle de Aburrá y repetir un acto original⁸¹: Actuar para que “los huesos secos vivan a partir de la esperanza”. Se apela a imágenes que exacerbaban la situación de pecado y la ausencia de Dios, con lo cual se profundiza la necesidad de salvación y su papel de mediadores del proyecto salvador.

Como en todo ritual, los acontecimientos se presentan como si efectivamente se tratara de la realización original. Entonces el pastor toma distancia y dice: “Era un Ejército como el que está aquí, proclamando que sólo hay vida en el Espíritu Santo.” Y continúa:

81. Durante la vigilia se leyó el pasaje bíblico de Ezequiel.

Les pido que nos pongamos de pie para que simbólicamente se esté levantando el ejército, cuyas armas son espirituales. La fe en nuestro Señor, la paz, la paciencia, la benignidad, mansedumbre y templanza, son las armas que están en el creyente para conquistar a Medellín.

¿La preferencia por lo emocional, estará hablando de un período empático, de una necesidad de agregación en tiempos de desencanto? Algunos estudiosos han atribuido al componente emocional el notorio crecimiento numérico de sus adeptos, mientras que otros creen que el componente emotivo propio de esta expresión ritual anula las posibilidades de una participación reflexiva.

Aunque la iglesia cristiana evangélica se orienta hacia la diversificación de sus creyentes, es una alternativa especialmente acogida por los estratos bajos de la sociedad, que hacen de la comunidad religiosa su principal lugar de pertenencia y participación.

En la medida en que se hace evidente el caos ocasionado por la violencia, la guerra y el empobrecimiento, quienes participan de esta adscripción encontrarán aún más motivos para cobijarse bajo la protección divina y orientarse estrictamente por su manual de protección fundado en la desconfianza teológica y el miedo a sí mismos que coloca ante ellos, como amenaza inmediata, el desbordamiento moral. El temor a la mezcla los aleja de la diversidad y profundiza su actitud excluyente hacia los portadores del mal.

Mirando en conjunto las respuestas analizadas en este capítulo, podemos concluir que los habitantes de Medellín han incorporado en su vida cotidiana una serie de dispositivos para enfren-

tar o evitar múltiples situaciones, personas y lugares percibidos como peligrosos. La desconfianza gana terreno, restringe los vínculos comunicativos y empobrece los usos de la ciudad, sin que pueda imponerse de manera absoluta. Con ella coexisten pequeños rituales de confianza, guiños y señales que permiten sobrevivir en un entorno percibido como hostil.

Se registra una tendencia importante a la separación, un repliegue a lo privado, a la construcción de murallas físicas y simbólicas, una búsqueda de refugio en el hogar o en “islas de sentido” que, como arcas de Noé, impidan naufragar en medio de la tormenta. Es el afán del ¡sálvese quien pueda!

De otro lado, la percepción agravada de múltiples amenazas reales e imaginarias pone en cuestión las certezas inmediatas y las posibilidades de futuro. Se profundizan y generalizan los aspectos vinculantes que permiten garantizar la perduración: un pasado de pruebas superadas y un presente en el cual cada nueva crisis, es una oportunidad para reeditar un pasado de superaciones. La eficacia social de la comunidad imaginada tiene una explicación en la potencia del *nosotros paisa*, asimilado a un mito de persistencia ante la adversidad.

Pero este tipo de unidad aplaza las diferencias, no soporta los matices, apela permanentemente a la oposición insalvable, a la fórmula más eficaz, generalmente la más simple y válida para múltiples situaciones dada su descontextualización. En este sentido el incremento de la violencia urbana y la guerra fortalecen un *nosotros* buenos, pasando rápidamente de la expresión emocional a la sanción moral.

El ¿quiénes somos? incide en la percepción de las amenazas, de las crisis y de las formas de respuesta. Desde cada anclaje social y electivo se resignifica, se percibe y se resiste al miedo y a la desesperanza. Por ello ha sido inevitable ocuparse de adscripciones identitarias y ver cómo se comporta la noción homogeneizante del *nosotros paisa* o los miedos teológicos de los creyentes y sus percepciones de los miedos de la mayoría.

Las condiciones bajo las cuales estas respuestas se han incorporado a la atmósfera cultural hablan de una desnivelada competencia. De ellas, las más visibles tienen en común la participación decidida de los gobiernos locales, de los empresarios y, especialmente, de los medios de comunicación, demostrándose así su capacidad amplificadora y su papel de mediadores culturales. En este caso, mediadores de miedos y esperanzas, lo que los convierte en actores definitivos para la expansión de una u otra respuesta social al miedo y a la incertidumbre.

Las respuestas sociales al miedo se inscriben en el marco de una histórica ausencia institucional. Es en este vacío crucial que se recurre a la actitud positiva, a los vínculos afectivos, a las comunidades de sentido, al ingenio, o a la imposición del *más fuerte* para continuar.

PARA TERMINAR...

El narcotráfico, a principios de los años 80, y el conflicto armado, comenzando el siglo XXI, constituyen los principales hitos en la construcción de gran parte de los miedos colectivos que son reconocidos en la ciudad. Si bien el narcotráfico ha perdido intensidad y visibilidad, las amenazas que representa para un amplio sector de la población no han cesado. Quizás se haya transformado y alcanzado formas de mimetización pero su presencia sigue siendo para muchos como la principal explicación de un conflicto persistente que tiene, como uno de sus efectos, la destrucción de la sociedad.

En el otro extremo de este eje temporal está la guerra. La confrontación armada que se vive en el país y la percepción de que, en efecto, conlleva una serie de amenazas para un sector importante de la población es lo que parece agregar una dimensión particular al clima de miedos que se vive en la ciudad. Con gran

celeridad la guerra irrumpe en el contexto urbano y opera como una fuente generadora de miedos e incertidumbres, no sólo por las nuevas y múltiples amenazas que representa (contra la vida, los bienes, la libertad), sino por la imposibilidad de aprehenderla de manera reflexiva. La rapidez de los cambios hace que sea absolutamente frágil cualquier análisis que intente desentrañar su lógica y la de sus actores o calcular su posible desenvolvimiento. De ahí que sea, además de fuente de miedos, generadora de una profunda incertidumbre vital y cognitiva.

Así, a otras situaciones presentes también en Medellín, propias de las ciudades contemporáneas y de un mundo en el que los riesgos se han globalizado, como la criminalidad, la exclusión, el empobrecimiento, los impactos devastadores de la modernización en la naturaleza o la incertidumbre, generados por cambios en el mundo social, se suma la guerra.

Los miedos que suscitan todas estas situaciones no se viven de manera separada. Por el contrario, se perciben desde la simultaneidad, como un tren en el que unas amenazas arrastran otras y todas ellas se suman para crear un clima de miedos. Sin embargo, puede hablarse de una jerarquía de los miedos colectivos que varía de acuerdo a los anclajes sociales y culturales. Esto es lo que nos permite entender, por ejemplo, que los miedos asociados a la tecnología o la contaminación sean percibidos sólo por un pequeño núcleo de la población, generalmente personas de estratos medios y altos, conectadas con el mundo y con la información sobre los riesgos globales; que sean personas con un fuerte sentido de la tradición y la pertenencia regional las que

enuncien como principal amenaza el cambio y la pérdida de la tradición; que para personas de clase media su principal temor sea perder el empleo e imaginar el proceso de empobrecimiento y exclusiones que se desprenden de allí; o que quienes se sienten protegidos por el poder de Jesús encuentren en los vicios y los excesos la principal expresión del mal. Así, aunque hay miedos colectivos que atraviesan los anclajes sociales y culturales, como los asociados a la guerra y la violencia, coexisten con otros que sólo significan en comunidades de sentido claramente delimitadas.

Muchos miedos tomaron forma en un proceso de individualización que permitió ponerle rostro al miedo. Es así como encontramos que a través de determinadas figuras sociales se enuncian aquellos atributos que impiden o favorecen el sentido de conservación de acuerdo a determinadas nociones de orden social: la destrucción, la violencia y la corrupción fueron los ejes desde los cuales se percibe a quienes atentan contra la vida, los bienes, la libertad, el orden y la moralidad; y desde allí son representados como los rostros del mal. La descripción que se hizo de las mismas figuras como defensores, víctimas o líderes da cuenta nuevamente de la heterogeneidad de las percepciones y de los matices encontrados dependiendo del lugar social desde el que se enuncian. Pero, sobre todo —y esto es un elemento de gran importancia en la reflexión sobre el papel del miedo en la configuración del orden social— que en gran medida el déficit de protección y orden social encuentra en la instrumentalización del miedo una alternativa de domesticación.

La lectura de las figuras y de algunas de las respuestas que provocan nos permite decir que hay, en efecto, una tendencia hacia la apropiación autoritaria de los miedos de todo tipo: militar, política y religiosa. No de otra forma puede entenderse la exacerbación de la demanda de orden y seguridad basada en la profundización de la confrontación armada y en las estrategias de “vigilancia de todos por todos”, como camino para la eliminación de quienes se consideran como amenazantes; o la legitimidad otorgada a muchos de estos actores de la guerra dado su papel de garantes de un orden social que no es ofrecido por el Estado; o el apogeo de ofertas religiosas que hacen del temor a Dios la única posibilidad de conseguir el orden que los hombres y el mundo terrenal no ofrecen. Hay, en todas estos caminos, un interés explícito por la apropiación del miedo como instrumento de control y ordenamiento social.

Desde esta perspectiva podemos decir que el miedo genera formas de separación y adhesión. Las respuestas basadas en la desconfianza, orientadas a la evitación y la vigilancia del otro representado como amenaza y sustentadas en una visión peligrosista de la ciudad, tienen un doble sentido. De un lado permiten una cierta incorporación del miedo a la vida cotidiana y así activan formas de respuesta que, de hecho, pueden garantizar la protección y la supervivencia. Pero, de otro lado, conducen a hacer de los habitantes urbanos, sujetos cada vez más aprehensivos, temerosos de los otros y de la ciudad misma, de los encuentros fortuitos y lo inesperado, de lo desconocido y distante y, cada vez más también, de lo conocido y próximo. Por esto deciden vivir en una porción de la ciudad como si esta

fuera su totalidad, porque lo demás está poblado de fantasmas.

Cuando el miedo actúa como forma de adhesión, encontramos espacios colectivos que significan lo contrario: confianza y continuidad, por lo menos entre quienes comparten una misma noción del peligro y de las alternativas para enfrentarlo. Es este el significado de comunidades imaginadas en torno a un sentido de pertenencia regional que reconoce en el *nosotros paisa* una potencia para vencer el miedo y la incertidumbre; de comunidades religiosas que hacen del paraíso eterno el aliciente para sortear un presente percibido como caótico y perdido; de comunidades emocionales cuyo único lazo, —efímero e inestable pero no por ello menos significativo— es el sentimiento compartido de ser víctimas potenciales.

Las respuestas analizadas son sólo una parte de las que en esta ciudad se construyen frente al miedo; pero nos han permitido rastrear las formas en que el miedo impacta las sociabilidades urbanas. Desde las formas como ha sido interpretado y enfrentado en esta ciudad, predominan aquellas que interpelan fuertemente al sujeto y la actitud. En cambio, son casi inexistentes otras expresiones que pasen por canales institucionales o que hagan explícitamente del miedo un motivo de acción política colectiva. Si bien el miedo es motivo de nuevas formas de agregación social, en general estas se construyen sobre la base de una alteridad en la que el Otro es sinónimo de enemigo, agregando, en suma, otras formas de exclusión social a las ya existentes.

Mientras algunas de estas respuestas facilitan una domesticación del sentimiento de miedo, otras por el contrario lo acen-túan, creando nuevas fuentes de amenaza, como ocurre con las múltiples formas de vigilancia privada, incluidas las que ejercen poderes armados ilegales, o con algunas prácticas religiosas. Por otra parte, tanto la construcción del miedo como sus respuestas están revestidas de evidentes y problemáticos procesos de simplificación de una realidad social cada vez más compleja. Hay simplificación cuando se intenta focalizar una violencia en muchos sentidos inaprensible, en lugares y grupos sociales definidos (como vimos, por ejemplo, que ocurre con los barrios populares, los pobres y los jóvenes), pero también cuando se apela exclusivamente a una actitud positiva o a la buena suerte para superar una crisis económica que rebasa, en mucho, las posibilidades del individuo.

El miedo y la incertidumbre atraviesan la sociedad toda y, desde esta perspectiva, trascienden fronteras de clase, género y edad. Pero lo que también encontramos es que hay una mayor densidad de las amenazas en grupos poblacionales con escasos recursos económicos. En este sentido podemos constatar, con los teóricos del riesgo, que hay una suerte de democratización de las amenazas y del miedo, pero también, que éste arrastra con las enormes desigualdades sociales preexistentes.

Pese a la generalizada experiencia del miedo, son pocos los espacios para su elaboración, lo que reduce la posibilidad de un aprendizaje social frente a las amenazas reales e imaginadas que facilite la construcción de formas de solidaridad y pautas

de acción colectivas. Superar la dicotomía entre héroes y cobardes, dejar de entender el miedo como una patología individual, sacarlo de la oscuridad quitando el manto de vergüenza que a menudo acompaña su reconocimiento, quizás sean formas de encontrar socialmente mecanismos para abocarlo y evitar toda suerte de autoritarismos políticos, militares o religiosos que prometen su eliminación.

Hacer de los miedos y la incertidumbre un asunto de reflexión colectiva significa ampliar las posibilidades de incluirlos como parte de la construcción de una ciudad incluyente y de un orden democrático.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Benedict. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica. 1993.
- ARBOLEDA, Carlos. Las creencias religiosas entre los jóvenes universitarios de Medellín. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana. 1999 (en prensa).
- AGIER Michel. La Antropología de las identidades. En: Revista colombiana de Antropología. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología. Volumen 36. Enero-diciembre 2000.
- ASCHER, Francois y GODARD, Francisc. Hacia una tercera solidaridad. En: Revista de Occidente N° 230-231. Julio-Agosto de 2000. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset, 2000.
- AUGE, Marc. El sentido de los otros. Barcelona: Paidós. 1996.
- BALANDIER, Georges. El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Barcelona: Gedisa, 1994.
- BECK, Ulrich (compilador). Los hijos de la libertad. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- , La democracia y sus enemigos. Barcelona: Paidós, 2000.
- , Sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Barcelona: Paidós, 1998.

- BECK, Ulrich; GIDDENS Anthony y otros. Las consecuencias perversas de la modernidad. Autores, textos y temas. Ciencias Sociales. Barcelona: Anthrops, 1996.
- BOBBIO, Norberto. El futuro de la democracia. Colombia: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- BODEI, Remo. Hobbes: política y miedo. En: Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad y uso político. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- CAROZZI, María Julia. La autonomía como religión: la Nueva Era. En: Revista Alteridades. México (Iztapalapa), Vol. 09, N° 18 jul-dic. 1999. pp. 19-38
- CASTELLS, Manuel. La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Madrid: Alianza Editorial, 1998. 3 tomos.
- CENTRO DE NACIONES UNIDAS PARA LAS ASENTAMIENTOS HUMANOS. Un mundo en proceso de urbanización. Informe mundial sobre los Asentamientos Humanos 1996. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1996.
- COHEN, Stanley. Visiones de control social. Delitos, castigos y clasificaciones. Barcelona: PPU, 1988.
- COMISIÓN ASESORA PARA LA CULTURA DE MEDELLÍN. El Medellín que yo quiero. Medellín: Concejo de Medellín, 1991.
- CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA. Desplazamiento forzado en Antioquia, 1985-1998, Vol. 9. Bogotá: Kimpress. 2001.
- CORREDOR, Consuelo. El problema de la pobreza, una reflexión conceptual. En: Pobreza y desigualdad. Reflexiones conceptuales y de medición. Bogotá: Cinep, marzo de 1999.
- DAZA, Ana. (Compiladora). Experiencias de intervención en el conflicto urbano. Medellín: Alcaldía de Medellín, 2001.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura. De la mano de Alicia. Lo social y lo político de la posmodernidad. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 1998.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura y GARCÍA VILLEGAS, Mauricio (Compiladores). El caleidoscopio de la justicias. Bogotá: Colciencias, Siglo del Hombre Editores, 2001.
- DELEUZE G y. GUATARI F. Mil Mesetas. Valencia: Pre-textos, 1982.
- DELGADO, Manuel. El animal público. Barcelona: Anagrama, 1999.
- DELUMEAU, Jean. El miedo en Occidente. Siglos XIV –XVIII: Una ciudad sitiada. Madrid: Taurus, 1989.
- Una encuesta historiográfica sobre el miedo. Revista Debates, #8, Valencia (España), 1984
- DUBY, George. Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1995.

- DUQUE, Félix. Filosofía para el fin de los tiempos. Tecnología y Apocalipsis. España: Ediciones Akal, 2000.
- DURKHEIM, Emile. Las formas elementales de la vida religiosa. Madrid: Akal, 1982.
- ECHAVARRÍA, Jorge. La vivienda: los miedos de la ciudad. En: El Miedo. Una reflexión sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, 2002.
- ELIAS, Norbert. La civilización de los padres y otros ensayos. Bogotá: Norma, 1998.
- ESCALANTE Gonzalbo, Fernando. Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del juicio triunfante en la República mexicana –tratado de moral pública-. México: Colegio de México, 1993.
- FITOUSSI, Jean Paul y ROSANVALLON, Pierre. La nueva era de las desigualdades. Argentina: Editorial Manantial, 1997.
- FORD, Anibal. La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea. Argentina: Norma, abril de 1999.
- FOUCAULT, Michel. Microfísica del poder. Madrid: Endymion, 1991.
- GALLO, González Gonzalo. El arte de fracasar. Bogotá: Ediciones San Pablo, 1997.
- GAMBETTA, Diego. La mafia, el precio de la desconfianza. En: AGUILAR, Fernando (Compilador). Intereses individuales y acción colectiva. Madrid: Pablo Iglesias, 1991.
- GARAY, Jorge. Ciudadanía. Lo público. Democracia. Textos y notas. Bogotá: Red de impresión digital, 2000.
- GARCÍA, Canclini, Nestor. Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México: Grijalbo, 1989.
- GARTZIA, H. Marina. Las pupilas de Sidharta. Tipologías y Antropológicas de la Nueva Era en Medellín. Tesis de grado. Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Departamento de Antropología, 1997.
- GEERTZ, Clifford. Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas. Barcelona: Paidós Básica, 1994.
- GIDDENS, Anthony. Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas. Madrid: Grupo Santillana Ediciones S.A., 2000.
- , Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona: Ediciones Península S.A., 1998.
- GIRALDO, Ramírez, Jorge. Somos ciudadanos sin muros. El temor y la política en la síntesis tomana. En: El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y

- cultural. Medellín: Corporación Región, 2001. Pp. 47-70.
- GOFFMAN, Ervin. Estigma. La identidad deteriorada. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1995.
- GÓMEZ, María Teresa, YEPES, Miryam Lucía y YELA, Claudia María. Rumores y relatos. Aproximaciones a la construcción social del miedo en Medellín. Medellín: Departamento de Antropología. Universidad de Antioquia, 2001.
- GUTIÉRREZ de Pineda, Virginia. La familia en Colombia, trasfondo histórico. Medellín: Universidad de Antioquia, 1999.
- HITZLER, Ronald. El ciudadano imprevisible. Acerca de algunas consecuencias de la emancipación de los súbditos. En: BECK, Ulrich (compilador). Los hijos de la libertad. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- JARAMILLO, Ana María. El espejo empañado: Crimen y castigo en el Medellín del siglo XX. Medellín: Corporación Región, 1998.
- Milicias populares en Medellín. Entre la guerra y la paz. Medellín: Corporación Región, 1994.
- JARAMILLO Ana María, CEBALLOS, Ramiro y VILLA, Marta Inés. La encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa. Medellín: Corporación Región, 1998.
- JIMENO, Myrian y ROLDÁN Ismael. Las Sombras arbitrarias, violencia y autoridad, Colombia: Universidad Nacional, 1996.
- KRISNAMURTI, J. La libertad primera y última. Medellín: Editorial Furugugu, 1993.
- LACARRIEU B, Mónica. Entre vidrios polarizados y fortalezas blindadas. ¿Ciudades en guerra? Ponencia presentada al II Seminario Internacional sobre territorio y cultura: territorios de conflicto y cambio socio-cultural. Manizales (Colombia), octubre 23-27 de 2001.
- LECHNER, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Santiago de Chile: Flasco, 1986.
- . Nuevas ciudadanías. En: Revista de Estudios Sociales N° 5. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales Uniandes, enero del 2001
- . Nuestros miedos. Conferencia presentada a la asamblea general de la Flasco en ciudad de México, mayo 14 de 1996.
- LYNCH, Kevin. La imagen de la ciudad. Buenos Aires: Ediciones Infinito, 1959.
- LLORENTE, María Victoria, ECHANDÍA, Camilo. La violencia en Bogotá. En: Análisis Político #44. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, septiembre de 2001
- LUHMANN, Niklas. Confianza. Universidad Iberoamericana. Barcelona: Anthropos, 1996.

- MAFESSOLI, Michel. El tiempo de las tribus. Barcelona: Icaria, 1990.
- MAZO, Clara. Conflicto armado, patriarcalismo y exclusión. Una Mirada de género. Ponencia presentada a Cátedra Abierta Un espacio para la comprensión de los problemas urbanos. Medellín, septiembre 21 de 2001.
- MAY, Rollo. La necesidad del mito. La influencia de los modelos culturales en el mundo contemporáneo. Barcelona: Paidós, 1992.
- MONTOYA, Jairo. Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario: la ciudad como conflicto de memorias. En: GIRALDO Fabio, VIVIESCAS Fernando (compiladores). Pensar la Ciudad. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1996. pp. 69-79
- NARANJO, Gloria. Medellín en zonas. Monografías. Medellín: Corporación Región, 1992.
- NARANJO, Gloria y VILLA, Marta Inés. Entre Luces y sombras. Medellín: espacios y políticas urbanas. Medellín: Corporación Región, 1997.
- NARANJO, Gloria, HURTADO, Deicy, PERALTA Jaime. Ciudad y ciudadanía. Bajo la lente del conflicto urbano. Medellín: Corporación Región, junio del 2001.
- NIÑO, Soledad y otros. Territorios del miedo en Santa Fe de Bogotá. Imaginarios de los ciudadanos. Bogotá: Tercer Mundo Editores. 1998.
- OLAYA, Ana Cecilia y ORTÍZ, Carlos Miguel. La violencia y el municipio colombiano. 1980-1997. Utopía Ediciones. Bogotá: Facultad de Ciencia Humanas, Universidad Nacional. Colección CES, 1998.
- PALACIOS, Marco. Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994. Bogotá: Norma, 1995.
- PARDO, José Luis. Las formas de la exterioridad. Valencia, España: Pretextos, 1998.
- PECAUT, Daniel. Guerra contra la sociedad. Bogotá: Editorial Planeta, 2001.
- PÉREZ Toro, William, y otros. Las políticas públicas de control de la criminalidad en Medellín. En: Estudios Políticos N° 14. Medellín: Universidad de Antioquia. Instituto de Estudios Políticos, enero-junio de 1999.
- PIZARRO León Gómez, Eduardo y PEÑARANDA, Ricardo. Las FARC (1949-1966), De las autodefensas a la combinación de todas las formas de lucha. Bogotá: Universidad Nacional, Tercer Mundo, 1991.
- REGUILLO, Rossana. Los laberintos del Miedo. Un recorrido para fin de siglo. En: revista de Estudios Sociales N° 5. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales Uniandes. enero del 2001. Pp. 63-72.
- . La ciudad y sus demonios. Por una agenda política de la inclusión. En: Boletín Desde la Región N° 31. Medellín: Corporación Región, junio del 2000. Pp. 12-23.

- . ¿La comezón posmoderna o el pensamiento de la crisis? Mimeo.
- . ¿Guerreros o ciudadanos? Violencia(s). Una cartografía de las interacciones urbanas. Mimeo. 2000.
- . EL Oráculo en la ciudad: creencias, prácticas y geografías simbólicas. ¿Una agenda comunicativa?. Ponencia presentada al IX Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social. Los desafíos de la comunicación globalizada. Lima, Perú, 27 a 31 de octubre de 1997.
- . Los mitos gozan de cabal salud. En: Comunicación y Sociedad N° 27. Universidad de Guadalajara. México, 1996.
- . Socialidad y medios de comunicación. En: Versión 5. Departamento de Educación y Comunicación. México: Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco. División de Ciencias Sociales y Humanidades, abril 1995.
- RESTREPO, Clara Inés. Pobreza Urbana en Medellín. Mediciones y percepciones. Medellín: Corporación Región, julio del 2000.
- RESTREPO, Luis Carlos. Proyecto para un arca en medio de un diluvio de plomo. Bogotá: Arango Editores, 1997.
- RIEZZLER, Kurt. Psicología social del miedo. En: Rollo May *et al.* Miedo y sociedad.. Argentina: Ed. Escuela, 1966.
- RUBIO Mauricio. La justicia penal. Juicio sin sumario. En: El caleidoscopio de las justicias en Colombia. DE SOUSA SANTOS, Boaventura y GARCÍA VILLEGAS, Mauricio (compiladores). Santa Fe de Bogotá: Colciencias, 2001.
- Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia. Bogotá: Tercer Mundo. 1999.
- SALAZAR, Alonso. No nacimos pa'semilla. Bogotá: Cinep. 1996.
- La cola del lagarto. Drogas y narcotráfico en la sociedad colombiana. Medellín: Proyecto Enlace, Corporación Región. 1998.
- SALAZAR, Alonso; JARAMILLO, Ana María. Las subculturas del narcotráfico. Bogotá: CINEP, 1992.
- SALCEDO, Andrés. La cultura del miedo. En: Revista Controversia N° 166. Bogotá: CINEP, 1996.
- SALDARRIAGA, Jaime. Drogas, convivencia y justicia. Reflexiones sobre la escuela. Medellín: Corporación Región, 2000.
- SÁNCHEZ, Carrión Miguel Ángel. La Nueva Era. ¿Sacralización de lo profano o profanación de lo sagrado? Cuadernos de fe y cultura. México: Iteso, Universidad Iberoamericana, 1999.
- SECRETARÍA DE BIENESTAR SOCIAL. Diagnóstico Social de Medellín. Alcaldía de Medellín, 2000.

- SENNET, Richard. El declive del hombre público. Madrid: Ediciones Península, 1978.
- La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Barcelona: Anagrama, 2000.
- SPINOZA. Ética. Tratado teológico-político. Séptima edición. México: Editorial Porrúa, 1999.
- TOURAINÉ, Alain. ¿Qué es la democracia? Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- URÁN, Omar. La ciudad en movimiento: Movimientos sociales, democracia y cultura en Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá. Instituto Popular de Capacitación. Medellín, 2000.
- URIBE DE H., María Teresa. Nación, ciudadano, soberano. Medellín: Corporación Región, junio del 2001.
- La territorialidad de los conflictos y la violencia en Antioquia. En: Realidad Social Vol 1. Medellín: Gobernación de Antioquia., 1989.
- URIBE DE H., María Teresa. Las incidencias políticas del miedo: Una mirada desde Hobbes. En: El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural. Medellín: Corporación Región, 2002, Pp. 25-46
- URIBE, María Victoria; VÁZQUEZ, Teófilo. Enterrar y callar. Las masacres en Colombia, 1980-1993. Bogotá: Comité Permanente para la defensa de los derechos humanos, vol. 1, 1995.
- URREA G., Fernando y CASTRILLÓN V, María del Carmen. Religiosidades fundamentalistas en procesos de globalización. En: revista de Estudios Sociales #5. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales Uniandes, enero del 2001.
- WALDMAN, Peter y REINARES, Fernando (compiladores). Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos en Europa y América Latina. Barcelona: Paidós, 1999.
- ZARONNE, Giuseppe. Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto Metropolitano. España: Pre-textos, 1993.
- ZUBILLAGA, Verónica y CISNEROS, Ángel. La construcción social del temor a la violencia delincuencia. En: Revista Mexicana de Sociología #1. vol. 63. Año LXIII, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México. México, enero-marzo del 2001. Pp. 169-176.